

Hasta luego, Pablo

Once ensayos críticos sobre Podemos

Estela Mateo Regueiro (dir.)

Rafael Cid

Colectivo Utopía Contagiosa

Álex Corrons

Ángeles Díez

Mario Domínguez

Desiderio Martín

Jordi Martí Font

Arturo de Nieves

Hélène Sonet

Carlos Taibo

© RAFAEL CID, MARIO DOMÍNGUEZ SÁNCHEZ, ARTURO DE NIEVES, ESTELA MATEO REGUEIRO, ÁLEX CORRONS, DESIDERIO MARTÍN, HÉLÈNE SONET MANCHO, COLECTIVO UTOPIA CONTAGIOSA, JORDI MARTÍ FONT, ÁNGELES DIEZ RODRÍGUEZ, CARLOS TAIBO. 2015

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2015

FUENCARRAL, 70

28004 MADRID

TEL. 91 532 05 04

FAX 91 532 43 34

WWW.CATARATA.ORG

HASTA LUEGO, PABLO.

ONCE ENSAYOS CRÍTICOS SOBRE PODEMOS

ISBN:978-84-9097-012-6

DEPÓSITO LEGAL: M-10.030-2015

IBIC: JPL/JPHL



ESTA LICENCIA PERMITE COPIAR, DISTRIBUIR, EXHIBIR E INTERPRETAR ESTE TEXTO, SIEMPRE Y CUANDO SE CUMPLAN LAS SIGUIENTES CONDICIONES:



AUTORÍA-ATRIBUCIÓN: SE DEBERÁ RESPETAR LA AUTORÍA DEL TEXTO. SIEMPRE HABRÁ DE CONSTAR EL NOMBRE DEL AUTOR.



NO COMERCIAL: NO SE PUEDE UTILIZAR ESTE TRABAJO CON FINES COMERCIALES.



NO DERIVADOS: NO SE PUEDE ALTERAR, TRANSFORMAR, MODIFICAR O RECONSTRUIR ESTE TEXTO.

LOS TÉRMINOS DE ESTA LICENCIA DEBERÁN CONSTAR DE UNA MANERA CLARA PARA CUALQUIER USO O DISTRIBUCIÓN DEL TEXTO. ESTAS CONDICIONES SOLO SE PODRÁN ALTERAR CON EL PERMISO EXPRESO DEL AUTOR. ESTE LIBRO TIENE UNA LICENCIA CREATIVE COMMONS ATRIBUCION-NODERIVS-NONCOMMERCIAL. PARA CONSULTAR LAS CONDICIONES DE ESTA LICENCIA SE PUEDE VISITAR: [HTTP://CREATIVECOMMONS.ORG/LICENSES/BY-ND-NC/1.0/](http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/) O ENVIAR UNA CARTA.

Índice

PRÓLOGO 4

PODEMOS # TRENDING TOPIC 5

Rafael Cid

INTELECTUAL, POLÍTICO Y ACADÉMICO. LA ELITE DE PODEMOS 13

Mario Domínguez Sánchez

¿ASALTO A LAS INSTITUCIONES? ALGUNOS APUNTES SOBRE LA RELACIÓN
ENTRE PODEMOS Y EL MOVIMIENTO DEL 15 DE MAYO 21

Arturo de Nieves

PODEMOS CONQUISTAR EL PODER 29

Estela Mateo Regueiro

PODEMOS FRENTE AL DECRECIMIENTO 37

Álex Corrons

'DESDE LA CALLE... ¿AL ASALTO DE LAS INSTITUCIONES?' REFLEXIONES, CON
INCERTIDUMBRE, ACERCA DEL MODELO LABORAL-SINDICAL DE PODEMOS 45

Desiderio Martín

EL ESPACIO DE LA MUJER EN PODEMOS. PALABRAS DIRIGIDAS A LAS MUJERES
DE IZQUIERDAS DESDE EL FEMINISMO 52

Hélène Sonet Mancho

PODEMOS Y LA POLÍTICA DE PAZ Y DEFENSA 63

Colectivo Utopía Contagiosa

PODEMOS, EL ESTADO Y LAS NACIONES: MÁXIMA TEORÍA, POCA REALIDAD 71

Jordi Martí Font

CLAVES INTERNACIONALES DE PODEMOS: LA DELGADA LÍNEA FLOJA 76

Ángeles Diez Rodríguez

PODEMOS, PODRÍAMOS, PUDIMOS 82

Carlos Taibo

LOS AUTORES 95

Prólogo

No parece haber provocado mucha atención el hecho de que la bibliografía generada por el movimiento del 15 de mayo haya sido visiblemente más numerosa y plural que la levantada, a partir de enero de 2014, por Podemos. Aunque de ello no conviene extraer ninguna conclusión firme en lo que hace al relieve de uno y otro fenómeno, resulta llamativa la debilidad de los estudios suscitados por la nueva fuerza política, que en los hechos se limitan, hasta el momento en que estas líneas se escriben, a media docena de textos hagiográficos y autorreferenciales, y a alguna diatriba desaforada.

No hay ningún motivo para afirmar que este modesto libro abre horizontes plenamente distintos y cancela muchas de las carencias registrables hasta hoy. Quiero creer, aun así, que pulsa una tecla diferente y que emite un sonido distinto de lo que hasta hoy hemos tenido la oportunidad de escuchar. En tal sentido, ofrece una interpretación de Podemos que, aunque lejos, muy lejos, de la que emiten los partidarios del sistema y de sus “castas”, tiene poco que ver, también, con muchos de los hábitos de análisis que surgen de una izquierda a menudo lastrada por dogmas y lugares comunes. Los textos que se recogen en estas páginas surgen de movimientos sociales afortunadamente vivos, incorporan las más de las veces una iconoclasta perspectiva libertaria y reflejan, o al menos yo así lo creo, las percepciones de muchas personas que, en los ámbitos más distintos, no se hacen ilusiones en lo que respecta al capital y sus juegos.

Como es fácil comprobar, en este libro se recogen once textos relativos a Podemos: Rafael Cid examina la trama interna del partido, el Colectivo Utopía Contagiosa caracteriza las posiciones de éste en relación con los postulados del pacifismo y del antimilitarismo, Álex Corrons se refiere a la muy débil presencia de perspectivas decrecentistas en la propuesta de Podemos, Ángeles Díez sopesa la percepción podemita de algunos de los principales problemas internacionales, Mario Domínguez le hinca el diente al papel de la universidad y de los discursos meritocráticos en la gestación de Podemos, Desiderio Martín se interesa por las percepciones de este último en materia laboral-sindical, Jordi Martí Font considera las posiciones de Podemos en lo que se refiere a la organización territorial y la cuestión nacional, Arturo de Nieves examina la conflictiva relación de la nueva fuerza política con el movimiento del 15 de mayo, quien esto firma analiza la mediática puesta en escena de esa nueva formación, Hélène Sonet desentraña la trama de Podemos en su relación con los discursos feminista y antipatriarcal, y, en fin, Carlos Taibo ofrece una consideración general de lo que supone el nuevo partido.

Aunque tengo la convicción de que todas las materias abordadas son pertinentes, salta a la vista que bien podríamos haber abierto hueco para otras muchas. Tiempo habrá, quizá, para ello. Los textos incluidos en esta modesta obra obedecen, en cualquier caso, a un triple propósito: aportar una percepción crítica, permitir la ordenación de datos que comúnmente pasan dispersos y guardar las distancias por igual, en suma, tanto con respecto a la hagiografía autorreferencial como en lo que hace a la contestación descortés. Ya me gustaría que los muchos amigos respetables que hay en Podemos les prestasen un poco de atención.

Estela Mateo Regueiro, febrero de 2015

Podemos # trending topic

Rafael Cid

Entre el vocacional “sí se puede”, que identificaba al 15-M, y el asertivo “Podemos”, que enmarca el ideario del partido liderado por Pablo Iglesias, existe la misma secuencia perceptiva que entre la potencia y el acto. Con el sesgo añadido de que en esa transición se jibariza el sustrato autónomo del primer eslabón en favor de unos legatarios con obsesión solipsista. Hablamos de la diferencia spinoziana entre *potentia* y *potestas*. El primer concepto remite a la capacidad de hacer, mientras que el segundo entraña dominación. Son, por tanto, dos términos no sólo distintos sino políticamente heterogéneos. Porque mientras el “sí se puede” implícito en *potentia* remite a una facultad del sujeto, individual o colectivo, para la transformación de la realidad, el “Podemos” la reclama para una autoridad que ambiciona para sí la soberanía de la acción. Lo que nos recuerda la advertencia del ciudadano Rousseau en *El Contrato Social*: “El poder bien puede transmitirse, pero no la voluntad”.

Este viaje iniciático del “poder para” al “poder sobre” es lo que revela en la corta distancia el tipo de organización con que se ha legitimado Podemos (ungido por una masa mimetizada), en el proceso de entronización de su secretario general, cuando se escenificó el paso del espíritu del 15-M al *pablismo*. La clave de esta deriva caudillista, providencialista y burocrática está en esa estructura *atrapalotodo* (Otto Kirchheimer) que justifica el cambio del obsolecente eje izquierda-derecha (“conceptos zombi”, Ulrich Beck) al fluido de abajo-arriba (“la modernidad líquida”, Zygmunt Bauman), y en el uso de la “democracia digital” en elecciones plebiscitarias. Después, claro es, del baño de popularidad en la pequeña pantalla que hace percibir al máximo líder de Podemos como un auténtico “animal político” en su periplo por los *talk show* del planeta mediático. Todo lo cual evidencia un profundo conocimiento por parte de los gestores de esa formación en lo que respecta a la fuerza alineadora del capital simbólico en las sociedades de la información.

Al fin y al cabo, buena parte de sus telegénicos dirigentes son profesores de Ciencia Política, o sea, expertos en comunicación viral, *marketing* electoral y análisis de autopsias demoscópicas. Basta echar un vistazo a la trama cognitiva con que argumentan sus mensajes. Entre el lingüista británico John L. Austin y el politólogo argentino Ernesto Laclau anda el juego. Del autor de *Cómo hacer cosas con las palabras* usan su arsenal “performativo”, la utilización de conceptos que en su enunciado sugieren realización de un acto (más allá de que sea verdadero o falso), y del publicista de *La razón populista* la estrategia de los “significantes vacíos”. Ésta les sirve para identificar los ámbitos políticos, ideológicos y culturales sin contenido movilizador para la mayoría social (“la gente”, Podemos *dixit*) debido al incumplimiento de promesas y programas por parte de la “casta política” dominante: representantes en fraude de representados (significantes vacíos). El otro, por su parte, les surte de un contingente de ideas-fuerza para adoquinar una hegemonía transversal que facilite su larga marcha a través de las instituciones. Ese “asaltar los cielos” que les abrirá el camino del poder sólo necesita cocinarse con un adecuado contexto y cumplir cierta dosis de “criterio de autenticidad”, expedientes ambos que deberán codificar en el lapso de tiempo que se abre hasta la definitiva rúbrica electoral.

En realidad, la fórmula *Podemos* no es ajena al panorama político de la transición. Tiene dos precedentes imperfectos en los casos del PSOE y de la UCD (Unión de Centro Democrático). Uno se urdió sobre el carisma de Felipe González como factor catártico, de ahí que esa etapa de gobierno socialista se consagre bajo el apelativo patronímico de “felipismo”. En el otro el acento estuvo en la eficacia de los mensajes, vista la imposibilidad de construir una franquicia democrática sobre la biografía de un Adolfo Suárez dilecto servidor de la dictadura. El *know-how* de Pablo Iglesias se retroalimenta en ambas tradiciones de la

restauración monárquica. Por un lado, evoca el culto a la personalidad de González y, por el otro, la magia dialéctica de Suárez (“el tahúr del Mississippi” conocía por dentro los misterios del panóptico televisivo). Tan performativo es el “podemos” de Iglesias y sus incondicionales como el famoso “puedo prometer y prometo” de aquel primer presidente de la democracia borbónica que también pescaba políticamente en el centro del tablero. Ambas expresiones, con etimologías emparentadas, persiguen investir de *auctoritas* a sus protagonistas, hacerles socialmente reconocidos, sentirles legitimados por “la gente”.

Sin duda hay un método en la singladura de Podemos. Desde sus balbuces prepolíticos, el partido se las ha ingeniado para hacer que sus *frames* entraran por los ojos. La iniciativa de *tunear* las papeletas para los comicios europeos con la efigie de su líder desfondó en un santiamén a sus caducos competidores. Estaba claro que los recién llegados no eran unos indocumentados, sino personas con talento capaces de descubrir el punto G escondido en la maraña electoral. Lo que no fue obstáculo para que, al mismo tiempo, los recién llegados incurrieran en los vicios que denunciaban. Tras lograr cinco escaños en Bruselas (1.245.948 electores), la dirección de Podemos diluyó soterradamente algunas de las promesas más ambiciosas realizadas durante la campaña (repudio de la deuda pública odiosa; renta básica universal; anticipo de la edad de jubilación; derecho de autodeterminación, etc.). Incluso el propio cabeza de lista, Pablo Iglesias, deslizó un desplante a sus votantes al afirmar en una posterior gira por Ecuador que “el Parlamento Europeo es una pérdida de tiempo”. Ese pragmatismo adquiriría su máxima expresión durante las jornadas de Vistalegre en Madrid, celebradas en octubre de 2014 para dotar a la formación de estatutos y de cuadros organizativos. Una vez testadas con éxito las posibilidades políticas de la marca Podemos en las elecciones del 25 de mayo, sus artífices intelectuales dieron paso a la construcción de una estructura partidaria capaz de balizar su hoja de ruta. De esta manera, lo que hasta ese momento eran sólo espasmos, trazas inespecíficas, a rebufo del espíritu del 15-M que Podemos sugería representar, tomó cuerpo de naturaleza. Lo que Pablo Iglesias denominó, con gestos de profeta iracundo, “asaltar los cielos” fue en realidad un acto de involución democrática, una reorganización de arriba abajo en toda regla. Eso sí, en olor de multitudes y con todos los atrezos de legitimación-nube que ofrece la herramienta digital. Igual que en la vieja política del bipartidismo monopolista la opinión pública acostumbra a ser un mero remedo de la opinión publicada por los medios de comunicación, en la nueva política que encarna el fenómeno Podemos la deliberación democrática tiende a subsumirse en la emulsión demoscópica. Podemos 2.0 inaugura la era del partido anfíbio: tanto de virtual, tanto de presencial. Algo que resulta del todo coherente en una formación cuyo referente doctrinal, el politólogo Pablo Iglesias, ha reconocido que en la posmodernidad “no se milita en los partidos, se milita en los medios”.

El vaivén electoral para la designación del secretario general (portavoz) de Podemos y de sus órganos rectores (Consejo de Coordinación, Consejo Ciudadano y Comisión de Garantías), publicitado como modelo de participación ciudadana y transparencia, se pareció mucho al enroque de esas muñecas rusas (*matrioshkas*) en las que la pieza más oculta troquela a las restantes superpuestas, idénticas, huecas, vistosas y aparentemente independientes. Las primarias de Podemos, abiertas a afiliados y simpatizantes, consagraron en la práctica un modelo confeccionado al servicio de los intereses de una cúpula, compuesta en su gran mayoría por docentes de la universidad (funcionarios y tecnócratas, cabría decir), y de su máximo representante, Pablo Iglesias, que confiscaron así el principio instituyente y su capacidad simbólica. La pluralidad ideológica, la masa crítica y la representación de las minorías quedaron en aquel momento a beneficio de inventario por la rotundidad plebiscitaria de la masa de los votantes (concurrentes y distantes) en torno a un proyecto a su manera “atado y bien atado”. Tras la rectificación a la baja del programa para las europeas, éste era el segundo globo sonda del núcleo duro de Podemos, lanzado dentro de una botella a quien

corresponda. Al *establishment*, y especialmente a los mercados, siempre les tranquiliza saber que cuentan con un único interlocutor plenipotenciario.

Nada de eso es incompatible, empaña o desmerece, con el hecho innegable de que el huracán Podemos espabila una regeneración democrática (a caballo de una revolución demoscópica) en el ponzoñoso estanque del sistema político español, y además acapara todas las papeletas para llevarse por delante al régimen cleptómano del bipartidismo dinástico. Tampoco cuestiona lo más mínimo el orgulloso respaldo logrado entre una importante mayoría social, compuesta tanto por el voto errante de desencantados con la partitocracia como por refractarios abstencionistas con quinquenios. Ésos son hechos y buenas razones que, con su epicentro en la cruenta indiscriminación de la crisis, merecen un sincero reconocimiento. Porque si algo verdaderamente radical anuncia Podemos es un vuelco generacional, tras licenciar a la izquierda institucional (PSOE e IU) como alternativa fiable. De ahí el gran refrendo popular obtenido en la marcha del *tic-tac* realizada el 31 de enero de 2015 en Madrid. Y, sobre todo, desde el punto de vista de los derechos y libertades, lo más importante: que gracias al espíritu inclusivo del 15-M y sus coaligados en mareas y plataformas, la alternativa social al imaginario dominante no ha despertado al fantasma ultra, como ha ocurrido en muchos países de la Unión Europea (UE) con mayor tradición democrática e igualmente zarandeados por la pandemia económico-social. Por una vez España es diferente para bien. Beneficio éste que merecería una reflexión más profunda dado que, por el contrario, somos una de las pocas sociedades del entorno que cuenta con partidos filofascistas de curso legal. Pero ese “asalto a los cielos”, en su diseño constitucional, lleva plomo en sus alas, porque habilita la heteronomía, estimula la verticalidad, facilita el caudillismo, inocular la jerarquía, promueve la competencia y factura la servidumbre voluntaria.

Una formación *atrapalotodo*, o de “partido escoba”, y un líder a su imagen y semejanza para capitalizar el proceso de toma de decisiones. Eso es Podemos tras el rotundo veredicto emitido por las urnas electrónicas el pasado noviembre como broche del proceso organizativo: el partido de Pablo Iglesias. Salvo Santiago Carrillo, cuando el 14 de abril de 1977 impuso la aceptación de la monarquía a la cúpula del Partido Comunista de España (PCE) sin la menor disidencia de su Comité Central, nunca antes en la España democrática un dirigente político había concentrado tanto poder endógeno en su mano. Y en el caso de la organización de Pablo Iglesias, gran admirador de Carrillo, con el plus orwelliano de presentarse como el “partido de la gente”.

Por unánime decisión de sus activistas, Iglesias fue investido secretario general de Podemos, al mismo tiempo que hacía de los principales órganos de decisión del partido una caja de resonancia de su liderazgo. Desde el más coral Consejo Ciudadano (CC), constituido por 80 delegados, hasta el selectivo Consejo de Coordinación (CdC), integrado por entre 10 y 15 personas, pasando por la Comisión de Derechos y Garantías (CDG)), todo en su organigrama ejecutivo ha sido articulado en clave presidencialista. “El cielo no se toma por consenso, sino por asalto”, había advertido el líder de Podemos al iniciarse el congreso fundacional con una arrogancia rayana en el despotismo. Pocas expresiones más desafortunadas para una organización que se pretende inclusiva: el dirigente supremo, como en un pantócrator, reinando en lo más alto, y el pueblo subyugado a sus pies. Un caso inédito en la reciente historia de la partitocracia española, sobre todo teniendo en cuenta que Podemos aún carece de presencia parlamentaria en las instituciones soberanas del país, limitándose su currículum al quinteto de eurodiputados obtenidos. Constatemos que, sobre el papel, el órgano soberano del partido es la Asamblea Ciudadana (AC) y que se puede ejercitar el derecho de revocación.

Y todo ello en medio de una insólita oleada de entusiasmo popular y mediático. Porque, contradiciendo toda prudencia política, a cada órdago monopolizador lanzado por

Pablo Iglesias las bases han respondido con una entrega sin condiciones. Eliminó la posibilidad de una dirección colegiada echando mano del rancio discurso cortoplacista de la eficacia; implantó sus coordenadas programáticas con la amenaza de dimitir si no eran aceptadas; estigmatizó a los posibles competidores alentando que las minorías se automarginaran por el bien de su causa, y culminó su paseo triunfal logrando lo nunca visto en democracia: que los de abajo cedieran “orgullosamente” casi todo el poder a los de arriba. La teoría del cambio de eje izquierda-derecha por el de abajo-arriba está contaminada de retórica efectista, ya que a la postre el achicamiento de la participación política de los afiliados, intramuros del partido, adiestra extramuros ciudadanos pasivos.

La fidelidad al líder demostrada por los *pablistas* que han entrado a formar parte de los otros “círculos de poder” de Podemos recuerda, *mutatis mutandis*, al elenco de “senadores de designación real” que precedió al tinglado con que echó a andar la primera legislatura de la transición. Ni el “asambleario” Consejo Ciudadano, máximo órgano de decisión entre asambleas ciudadanas, ni el elitista Consejo de Coordinación, escapan a la lógica *atrapalotodo* que identifica a la marca Podemos. El *staff* del CC ha sido elegido votando la plana ofertada en exclusiva por el equipo de Pablo Iglesias, Claro que Podemos, reproduciendo así en los hechos una clonación autoritaria de los cargos en la estela de las denostadas listas cerradas y bloqueadas de los partidos del régimen. Mientras que los integrantes del CdC resultan cooptados de una relación hecha por el propio secretario general. Quien se mueva no sale en la foto.

De la magnitud del disciplinamiento al *pablismo* da idea la desigualdad entre los votos obtenidos por el cabeza de la lista oficial (Claro que Podemos) y su equivalente alternativo para los distintos órganos. Secretario General (SG): Pablo Iglesias, 96,87 por ciento de los votos; Pablo Monge, 1,01. Consejo Ciudadano (CC): Íñigo Errejón, 89,54 por ciento de los votos; Cristina Oliván, 5,25. Comisión de Garantías Democráticas (CGD): Gloria Elizo, 86,12 por ciento de los votos; Cristina Oliván, 5,02. Una vez más, como en el relato de Lewis Carroll, “la cuestión está en saber quién manda aquí”. Y no lo decimos metafóricamente. Pablo Iglesias ha coordinado un libro (*Ganar o morir. Lecciones políticas en Juego de Tronos*) en el que reivindica la famosa serie como una especie de intelectual orgánico de Podemos. Lo que indica que cuando presidía la asociación “Contrapoder” en la universidad no perseguía un objetivo antipolítico, sino un curso acelerado de maquiavelismo sobre formas “de conservar el poder o de conquistarlo”. El clásico tablero de ajedrez con príncipes trasteando peones.

Tamaña peregrinación frustrada de abajo-arriba (del horizontalismo al verticalismo y de la democracia deliberativa a la democracia plebiscitaria *on line*: del *pablismo* a *Pablemos*), caso de consumarse sin masa crítica, puede incurrir en el mismo mal de altura que afectó a Los Verdes (*Die Grüne*) en su particular asalto al poder en Alemania. Una formación de raíz profundamente contestataria que en 1998 entró a gobernar con el PSD de Gerhard Schröder y cinco años después, en marzo de 2003, sancionó la Agenda 2010, un paquete de medidas para “flexibilizar la economía alemana” en aspectos como trabajo, salud, pensiones e inmigración (entre otras medidas complementarias de talante ecológico). Una receta “rojiverde” que contra toda sospecha ha terminado inspirando a la *troika* (CE, FMI y BM) para lanzar su batería de políticas austericidas, y que ahora podría resurgir como perverso “coste de oportunidad” para un Podemos que ha basado su apuesta social en combatirlos.

En cierta medida, la súbita reinención de Podemos como partido de poder (“jugar a ganar”) ya le está pasando factura. Aunque en estos momentos sería temerario analizar los cambios introducidos para adaptarse a futuros cometidos institucionales como una parasitación de los “círculos” que constituyen la base de la formación, no lo es para constatar que tales maniobras están malogrando su capital simbólico. Idealmente los “círculos” representaban para Podemos una cierta legitimidad de origen que empieza a diferirse *ad calendas graecas*

por una voluntarista legitimidad de ejercicio. Y ese sentido Podemos también puede comportarse a medio plazo como un “significante vacío”. No por casualidad el “círculo” en Podemos está doblemente presente como signo identitario (significante) y como aval de horizontalismo democrático (significado).

Conceptos de indudable potencial movilizador (performativos) como “círculo”, “polis”, “ágora” o “centro”, según los estudios de Jean-Pierre Vernant (*Mito y pensamiento en la Antigua Grecia*), son atributos del vasto imaginario de la autogestión política. Si la equidistancia del centro, en cuanto similitud espacial, significa, según el helenista francés, ausencia de dominación, similar lógica también interactúa con el ágora, en tanto que en la polis la asamblea ciudadana se sitúa en una plaza central que iguala a los ciudadanos para su deliberación sobre lo común. Por tanto, categorías en la mejor tradición de la democracia directa, como isonomía (igualdad ante la ley) e isegoría (igualdad de palabra), vendrían evocadas en esa doble presencia del “círculo” en la escenografía de Podemos que ahora se cuestiona por una incipiente “razón de Estado”. La aplicación de código abierto más utilizada por el partido de Pablo Iglesias para sus consultas electorales se denomina Ágora-voting y Plaza Podemos es el nombre de la asamblea virtual.

Por su parte, Jean Laporte, un estudioso del desarrollo de los arquetipos en las mitologías primitivas, las religiones y las ideologías, aporta una perspectiva menos idealista. Este autor ha destacado el predominio de tres modelos simbólicos a lo largo de la historia (centro-círculo, arriba-abajo e izquierda-derecha) y cómo a partir la revolución francesa se introduce una inflexión sustantiva en dicho posicionamiento. Acelerado en el cambio “arriba-abajo”, que es reemplazado por el de “izquierda-derecha”, y más moderado en el de “centro-círculo”, reseteado por el de “centro-periferia”. En cierta medida, pues, el instrumental simbólico que maneja el *think tank* de Podemos para disputar la centralidad del tablero podría interpretarse como una regresión hacia claves protocapitalistas. Se inscribe en la órbita espacial “centro-círculo” y en la jerárquica de “abajo-arriba” en el aspecto testimonial-retórico, y en la de “arriba-abajo” en el orgánico-estructural.

Concluido el maratón constituyente, la *nomenklatura* de Podemos se centró en las elecciones autonómicas, como laboratorio para el trofeo de las generales de 2015. Una vez descartada la participación en los comicios municipales, al menos en las pequeñas localidades donde la cuota de poder por ganar es casi nula (no así las capitales más importantes, como Madrid o Barcelona, que sí entran en sus cálculos), Pablo Iglesias y su equipo (¿junta de fundadores o comisarios políticos?) reprodujeron en este apartado el *modus operandi* utilizado en el partido. En coherencia con el troquel aplicado, las primarias autonómicas y municipales para Consejos Ciudadanos y Secretarías se saldaron en términos generales con la victoria de la candidatura oficial Claro que Podemos. Pero en esta ocasión con un acusado descenso de participación que posiblemente anticipe los primeros síntomas de desgaste por el desencuentro entre cúpula y base. Si los estatutos del partido fueron aprobados por un 54,4 por ciento de los inscritos y Pablo Iglesias alcanzó la portavocía con un mermado 42,6 por ciento, los líderes regionales lo fueron con una media del 34,6, descolgándose hasta el 23,9 en el caso de Madrid y el 21,4 en el de Barcelona. Además, en esta ocasión se denunciaron presuntas irregularidades en “el censo” porque en algunas demarcaciones hubo más votos emitidos que personas figuraban inscritas.

El ágora virtual con el que Podemos ritualiza su proceso constitutivo tampoco es totalmente inocente. A pesar de la apariencia de transparencia al dar voz y voto en las primarias a una cohorte extensiva de ciudadanos (los inscritos), tiene sombras en su mochila. Por la naturaleza tecnológica del escrutinio, monopolizado por la herramienta virtual, que en sí misma supone una brecha, y la inherente privacidad del acto, existen dudas razonables sobre su ejemplaridad democrática. Debido a la innata viralidad de las votaciones “en tiempo real” y al hecho de que las mismas se realizan influenciadas por el vedetismo mediático del

portavoz de Podemos, el efecto imitación (Gabriel Tarde) actúa como factor *lobby* a favor de una cúpula autorreferencial. Con ello la participación activa, la libre elección entre mayorías y minorías, corre el riesgo de quedar en mero simulacro, en la saga del mundo del videojuego. El término *mediatrix* fue acuñado por Taylor y Saarinen (*Imagologies: Media Philosophy*) como un lugar-evento cibernético en el que el anonimato, el aislamiento y la asincronía pautan la política pública.

Pero si a eso añadimos la concentración de poder, ese centralismo democrático organizativo de que se ha dotado el partido de Pablo Iglesias, el vínculo asambleario de su legitimidad de origen queda aún más en precario. Existe el riesgo, insinuado ya en ese abstencionismo sobrevenido, de que el activismo de los “círculos” quede en un coartada refrendataria de las posturas de la jerarquía. En un especie de buzón de voz. De la misma manera que las “cartas al director” no condicionan la línea editorial de un periódico, por muy abundantes que sean, el sufragio no presencial favorece una suerte de militancia clandestina, con un compromiso débil y distanciado, que no se compensa con el mecanismo de la Asamblea Ciudadana como baluarte soberano del partido. Padece, pues, el riesgo de incubar “significantes vacíos”.

Sin anticuerpos rectificadores en su estructura, ni defensas naturales para salir ordenadamente de la burbuja en que tan cómoda como apresuradamente se han instalado, buena parte de sus seguidores más lúcidos están siendo víctimas de su propio espejismo, contagiados por el fuego amigo. Unos porque no se atreven a dar la voz de alarma para no “hacer el juego a la derecha”, y otros porque les resulta doloroso desdecirse criticando el proceso en marcha, por sentirse rehenes de “inquebrantables adhesiones” recientes. Todo conspira para convertir a Podemos en el ogro filantrópico que devore a sus hijos más capaces. Es el trágala que va de vivir para la política o vivir de la política “por imperativo legal”.

En el apartado de antecedentes intelectuales, Podemos también podría considerarse tributario de los trabajos del economista Albert O. Hirschman, y más concretamente de su obra *Salida, voz y lealtad*, trípode utilizado para enmarcar el tipo de respuesta que puede establecerse entre clientes y empresas, y que el autor hace extensivo al plano político desde la consideración del partido como proveedor de servicios a sus miembros. Entre las dos opciones, “salida” (dejar de consumir el producto/abandonar el organismo) o “voz” (reclamar como consumidor/protestar como ciudadano), Podemos estaría configurándose como una corporación que empatiza la “lealtad” con el fin de ralentizar la “salida” y sofocar la “voz”, fidelizando a sus integrantes con el carisma de sus dirigentes. Según esto, el partido de Pablo Iglesias habría (re)inventado la ley de Say de la política realmente existente sobre la base de la percepción de que en ocasiones excepcionales es la oferta la que crea la demanda, como ocurre en cualquier mercado cerrado, autárquico.

En un libro colectivo sobre la sociedad de la información y su impacto en lo político, que lleva el significativo título de *Democracia digital. Límites y oportunidades*, se aborda esta problemática. Su tesis, reflejada en el prólogo escrito por el catedrático Ramón Cotarelo, asiduo al programa “La Tuerka” que dirige Pablo Iglesias, es que este tipo de activismo “tiende a generar una comunicación irreflexiva” y potencia su utilización como “maquinaria de legitimación plebiscitaria”. Afirmación que recuerda la asimetría operativa que puede fomentar el uso sectario de las nuevas tecnologías aplicadas al campo electoral. Porque a la distancia temporal implícita en la representación política mediante la utilización de la urna física, la urna cibernética añade la distancia espacial de la “militancia-nube”, aumentando el ya importante déficit de participación democrática con la golosina de la instantaneidad.

Por no hablar de los arcanos del viejo debate entre el sistema de voto abierto (oral y/o a mano alzada) y el de voto en secreto, inscrito en el bucle público-privado, campo de intimidad por el que apuesta la “democracia electrónica”, disipando el compromiso de la experiencia propia como *zoon politikon* por mor de la eficacia. Montesquieu y, sobre todo,

John Stuart Mill defendieron siempre el valor cívico de la publicidad del voto. El típico espectáculo de asamblea de empresa, donde la mayoría de los trabajadores vota religiosamente sin haber abierto la boca durante la deliberación, tiene su pedigrí. Es un trasunto de aquel “hijo no te signifiqués”, que candorosamente nos recomendaban nuestras madres durante la dictadura.

Objetivamente, el gran logro de Podemos radica en un acto confiscatorio, extractivo, avalado como autoridad moral por el tirón de las audiencias televisivas: saca el voto público de la movilización de las calles para recepcionarlo como voto particular bajo su marca. Ese espíritu ganador de que blasona, su bulimia de éxito cueste lo que cueste, encubre una “exuberancia irracional” que puede pincharse en el hipotético caso de que los medios que lo promocionaron se divorcien de su mensaje. En el mercado político de futuros donde cotiza, un brusco repliegue podría ensombrecer su radiante provenir. Los canales que visibilizaron con tanta profusión a su líder son a la vez mentores y especuladores del fenómeno Podemos. Es lo que parece indicar una reciente encuesta donde se constata el bajón de popularidad de Iglesias (suspende en aceptación) coincidiendo con un ligero “apagón mediático” y la chocante circunstancia de que sus potenciales votantes se reconozcan situados más a la derecha que el propio partido.

Luis Alegre, un profesor de filosofía política que pasa por ser el guionista del *fracking* epistemológico de Podemos, ha dejado claro con una sinceridad –en “Lavar y peinar”, publicado en 30 de octubre de 2014 en Infolibre- que es de agradecer el tipo de pragmatismo tecnocrático que impulsa al partido anfibio. “Podemos no es una reunión de amas de casa, parados de larga duración y jóvenes idealistas. No es un movimiento espontáneo en torno a una causa compartida, como pueden ser los desahuciados, el personal de la salud pública o los taxistas. Podemos es un producto de laboratorio, diseñado por especialistas en *framing*, en narratología (*storytelling*, dirían en la escuela de negocios de al lado), en persuasión, en comunicación política”. Nada de *frikis* y mucho de proyecto elitista, el vanguardista gobierno de los mejores que dice Pablo Iglesias.

Este laboratorio tiene como alquimista de cabecera a Ernesto Laclau y su teoría sobre los “significantes vacíos” como palanca para construir la hegemonía social, manejando las estructuras lingüísticas de Ferdinand de Saussure al distinguir entre “significante” (la imagen acústica) y “significado” (el concepto). El investigador argentino y profesor de la Universidad de Essex, recientemente fallecido, lo argumenta en el texto “Por qué los significantes vacíos son importantes para la política”. En dicho artículo, tras aclarar que “un significante vacío, en el sentido estricto del término, es un significante sin significado” y que “hegemonizar significa exactamente llenar ese vacío”, afirma: “La operación hegemónica sería la presentación de la particularidad de un grupo como la encarnación del significante vacío que hace referencia al orden comunitario entendido como ausencia, como objetivo no realizado”. Términos como “casta” y otros dicterios parecidos son algunos de los contenidos, en diagonal, de la liturgia de Podemos, para incardinar las demandas sociales insatisfechas que en el concreto caso español identifican a los “significantes vacíos”.

La pregunta que no debemos sortear para concluir nuestro relato es si Podemos es populista o no. Y la única repuesta factible es afirmativa. Podemos es un ejemplo espectacular de populismo del siglo XXI, si por populismo entendemos una entidad política que se define por tener un dirigente *celebrity*, practicar la transversalidad social, monitorizarse en un centralismo democrático, afirmarse como partido-movimiento, impulsar un sindicalismo franquiciado interclasista, reivindicar el patriotismo como rango ciudadanista y reproducir un imaginario revolucionario como capital simbólico. Una especie de “europeronismo”, como sugería Joan Martínez Alier en un lúcido texto. Consta en las hemerotecas una anécdota sobre Alfonso Guerra, un sucedido de la política comparada, que puede servir como cierre paradójico para este intento de deconstrucción sobre el fenómeno

Podemos. El recientemente jubilado número dos del PSOE, en un mítin durante la campaña de 1989, se presentó ante la “gente honrada” de una barriada obrera de Madrid como representante “de los descamisados”.

La imbatible galopada política de Podemos, a caballo del centralismo democrático, el juego de tronos y el populismo simbólico, adquiere un esclarecedor colofón en la comparación de la lengua con el juego de ajedrez de Saussure citada por la *Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales*. “Si se reemplaza el caballo por un objeto físicamente diferente el juego no cambia en nada, siempre que ese objeto sea distinto de las restantes piezas; pero si se modifican las reglas para mover el caballo, se altera la naturaleza misma del juego de ajedrez”.

Intelectual, político y académico. La elite de Podemos

Mario Domínguez Sánchez

“Lo que menos podíamos figurarnos era que Podemos, aparte de ser totalitario al considerar prescindibles todos los demás partidos, es también ‘casta’. Esos profesores sin relieve científico que lo lideran, dispuestos a hacer tabla rasa en la escena política nacional y ocuparla ellos, han vivido tan ricamente del Estado –o Estados, pues han ordeñado a varios– con sueldos, informes, conferencias, consultorías y otras prácticas más o menos legales, y no pueden presumir de puros entre corruptos. Y si actúan así antes de llegar al poder, es fácil imaginar qué harán de llegar a él.” José María Carrascal, *ABC*, 3 de febrero de 2015

Que un reaccionario sin escrúpulos como el pintoresco Carrascal liquide en gran medida a la universidad al tildar a los líderes de Podemos de “profesores sin relieve científico” obliga a caminar sobre el filo de una navaja cuando se escribe sobre las pretensiones políticas e intelectuales de los referidos, so pena de ser despachado uno mismo en el saco de la perfidia mediática ultra. Y, no obstante, es preciso cuestionar la urgencia particular de estos líderes intelectuales a la vez que políticos, siempre incitados por toda su tradición ideológica a pensarse como portadores y portavoces de lo universal, como una suerte de “funcionarios de la humanidad”. Da además la sensación de que, al tener el título académico, no se necesitan más pruebas de los conocimientos y capacidades de una persona para aspirar a imponer su visión moral; basta la fuerza de sus ideas. Por otra parte, su particular situación dentro de la clase política, no sólo por nueva sino por el aroma a ilegítimo que exaspera a ciertos medios, se debe al juego de ambivalencias que provoca.

Para empezar, cabe aceptar, con Pierre Bourdieu, que el intelectual no se conecta de modo directo a la sociedad, ni siquiera a su clase social de origen, sino a través de la estructura de un campo intelectual que funciona como mediador entre el autor y la sociedad. Dicho campo, por otra parte, no es un espacio neutro de relaciones interindividuales sino que está estructurado como un sistema de relaciones en competencia y conflicto entre grupos y situaciones en posiciones diversas, como un sistema de posiciones sociales a las que están asociadas posiciones intelectuales. Pues bien, la ambivalencia resultante se debe a que, si bien la ósmosis del capital cultural hacia la política ha sido considerada siempre legítima mientras proceda de la elite del campo intelectual, ahora en cambio los dirigentes de este partido reclaman con orgullo e insistencia su condición de intelectuales pero su situación se corresponde con la de los dominantes-dominados del campo académico. Esto último se debe a que las posiciones que ocupan en el ámbito académico son bajas, aunque no sea más que debido a su juventud, y a que su prestigio –consideración simbólica dentro del campo- se corresponde a dichas posiciones¹. De ahí lo ilegítimo: reclamar en el ámbito político un prestigio por su procedencia del campo académico, cuando carecen de tal prestigio en este último. De ahí también la impostura: demandar en el ámbito universitario un reconocimiento por sus logros políticos e, incluso más aún, otorgar una cierta inmunidad a sus ideas porque están sostenidas por la militancia de la que carecen otros miembros del cuerpo académico. Y de ahí asimismo su ascendiente mediático, a partir de la pretensión de un aristocratismo de la inteligencia y una representación carismática de la producción y de la recepción de las obras y las conductas simbólicas que sólo gente ubicada a ambos lados de la divisoria entre el campo político y el académico puede reclamar. Este juego a varias bandas ha resultado eficaz tanto en 1) su propia consideración como intelectuales en la política, debido en gran medida a

¹ Sería arduo explicar aquí que este prestigio no se corresponde a la contabilidad de libros que los *media* destacan como un capital intelectual contante y sonante, o a la utilización de términos o citas de autores que tantas veces esgrimen los miembros de la cúpula de Podemos. Una forma de capital especial es el capital simbólico o “prestigio”, y comprende bienes simbólicos como la credulidad que títulos escolares y académicos aporten a su propietario, o la pertenencia a un grupo social que da fama a un individuo, tal como honor, buena reputación, respeto y reconocimiento por los otros (Bourdieu). Para la adquisición de estos bienes basados en modelos de percepción y criterios comunes se necesitan las otras formas de capital: capital simbólico, que es la credulidad y autoridad que se atribuye a un actor gracias a su capital económico, cultural y social, y gracias a las oportunidades resultantes de imponer sus puntos de vista y sus valores como exclusivamente válidos, es decir, gracias a su poder social.

la transformación del papel del intelectual-académico, y 2) en su presencia en los medios de comunicación, así como, 3) en su relación con el público aquí considerado como futuro cuerpo electoral y, en última instancia, 4) en su veledad política.

La academia, los intelectuales y sus transformaciones

Estamos, pues, ante un modelo de participación pública para los intelectuales que ya no se corresponde con las definiciones clásicas, ahora desplazadas por otras mucho más flexibles y diversas, con actores sociales procedentes del mundo universitario que aspiran a ejercer las funciones que por lo común se habían asignado a la inteligencia. Ello se debe a varios procesos que afectan con gran intensidad al mundo del pensamiento: la expansión de las instituciones universitarias, las transformaciones en la universidad así como en la esfera pública (más bien publicada) impulsadas por el desarrollo tecnológico, la aparición de nuevos medios de comunicación y, en fin, la disolución progresiva de las distinciones entre alta cultura y cultura popular.

¿Qué ha pasado en la universidad que permita explicar esta mutación anómala? El proceso de comercialización de la producción académica que comenzó en la década de 1980 se ha intensificado progresivamente hasta la actualidad, momento en que se observa una competencia entre las diferentes disciplinas. Frente a la expansión de las ciencias experimentales y de las nuevas tecnologías, la situación de las humanidades y de algunas ramas de las ciencias sociales (como la politología, la sociología, la antropología, etc.) es muy diferente, y la dificultad objetiva para situarlas en nichos de mercado específicos las ha llevado a una situación de crisis crónica. Su valor económico no puede competir con los descubrimientos de las ciencias experimentales o con los de departamentos más cercanos a los grandes poderes sociales, como los relativos al derecho o a la economía.

Estos intelectuales politizados son herederos del radicalismo político y las movilizaciones sociales de las décadas de 1960-1970, así como de ciertas corrientes vanguardistas. Todas estas movilizaciones y corrientes fueron en gran medida asimiladas y filtradas por algunos departamentos académicos, impregnaron las metodologías científicas de diversas áreas de las ciencias sociales y han llevado a sus últimos representantes, los más jóvenes, a la destrucción de prejuicios y creencias. En algunos casos se convierten en especialistas de la manipulación de conceptos teóricos, en gestores del escándalo y la provocación, en auténticas relaciones públicas de la disidencia siguiendo el legado de la sociología crítica de Wright Mills, quien aseguraba que la responsabilidad de los intelectuales era “decir la verdad y exponer las mentiras del gobierno”. La aparición de estas autodenominadas estrellas del campus, intelectuales alternativos de nuevo cuño, es ante todo un proceso social que depende de las estructuras académicas y de la participación de diferentes actores que otorgarán la legitimidad necesaria al aspirante. Las cualidades individuales constituyen un requisito necesario pero en ningún caso suficiente, porque es imprescindible cumplir con las imposiciones del mundo universitario. Una vez seguidas las reglas impuestas por la comunidad, y tras haber accedido al grupo de los elegidos, será posible jugar de acuerdo con las propias reglas, y no con las impuestas².

Con estos antecedentes, parece obvio que la reconversión del intelectual tradicional tiende a situarse en el campo de las humanidades y las ciencias sociales. Muchos de los miembros de la dirección de Podemos son filósofos, críticos literarios, analistas culturales, antropólogos, sociólogos y politólogos, que evitan asociarse con especialidades concretas,

² Tal es la posición privilegiada de los “herejes consagrados”, capaces de obligar al alumnado a realizar una réplica, en clase, de alguna escena del film “El club de los poetas muertos”, e incluso de grabarla y subirla en *YouTube*. Se trata de una fórmula perversa que coloca directamente al “profesor” como el más “progresista” y obliga a caracterizar como rancia y atrasada la rebelión simbólica del alumnado.

tratan de trascenderlas y procuran acceder así a públicos más amplios. Su reconocimiento depende, entre otros factores, de su desdiferenciación en un contexto de especialización intensiva. Un grupo así muestra en gran medida cómo es cada vez más importante complementar la inversión de capital económico con la posesión de capital cultural, es decir, con la interiorización de recursos simbólicos y formas de reconocimiento que permitan distinguirse y singularizarse de los demás. Aportan los productos de “lujo” demandados por las nuevas clases medias-altas (medias en capital económico, altas en capital cultural adquirido) que sienten cierta ansiedad ante sus perspectivas de futuro; son creaciones sofisticadas y esotéricas que se alejan de los parámetros generales de la sociedad del consumo, pero que sirven, por su rareza y su inaccesibilidad, para realzar las estrategias sociales de distinción, tanto en el ámbito académico, en el que pretenden hacerse un hueco mediante la provocación y la apelación constante al capital político acumulado (que además los hace inabordables, puesto que protagonizan una auténtica revolución conservadora)³, como en el de las clases cultas que reproducen sus frases más provocadoras en actos sociales, convirtiéndolas en instrumentos para acceder a los grupos de estatus más exclusivo. Junto a estas apelaciones elitistas a Gramsci (convertido en un teórico de la hegemonía sin determinación de clase), Laclau, Lacan u otros, Podemos es, no obstante, un partido que pretende ganar elecciones; de ahí que junto a lo anterior también subsista la creación de una narrativa identitaria al alcance de todos. Un ejemplo de ello estriba en la adopción del término “casta”, que vendría a ser el significante que divide el campo de la política y permite que emerja el “pueblo”, a través de un líder que lo encarne. Pero esa operación consistente en ponerle nombre a un enemigo -“la casta”, la “oligarquía”- y en llamar a la unidad multclasista contra ese fantasma suena a mera estrofa electoral. En última instancia, más allá de su radicalismo teórico y retórico, lo importante es que el pensamiento de estos intelectuales se adapta muy bien a las condiciones de la nueva sociedad de la comunicación.

El intelectual en los *media*

Mediante este nuevo criterio del intelectual público se pretende acabar con la ecuación que iguala profesionalización académica con inoperancia política, a través de una experimentación de las características del espacio público y del afianzamiento de puentes de comunicación con el mismo. En la esfera pública contemporánea, el intelectual no se dirige a otros intelectuales, y tampoco es probable que tenga contactos muy intensos con otras élites sociales. El espacio al que se dirige está formado por redes múltiples y entrelazadas de medios con diferentes soportes y características: la prensa de referencia, la sensacionalista, las revistas tradicionales y digitales, los numerosos canales de televisión y de radio, Internet.

Para algunos autores, este intelectual mediático que acepta sumergirse en la lógica de los medios y se instala en un universo definido por la inmediatez, la superficialidad y el espectáculo, supone una traición. Traición en la que las “pasiones políticas” se transforman en “pasiones mediáticas” que impulsan la búsqueda de la celebridad en detrimento de la calidad y la excelencia que caracterizaban a la inteligencia clásica. La transición de los intelectuales desde las revistas hacia la prensa diaria y sobre todo la televisión acarrea una intensificación en la mediatización y comercialización de su actividad. La televisión consiguió hace mucho tiempo posicionarse hegemónicamente en el panorama mediático porque logró hacerse con el papel de ágora global y convertirse en nuestro patrón y principal

³ La revolución conservadora es una suerte de restauración del pasado (en su caso la “ilusión” de superar el franquismo de forma distinta a como se plantea en la deriva política que lleva a la constitución de 1978) que se presenta como una revolución o una reforma progresista; una regresión, un giro hacia atrás que se da por un progreso, un salto hacia adelante y que llega a hacerse percibir como tal, de manera que, por una inversión paradójica, los mismos que combaten la regresión parecen retrógrados.

contacto con la realidad e incluso con lo que no vemos. Hay además un problema añadido: para Bourdieu el problema consiste en que la inserción en el mercado económico de los *media* conlleva la confusión de los criterios de clasificación y valoración de las ideas⁴. En las revistas intelectuales las ideas se valoran por los iguales, ese conjunto de expertos legitimados para juzgar el valor de un ensayo o una investigación. Con la comercialización de los medios, el criterio de valoración ya no se impone por los expertos sino por el mercado, y los resultados muestran entonces una confusión perversa entre la lógica de la producción cultural y la periodística y comercial. La ósmosis entre la política y el campo intelectual ya no viene dada a través de un filtro de calidad de este último sino de su conversión en un producto mediático.

De todos modos, esto no constituye una innovación exclusiva del reclamo intelectual de Podemos. El mundo intelectual es hoy el lugar de una lucha que apunta a producir y a imponer “nuevos intelectuales”, a proponer, por lo tanto, una nueva definición del intelectual y de su papel político, en adelante comprometidos en los vagos debates de una filosofía política sin tecnicidad, de una ciencia social reducida a una politología de velada electoral y a un comentario sin vigilancia de sondeos comerciales sin método. Platón tenía un término magnífico para toda esta gente, el de *doxósofo*: ese “técnico-de-opinión- que-se-cree-sabio” proyecta los problemas de la política en los términos en que se los plantean los hombres de negocios, los hombres políticos y los periodistas políticos, es decir, exactamente los que pueden pagarse los sondeos o incluso hacerlos ellos mismos.

Para los sectores críticos, la transformación de los medios fomenta la aparición de tipos híbridos que escapan por entero de las definiciones clásicas del intelectual y traicionan el legado defendido por los herederos del compromiso y la militancia. Se produce una erosión de las fronteras entre los campos dedicados a la producción especializada (guiados por criterios intelectuales) y los orientados a la producción de masas (guiados por criterios empresariales). En la tierra de nadie que surge por la difuminación de las fronteras tradicionales aparecen agentes bastardos que Bourdieu denomina “periodistas intelectuales” o “intelectuales-periodistas”. Es aquí donde la televisión se ha integrado cada vez más en el universo intelectual y diversos sectores académicos se han insertado sin complejos en el juego televisivo, con lo cual se han transformado las reglas del debate. Ante la afluencia de las plataformas audiovisuales y telemáticas, los intelectuales han desplegado diversas estrategias mediáticas en virtud de las cuales han tratado de adaptarse al nuevo panorama.

La primera estrategia es el retiro al ámbito universitario o especializado y la renuncia a todo contacto con los medios de comunicación, con la convicción de que la lógica del espectáculo que impulsan es incompatible con las pautas más elementales de la discusión racional. La segunda es la participación selectiva en determinados debates impulsados por los medios, utilizando los conocimientos y competencias adquiridos en favor de la difusión de una determinada causa o idea en el espacio público. Esta alternativa ha supuesto un gran esfuerzo para traducir el lenguaje esotérico de la especialidad a un lenguaje sencillo y comprensible para la mayoría. La tercera estrategia ha sido la integración complaciente en los medios, adaptándose a las formas de notoriedad y celebridad que éstos otorgan. De este modo el intelectual se transforma en una estrella del espectáculo que tendrá que competir con el resto de las celebridades para ganarse la atención del público. Una cuarta estrategia, más conectada con el universo de las redes sociales vía internet, ha acarreado una inversión, por parte del grupo de intelectuales, en la configuración de las mismas redes a su medida, acompañando los tiempos con el aprendizaje y la incorporación de las audiencias e

⁴ Para este autor, la televisión ha contribuido mucho más que los sobornos a la degradación de la virtud civil. Ha llamado e incitado al frente de la escena política e intelectual a personajes “presumidos”, atentos -antes que nada- a hacerse ver y a hacerse valer, en contradicción total con los valores de devoción humilde por el interés colectivo que defendían el funcionario o el militante. La misma preocupación egotista de hacerse valer (frecuentemente a costa de rivales) explica que las “declaraciones efectistas” se hayan vuelto una práctica tan común.

invirtiendo el desgaste del proselitismo en una minoría activa, al menos en comparación con los medios audiovisuales tradicionales.

El éxito de la tercera opción por la que en un primer momento se decanta el núcleo inicial de Podemos se debe a su capacidad para traspasar la barrera de los especialistas y atraer el interés de un público más amplio, mezclando los contenidos culturales con el espectáculo y la polémica. Por eso su relación con la pequeña pantalla no es un hecho casual, sino intencionado y estratégico. Experimentaron en la comunicación política desde el principal espacio de socialización política que es la televisión, y todo lo que ensayaron se aplicó después. En efecto, una larga fase de aprendizaje en “La Tuerka” desembocó para el líder de este partido en la participación sistemática en cadenas generales donde se presentaban posiciones contrapuestas y enfrentadas, logrando programas con tensión dramática en los que no sobraban, sino más bien todo lo contrario, las contiendas verbales, con lo cual el conflicto político se convertía en una forma de entretenimiento para las masas⁵. A diferencia de otras apuestas que buscaban un proselitismo más evolucionado a través de las redes sociales y un lenguaje esotérico (Partido X, diversos proyectos constituyentes), Podemos acude a los medios tradicionales, sin desestimar los otros, anticipando su efecto político y logrando aquilatar una presencia masiva en lo que importa para su paso al realismo de la política: el mercado electoral. De ahí que suscriba un liderazgo sin complejos como forma de cultivar una imagen pública ante las cámaras y la necesidad de escenificar esta presentación de acuerdo a las pautas que impone el medio televisivo. Ello consagra un proceso de espectacularización y comercialización del capital intelectual, ahora transmutado en político, asumiendo al mismo tiempo los costes que esto suponía, pero sin perder de vista el importante beneficio que esta postura ha acarreado y que no es otro sino la posible metamorfosis de la audiencia en un granero electoral.

El público como cuerpo electoral

El sociólogo Amitai Etzioni, uno de los defensores del intelectual público y de su potencial crítico, alaba la postura de éste una vez que se centra en su función generalista y abandona su posición de especialista, y en consecuencia muestra su interés por inmiscuirse en asuntos que son de interés público. El problema estriba entonces en la conexión del intelectual con la ciudadanía, puesto que es obvio que no puede llegar a la mayoría de la gente ya que hay muchos colectivos sociales que carecen de interés por las opiniones de los profesionales de la ciencia política. Pero también es cierto que los intelectuales tienen los medios para llegar a colectivos minoritarios socialmente influyentes (representantes políticos, técnicos de la administración, profesionales liberales, publicistas, especialistas en comunicación, etc.)⁶. De esta forma Etzioni establece una distinción entre el “público general”, que suele caracterizarse por la apatía y el desinterés por los asuntos de carácter sociopolítico, y el “público atento”, que suele estar más pendiente de los argumentos que circulan en la esfera

⁵ De ahí la posibilidad de que un exitoso personaje televisivo dé el salto al campo electoral. Aunque lo electoral y lo mediático en los sistemas parlamentarios capitalistas son campos homólogos y entre ellos tejen la agenda informativa desde un campo de enunciación único, la comunicación, normalmente se dividen de forma férrea el trabajo y el salto de un frente a otro tiene mérito. Se trata de un cerco poderoso, pues marca el principio de realidad, lo que es creíble y esperable o no, para una sociedad y la sume en una pasividad acorde con sus objetivos de perpetuación ideológica, política y económica, dándole forma de electorado dúctil, maleable, con una ilusión de poder que desemboca y encalla en la ilusión de alternancia propia del bipartidismo o en su salida mágica a través de la misma herramienta que ha llevado a esa ilusión: el voto. El cinismo de construir una “máquina de guerra electoral” de una eficacia aplastante o el “asalto a los cielos” reconvertido en vencer en las elecciones (que no en ganar en una lucha, de clases) sigue la misma tónica.

⁶ No en líderes sindicales, puesto que Podemos carece por completo de sensibilidad e incluso de interés por este frente, y porque todo lo que suene a lucha de clases supone un tabú inabordable; de ahí su vocación de transversalidad, la apelación al sentido común y al “hombre medio” que parece conformar un partido de centro radical.

pública. La audiencia potencial de los intelectuales no se encuentra en el público general, al que tienen pocas posibilidades de llegar, sino en el atento; dirigiéndose a este segmento, el intelectual puede mantener su posición crítica y alcanzar cierta relevancia social. La audacia de Podemos ha sido dirigirse a ambos a través de una prosodia simultánea de guiños culturalistas y populistas que aquí no podemos desplegar. El objetivo también ha sido intrépido: atacar los “conjuntos de presuposiciones” (prejuicios) que guían las acciones y pensamientos de la mayoría y que no son cuestionados de forma consciente. Estos “conjuntos de presuposiciones”, cuestionados más por la llamada “cultura de la transición”⁷ y menos por el funcionamiento real del sistema político-económico, son necesarios para tomar muchas decisiones y se han evaluado para tratar de luchar contra los supuestos tópicos populares que se difunden en el campo de la política y se asientan entre el “público general”, pero también para establecer una toma de posición maximalista que requiere el cuestionamiento de tales tópicos para reencarnar su solución inmediata.

No obstante, hay otras voces críticas, ante esta figura del intelectual politizado, que señalan cómo la influencia de los medios de comunicación ha promovido nuevas modalidades de acción intelectual que tienden a sustituir las obligaciones ascéticas del conocimiento por los placeres mundanos que proporcionan el poder, el dinero y el aplauso. Tal es la diatriba que despliega Bourdieu contra el nuevo “intelectual mediático”, al que considera un profesional de la manipulación simbólica sin ningún interés por el mundo del pensamiento: un especulador cultural que utiliza el legado heredado para lograr determinadas cuotas de poder social y político. Su trabajo no está legitimado por los colegas de profesión, ni tampoco por el ámbito académico, sino que los medios de comunicación y sus audiencias se convierten en las instancias últimas del éxito. En tanto que personaje construido por medios y audiencias, su fiel seguimiento de los gustos y requerimientos de estas bases sociales, compitiendo con otras celebridades para captar la atención del público votante, hacen de las ideas de autonomía y transgresión una pura quimera. Se trata de la “postura” intelectual que se puede caracterizar burdamente como “vanguardista” y que es sin duda el principio último y a menudo indefinible de sus elecciones, las cuales se integran y se confirman por referencia a la representación que tiene de las representaciones y de las posturas diferentes de la suya y de la representación social de su propia postura. Existir, en este sistema de relaciones simbólicas que integra el campo intelectual mediático, es ser conocido y reconocido en “marcas de distinción” (una manera, un estilo, una especialidad, etc.), mínimos esguinces diferenciales y de la insignificancia, pero cuya gramática se antoja esencial en el juego maniqueo de las preferencias que a fin de cuentas van a distinguir, de manera también maniquea, entre un “nosotros” más o menos indignado y un “otros” compuesto por la “casta”.

La producción mediática no se ha generado pensando en la acogida de otros académicos sino en sectores ajenos a estas disquisiciones pero que podrían estar interesados en sumergirse en este tipo de debate, en especial el periodismo “ultra”, uno de cuyos ejemplos veíamos al principio. Hay además un esfuerzo para comunicarse con el público a través de títulos provocadores, aunque también se muestre una incompetencia innegable a la hora de desarrollar lenguajes y estilos adecuados para comunicarse con grupos más amplios. Se trata, pues, de un espacio que no cuenta con los controles de calidad necesarios, por lo que tiende a difundir ideas superficiales y mediocres. El ámbito mediático, que se suponía en algún momento posibilitaba la creación de una cultura común, se ha convertido en un territorio abandonado a la difusión de ideas complacientes y nada originales. Con ello,

⁷ Una máquina de percepción no sólo mediática que formula y fija ese relato que hace del consenso en torno a una idea de la democracia (“representativa, liberal, moderada y laica”) el único antídoto posible contra el veneno de la polarización ideológica y social de la sociedad española durante el siglo XX. Ese consenso funda un “espacio de convivencia y libertad” que se presenta a sí mismo como algo frágil y constantemente amenazado por la posibilidad del terror.

evidentemente, se coloca al público en un juego en el cual aparece como espectador de algo que sucede en su presencia pero de tal forma que el público en cuestión sólo cuente en su forma numérica, como masa. Éste es el principio de contabilidad esencial que interesa: la masa de oyentes y telespectadores bien puede convertirse en la masa de electores a través de una repetición machacona de ciertos giros, de una apelación emocional a la indignación y al cansancio. En efecto, el público está también invitado a entrar en el juego de las imágenes que, indefinidamente reflejadas, terminan por existir como reales en un universo en que no hay otra cosa real que los reflejos. La posición vanguardista (que no es necesariamente reducible a un esnobismo) debe forjar, acoger y llevar a cuestas las “teorías” capaces de fundamentar como razón una adhesión que nada debe a sus razones.

La apuesta política

La lógica de la política institucional, más que instituyente, la de la denuncia y la difamación, la de la “esloganización” y la falsificación del pensamiento del adversario, es la que se extiende frecuentemente en la vida intelectual. La objetivación de lo social se produce por fuerzas que se institucionalizan para tener la exclusividad en el mercado de la realidad.

Este intelectual académico de Podemos, convertido en alternativo al orden existente, constituye la proyección de las contradicciones históricas y de clase de la intelectualidad como “nueva clase” en ascenso hacia el poder. Comparte además el acto fallido que consiste en meditar sobre el futuro de la sociedad, o incluso del planeta, proyectando sus contradicciones y sus proyectos de teóricos de la nueva clase. Este acto fallido hay que entenderlo como un desplazamiento de la acción, del pensamiento: el intelectual cree hablar de problemas en general, desde el punto de vista de su conciencia no implicada, cuando en realidad predica para su parroquia. Mejor aún: provee sin saberlo la solución de la adivinanza que está en la página siguiente y que no puede ser otra cosa que unas nuevas elecciones.

El partido de nuevo tipo es muy similar al antiguo del cual proceden (IU, Izquierda Anticapitalista, colectivos libertarios) en cuanto a su composición de clase. Dado que se trata de un “trabajador intelectual colectivo”, hay que reunir a los individuos dotados de un “excedente de conciencia” a modo de ciudadanía⁸, de esos suplementos de espíritu que confieren la trascendencia (distancia crítica), la teleología (elaboración de finalidades todavía no lo suficientemente planificadas por los que deciden) y hasta la escatología (monopolio de los fines últimos del sentido de la historia y de sus hitos, de los cuales ellos mismos constituyen uno autoelegido), y otras tantas categorías más o menos derivadas de la sociología del conocimiento de Karl Mannheim, todo ello con una especial predilección por las “generaciones” (“somos la generación del cambio ante la generación de la transición”), que amortigua el efecto de los intereses liberadores por cuanto no les concede su autonomía sino su subordinación al liderazgo de esa presunta generación.

Este intelectual alternativo, revolucionario y reformista a la vez, se sitúa en la brecha de un criterio mágico: la posición de clase. Ese criterio, que es puramente imaginario, sirve para rechazar el análisis de la implicación. Nadie se coloca de repente en la posición de clase de “los de abajo” salvo que crea, en el sentido fuerte del término, que esa operación es tan eficaz como el acto de fe del creyente. La posición de clase es un catecismo y ahí está todo el horror del concepto y de su contenido, esto es, que excluye toda posibilidad de adhesión afectiva a la política de clase (proletaria), lo cual explica la facilidad con la cual tantos ex

⁸ Una ideología ciudadanista que reclama una intervención estatal para sostener la red de garantías que el mismo Estado, ahora cuestionado, había implantado, implica adoptar una constante posición posibilista que bendice el menor de los males, y hace de sus impulsores un partido de Estado. Sin embargo, todo lo que supuso esa red fue cuestionado por los posicionamientos de la lucha de clases porque todo criterio legal y garantista establece también un techo que limita las aspiraciones antagónicas de la clase obrera (o al menos de parte de ella) y que reintrodujo en la senda desarmada del pactismo y el reformismo todo proceso de quiebra social.

revolucionarios del izquierdismo e incluso del anarquismo se reencuentran en la posición de clamorosos voceros del reformismo o de la reacción. Da la sensación de que un intelectual así, procedente del extremismo, en un momento dado empieza a rasgarse, no aguanta más, tiene que sentirse “responsable”, necesita estar del lado del poder establecido. En esta ocasión no ha esperado un cambio de personal político que le suministre la coartada del reencuentro con el reformismo de izquierda, subiendo peldaños en partidos como IU⁹, sino que, de repente, se revela un convencido partidario de la esperanza planificada por las necesidades y las crisis del capital. Después de haber asumido sus deseos como realidad, asume la realidad como su deseo, lo cual permite insertarse en carreras de intelectual orgánico del Estado. Dispone además de un beneficio secundario ligado a dicha estrategia, pues puede arreglar sus cuentas desde lo alto de su tribunal “realista” y fijar por sí mismo el terreno y los límites de la crítica todavía permitida.

Cabe añadir además que este tipo de intelectual alternativo ha logrado pasar por espectáculo mediático su desobediencia a los partidos, resumida en el repudio al bipartidismo. Incluso para aquellos que están volcados más intensamente en la problemática de las nuevas tecnologías, la desobediencia puede ir acompañada de alergia a toda problemática ideológica. Esta auténtica “anorexia ideológica” de los alternativos es proclive a escuchar toda novedad “positiva” y a su vez esconde otra ideología: la del evolucionismo garantizado por la experimentación social. Su peculiar concepción de la utopía, rechazada por el mero reformista en nombre de la ciencia o del realismo, se ve legitimada en el alternativo por esta misma ciencia y su concepción realista, o mejor aún, por cierta visión de la ciencia y del realismo. En el intelectual-político de Podemos, la utopía asume la forma de un proyecto de transformaciones interiores y estructurales, del nuevo partido como instrumento irremplazable de la tecnología revolucionaria, de la toma legalista del poder institucional y de su ejercicio racional del poder. Por eso, aunque se reclamen herederos del 15-M lo único que demuestran al respecto es que la velocidad de institucionalización del movimiento social por parte de lo instituido es la variable de máxima importancia en la era de los medios de comunicación de masas. La conversión a lo numérico, la segunda: el voto que se reclama no es una expresión autónoma. Subrayado en su vertiente cuantitativa, deviene cada vez más una alienación numérica de lo político que en realidad nos habla del fin de la política y de su sustitución por la materia básica de articulación humana en este universo de lo posible, esto es, la economía. De ahí el isomorfismo de lo numérico, al igual que se produce con el valor (capital, tiempo) con el aspecto individual de la votación. Y de ahí la paradoja consiguiente: votar más para superar la democracia corrupta, votar hasta la saciedad sin ningún “vínculo adicional, ni legal ni económico” (palabras de otro líder) para restituir la soberanía, como si el gesto electoral compulsivo superara todas las contradicciones y la democracia fuera una función inversa de la explotación.

9 “Podemos es producto de mi fracaso en IU”, dejó sentenciado uno de sus líderes. Hay que subrayar la presencia del posesivo.

¿Asalto a las instituciones? Algunos apuntes sobre la relación entre Podemos y el movimiento del 15 de mayo

Arturo de Nieves

“Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y cuando éstos aparentan dedicarse precisamente a transformarse y a transformar las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionarias es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal”. Karl Marx, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* (1852)

“¿Reforma o ruptura? Un cambio razonable. (...) Nuestro programa es un programa que hubiera firmado cualquier socialdemócrata. (...) Quien piense que por ganar unas elecciones se puede cambiar el capitalismo es un ingenuo. (...) El problema no es que nosotros estemos diciendo algo nuevo, que decimos algo que antes pensaba mucha gente; es que los que debían estar al lado de la gente y hacer honor al nombre de socialistas dejaron de serlo y acabaron trabajando para multimillonarios (...)”. Pablo Iglesias, en “La Sexta Noche” (2014)

La historia se repite, Hegel *dixit* y Marx *addidit*: lo que primero ocurre como tragedia acostumbra a reaparecer so forma de farsa. Claro que el viejo Karl escribía aquello pensando en las septentrionales latitudes del invierno parisino que acongojaban a un apabullado Napoleón III, de tal modo que cabe preguntarse qué no habría escrito si su inteligencia estuviese ocupada, en cambio, por las vicisitudes políticas propias del corral nublado que tan sabiamente retratará un genio ceceante llamado Valle-Inclán. Diremos que no resulta difícil imaginar que si el azar histórico hubiese querido dotarnos de un Marx gallego, éste sin duda hubiese preferido decir lo que tenía que decir haciendo uso de la irónica literatura del esperpento y no de la sistemática escritura que da forma a *Das Kapital*. Así pues, al iniciar la tarea que da sentido a este texto, es difícil apartar de la memoria la ingente literatura ocupada en explicar el devenir de aquel otro mayo francés, no del 11 del siglo XXI sino del 68 del siglo precedente. Resistiremos, sin embargo, a la tentación de echar mano de la sátira para relatar los acontecimientos de este mayo más próximo en el tiempo y en el espacio, los cuales, de alguna manera, se relacionan con la creación de un nuevo partido político llamado Podemos, intentando ceñirnos, en cambio, a la lógica menos irónica y más sistemática de la que hacía gala el sabio alemán.

Cuando la primavera acaba en invierno: la relación entre el mayo del 68 y el mayo del 11

Se ha dicho -lo ha dicho el trotskista británico Alex Callinicos en su brillante *Contra el posmodernismo*- que el potencial revolucionario contenido en el mayo francés fue, digamos, cooptado por aquello que, por simplificar, llamaremos el Capital, convirtiéndose así en un burlón sarcasmo aquel deseo de los decadentistas decimonónicos –*épater le bourgeois*–, reconvertido por los estudiantes parisinos del 68, modestia aparte, en el sonado “escandalizar al burgués es mucho más fácil que acabar con él”. Es sabido que muchos de estos revolucionarios estudiantes acabaron por convertirse en acaudalados ejecutivos de importantes empresas transnacionales y, *humanum est*, parece que esta nueva condición de clase no casaba bien con los diagnósticos esgrimidos con vehemencia durante aquel mayo del 68 sobre la lógica de las cosas, al producir, es de suponer, no leves disonancias y una cierta mala conciencia. De modo tal que el terreno estaba entonces abonado para que floreciera aquel mensaje, tan poco esperanzador, del “poco se puede hacer y para lo que hay que hacer casi mejor es no hacer nada”, que Lyotard y compañía traían bajo el brazo, reintroduciendo el sonado mostacho nietzscheano en el debate político occidental, después de lo que habían sido algunos años menos nihilistas y más proactivos, por decirlo suavemente.

Las comparaciones entre el mayo francés y el español son, por lo demás, sugerentes. Callinicos, a quien nos hemos referido ya, escribía, año 1989, lo siguiente sobre los

acontecimientos del 68: “Los sucesos de mayo-junio en Francia, después de todo no sólo fueron barricadas de estudiantes en el barrio Latino y la ocupación de la Sorbona, sino la huelga general más grande en la historia de Europa (...) una crisis que produjo un aumento generalizado de la lucha de clases en todo el capitalismo occidental, que siguió adelante y en un principio fue exacerbada por el comienzo de la recesión mundial después de la crisis del petróleo en 1973”. Así pues, tras el mayo francés presenciamos algunas de las luchas sociales más importantes de la Europa de posguerra, como las huelgas de mineros en Inglaterra de comienzos de la década de 1970, que acabaron con el gobierno conservador de Edward Heath, la *revolução dos cravos* en el Portugal de 1974, que puso fin a la dictadura que el *Estado novo* impusiera en 1933, o los graves conflictos industriales que acompañaron al fin del franquismo en España. El registro de luchas sociales fuera de Europa fue también notorio, incluyendo las importantes revueltas por los derechos de los negros retomadas con fuerza tras el asesinato de Martin Luther King en 1968 y la oposición a la guerra de Vietnam en EE.UU., la huelga general de Quebec en 1972, las revueltas de trabajadores y estudiantes en Australia... ¿Qué fue, pues, lo que explica que todo este proceso, con potencial revolucionario, se viese finalmente truncado? Tomaremos de nuevo prestada la argumentación de Callinicos por considerarla particularmente esclarecedora para mejorar nuestra comprensión de la situación actual en la España después del 15-M. Dice así: “El fracaso de estas luchas en hacer incursiones duraderas en el poder del capital fue contingente, reflejando no sólo la lógica inmanente al sistema sino también la dominación del movimiento de la clase trabajadora occidental por organizaciones e ideologías que, ya saliesen de la socialdemocracia, ya de tradición estalinista, estaban comprometidas en alcanzar reformas parciales dentro del marco de la colaboración de clase”. Ejemplos flagrantes de dicho colaboracionismo fueron los llamados pactos de la Moncloa, de 1977, en España o el papel desempeñado por el Partido Comunista Francés para poner fin a la huelga general de 1968. Lo que vino después de todo aquello es de sobra conocido y pasa por la depresión de la militancia que había decidido quedarse a la izquierda de tanto colaboracionismo, lo que provocó una creciente fragmentación y desmovilización política permitiendo, así, la reestructuración del capital tras la grave crisis que éste había experimentado en el decenio de 1970, originada por el hecho de que los países productores integrados en la OPEP decidieron incrementar el precio del crudo en más de un 400 por ciento, como protesta por el apoyo dispensado a Israel por EE.UU. durante la guerra del Yom Kippur en 1973.

Creemos, pues, que la comparación entre ambas crisis y ambas olas de movimientos sociales está suficientemente justificada; en consecuencia, conocer las derivas y los resultados de lo ocurrido en 1968 puede mejorar nuestra comprensión sobre lo que está sucediendo actualmente, tras las importantes protestas de 2011. Así pues, empleando un análisis fundamentado en las herramientas suministradas por la escuela marxista, podríamos decir que las protestas iniciadas en España en mayo de 2011 tenían dos salidas claras. La primera de ellas consistiría en una transformación de la energía inicial generada por el movimiento del 15-M en una creciente autoorganización de sus protagonistas que, en aras de la satisfacción de sus objetivos, acabarían por dar forma a una política de alianzas de clase entre estudiantes –el grueso inicial del movimiento– y la clase trabajadora propiamente dicha. No se puede negar la activación de dicha dinámica, resultando paradigmático el apoyo activo brindado por el 15-M a la llamada “marcha negra”, protagonizada por los mineros en julio de 2012. Por supuesto, dichas alianzas no tendrían por qué limitarse a una impoluta clase obrera compuesta por obreros industriales, la cual se encuentra en notable decadencia dentro de una estructura económica como la española, alejada del modelo industrial. Pero no es necesario recurrir a los llamados teóricos de la sociedad postindustrial para negar lo que a veces se ha presentado como obcecación marxista con la clase trabajadora, pues basta con traer a colación algunas líneas de la *Crítica al programa de Gotha* que Marx dejó escritas en el año

1875: “Por otra parte, el proletariado es revolucionario frente a la burguesía, porque habiendo surgido sobre la base de la gran industria, aspira a despojar a la producción de su carácter capitalista, que la burguesía quiere perpetuar. Pero el *Manifiesto* añade que las ‘capas medias (...) se vuelven revolucionarias cuando tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado’. Por tanto, desde este punto de vista, es también absurdo decir que frente a la clase obrera ‘no forman más que una masa reaccionaria’, juntamente con la burguesía e incluso con los señores feudales”. Y concluye irónicamente: “¿Es que en las últimas elecciones se ha gritado a los artesanos, a los pequeños industriales, etc., y a los *campesinos*: frente a nosotros, no formáis, juntamente con los burgueses y los señores feudales, más que una masa reaccionaria?” (cursivas en el original).

Esta política de alianzas de clase postulada por el análisis marxista como evolución natural del estallido social producido en España en 2011 acarrearía un impacto creciente de las acciones desarrolladas por el 15-M, materializando así su potencial revolucionario que acabaría por producir, en última instancia, una alteración en la base del sistema económico. Pero es que ni siquiera es necesario compartir la perspectiva del análisis marxista, *stricto sensu*, para argumentar que una de las salidas esperables del 15-M pasaba por una creciente autoorganización fundamentada en un aumento de su base social. De hecho, incluso desde el prisma de lo que se ha dado en llamar *post-left* (mantenemos el anglicismo como crítica implícita a dicha corriente), la evolución del anarquismo más influenciada por la filosofía postestructuralista, una posible evolución del 15-M habría sido aquella que pasase por el establecimiento, si bien temporal, de lo que Hakim Bey dio en llamar ‘TAZ’ (acrónimo inglés para ‘zonas temporalmente autónomas’), que no serían sino comunidades situadas razonablemente al margen del omnímodo poder foucaultiano y compuestas por un conjunto de individualidades que trascenderían las lógicas de clase. Aunque estas versiones, a menudo autodefinidas como postanarquistas, por oposición a aquel anarquismo clásico en el que la ideología y la clase ocupan un papel central, no cuentan con la simpatía del autor, por diversos motivos cuya exposición excedería los propósitos de este texto, vale la pena considerar que, incluso para dichas corrientes, la evolución del 15-M pasaría por una creciente autoorganización y una creciente autonomía de su base social –caracterizada no ya en términos de alianzas de clase, pero sí de transversalidad social–.

Así pues, desde un análisis fundamentado en las filosofías críticas con la ilustración puramente liberal, que lleva al bueno de Adam Smith por bandera, es decir, desde la oposición al liberalismo iniciada con la publicación de la *Crítica de la economía política* de Marx hasta los desarrollos encuadrados en la corrientes intelectuales marxistas y anarquistas, parece que la evolución que mejor agudizaría el potencial *transformador* del movimiento 15-M pasaría por, ya lo hemos dicho, una creciente autoorganización de sus bases que establecerían, con perdón de las versiones de anarquismo *post-left* ya comentadas, una política de alianzas de clase capaz de aumentar la eficacia y el impacto de sus acciones, dirigidas a proporcionar una salida del capitalismo. Obviaremos, por exceder el propósito de nuestro texto, el debate que aquí se abre entre quienes propugnan una vía basada en el socialismo revolucionario centrado en el poder que otorga la huelga a la clase obrera y quienes opinan que dicha salida se podrá llevar a cabo a través de la autonomía que otorga la autogestión. Dado que es de suponer que muchas de las personas que sufriendamente han llegado a este punto de la lectura esgrimirán en su pensamiento el carácter decididamente utópico de dichas alternativas revolucionarias, no estará de más recordar lo que era la Barcelona descrita por George Orwell en su *Homage to Catalonia* publicado en 1938, del que aquí citaremos un breve fragmento: “Los anarquistas seguían manteniendo el control virtual de Cataluña, y la revolución estaba aún en pleno apogeo. (...) Por primera vez en mi vida, me encontraba en una ciudad en la que la clase trabajadora llevaba las riendas. Casi todos los edificios, cualquiera que fuera su tamaño, estaban en manos de los trabajadores y cubiertos

con banderas rojas o con la bandera roja y negra de los anarquistas; las paredes ostentaban la hoz y el martillo y las iniciales de los partidos revolucionarios. (...) En toda tienda y en todo café se veían letreros que proclamaban su nueva condición de servicios socializados; hasta los limpiabotas habían sido colectivizados y sus cajas estaban pintadas de rojo y negro. (...) Nadie decía ‘señor’, o ‘don’ y tampoco ‘usted’; todos se trataban de ‘camarada’ y de ‘tú’, y decían ‘¡salud!’ en lugar de ‘buenos días’. (...) Asimismo, creía que los hechos eran tales como parecían, que me hallaba en realidad en un Estado de trabajadores, y que la burguesía entera había huido, perecido o se había pasado por propia voluntad al bando de los obreros”. Huelga decir que la realidad descrita por Orwell no se limitaba a Cataluña o a Barcelona, siendo muy notable la implantación del sindicalismo revolucionario en otras partes del Estado. La Galicia de preguerra, donde el sindicalismo libertario contaba con un importante núcleo coruñés y un amplio control del sector pesquero, era un buen ejemplo de ello. Resulta muy recomendable, a este respecto, la lectura de las *Impresions dunha viaxe por Galicia en 1935*, autoría de Federica Montseny, afiliada a la CNT que, por cierto, tuvo el honor de haber sido la primera mujer en ocupar una cartera ministerial en la historia europea, al haber ejercido el cargo de ministra de Sanidad y Asistencia Social dentro del breve gobierno de Largo Caballero.

La segunda salida posible de un movimiento como el del 15 de mayo es equiparable a la seguida por el mayo francés de 1968, de modo tal que todo ese potencial revolucionario no se orientase hacia el objetivo de provocar una salida del capitalismo, sino hacia su pretendida domesticación. El mecanismo es sencillo y se puede aplicar al análisis de las trayectorias de ambos movimientos. En primer lugar, es necesaria la colaboración de las organizaciones que dicen representar a los trabajadores y a los desfavorecidos por el sistema en general; así, los sindicatos y partidos que mayoritariamente agrupan a la fuerza de trabajo dedicarían sus esfuerzos a un colaboracionismo con el capital que, si bien puede provocar enfados y distanciamientos entre sus militantes más conspicuos, ha demostrado suficiente entidad como para mantener esas disidencias a raya. Puede ocurrir, sin embargo, que cuando las prácticas colaboracionistas llegan al paroxismo –pensemos en la reforma del artículo 135 de la Constitución Española del año 2011, producto del acuerdo entre PSOE y PP– se abra entonces un espacio para que nuevas organizaciones ocupen el de las viejas de modo que, con otro aspecto exterior y con las esperanzas propias de un proceso político nuevo, atraigan de nuevo al espacio de colaboración con el capital a aquellos escindidos, disidentes de “lo viejo” e ilusionados con “lo nuevo”. El abrazo decidido de la socialdemocracia que el líder carismático de Podemos se esfuerza en certificar pone en evidencia que ese nuevo partido ha nacido para ser lo que, según él, debería ser el PSOE: un partido que trabaja para que las consecuencias sociales del modelo capitalista de producción sean lo menos duras que la negociación no rupturista con los agentes del capital –mercados, patronal, sector financiero...– permita. Alguien podría decir que mejor esto que nada, que ya que el capitalismo está aquí para quedarse, entonces mejor será trabajar para hacerlo más soportable a las mayorías sociales; pero el problema surge con la idea de que un esfuerzo orgullosamente reformista de gran calado, como es el que representa Podemos, necesita, para salir adelante, de una energía social que, de no encontrar proyecto reformista al que agarrarse, trabajaría en la dirección rupturista que definen la autoorganización y la alianza de clase, cuyas consecuencias apuntan en la dirección de construir una salida al modelo capitalista. Esta argumentación casa con los datos estadísticos disponibles, que hablan sobre el estado de movilización social antes y después del surgimiento de Podemos, en enero de 2014. El Centro de Investigaciones Sociológicas (serie temporal A.3.05.01.051) nos dice que el porcentaje de población española adulta que declara haber participado en una manifestación durante el último año, decrece en 4,6 puntos entre abril de 2013 y abril de 2014 y que la participación en una huelga para ese mismo período también se redujo entre abril de 2013 y abril de 2014, esta

vez en 4,9 puntos porcentuales. Habrá que esperar a tener datos que vayan más allá de abril de 2014, cuando el efecto que haya podido desempeñar la creación de Podemos como partido canalizador del malestar social en el Estado español era todavía débil, debido a su reciente creación y, sobre todo, al hecho de que todavía no se había producido su éxito electoral en las elecciones al Parlamento de la UE en mayo de 2014. Aunque es cierto que estos datos no confirman nuestra hipótesis, también lo es que se adecúan a ella, y no más que eso es lo que se puede pedir a la estadística en los análisis propios de las ciencias sociales.

La disyuntiva a la que, presumiblemente, se han enfrentado los dirigentes de Podemos es vieja y ha sido muy discutida en sociología política. El debate que subyace a la discusión sobre si es o no posible transformar las instituciones desde dentro no es otro que el que versa sobre el poder político. Es una vieja discusión, además, en el seno de la izquierda, que a menudo ha enfrentado a quienes opinan que las instituciones y, en particular, el Estado son entes diseñados para proteger los beneficios del capital y que, por lo tanto, no deben ser objetivos de la lucha política y aquellos otros que piensan que la conquista del poder es requisito *sine qua non* para poder realizar cualquier cambio relevante. Quizás haya sido John Holloway el teórico que mejor ha sabido argumentar la primera de estas dos posturas, expuesta en su obra *Change the World Without Taking Power: The Meaning of Revolution Today*, publicada en 2002 por Pluto Press. La postura de Holloway ha originado muchos y fecundos debates en el seno de la izquierda durante los últimos años, si bien es cierto que habitualmente sus oponentes en estos diálogos han defendido la necesidad de tomar el poder para aplicar políticas cercanas al socialismo revolucionario, muy alejadas, en cualquier caso, de la socialdemocracia abiertamente asumida y orgullosamente esgrimida por Podemos.

El 15-M en el callejón del gato o algunos apuntes sobre el discurso político de Podemos

Veamos ahora, con algo más de detalle, el modo en que Podemos se ha apropiado del discurso y las formas del movimiento 15-M con el propósito, en nuestra opinión, de aprovechar su inercia como lanzadera electoral. El modelo organizativo de Podemos quiere basarse en la participación democrática, pues sus bases se articulan en los llamados “círculos”, constituidos a lo largo y ancho de la geografía del Estado. Los círculos, abiertos a todas aquellas personas que deseen integrarse en ellos, constituyen la base del partido y son espacios de participación. Este modelo contrasta, sin embargo, con los principios asamblearios del 15-M. En primer lugar, los grupos de trabajo en que se dividió el 15-M destacaban por su carácter eminentemente práctico. Así, el movimiento se dividía en grupos temáticos de acuerdo con las capacidades de sus participantes. Hubo grupos de economía, de educación, de sanidad, de cultura..., todos caracterizados por una cercanía a la acción directa que, además, buscaba la opinión de las personas afectadas por los problemas de que se ocupaban al tiempo que se proponían acciones inmediatas y lo más efectivas posibles. Por otra banda, los círculos de Podemos destacan por su marcado cariz electoral. Podemos, un partido de nueva creación, que carecía lógicamente de bases, ha promovido la organización de círculos de personas con el propósito de integrarlos en los mecanismos de funcionamiento del partido. En relación expresa con esta dinámica está el papel de los liderazgos, pues si el 15-M se caracterizó por un rechazo expreso de los personalismos, Podemos destaca por la promoción que hace de su líder carismático, Pablo Iglesias, hasta el punto de emplear un diseño de su cara como *logo* electoral durante la campaña a las elecciones europeas. El modelo de acción de los círculos de Podemos ya no se asemeja al de la acción directa asumida por el 15-M, sino más bien al tipo de acción mediada por unos tiempos que marca la dirección de un aparato partidario, cuyo fin principal es la consecución de objetivos electorales. Esta dinámica electoralista ha generado ya, en el corto período de vida del

partido, conflictos entre la cúpula y algunos de sus círculos, que han trascendido a la prensa en ciertas ocasiones; ha destacado, por su repercusión mediática, el ocurrido en Madrid durante el mes de junio, cuando algunos de los círculos exigieron una mayor democracia en el funcionamiento interno de la organización.

Así pues, el modelo organizativo de Podemos parece, más bien, el resultado de los deseos de un grupo de personas que, con dilatadas trayectorias en el mundo de la izquierda política española, ambiciona dirigir una estructura partidaria capaz de dotar de “músculo social” a sus ideas políticas y de forjar un “cerebro social” de la mano de un tipo de democracia interna que se fundamenta en la exagerada promoción de liderazgos carismáticos; bastará con referirnos, para identificar la radicalidad de esta tendencia, al papel desempeñado por la elite interna conocida como “los cinco de Podemos”, así como al hecho de que el llamado “Consejo Ciudadano”, diseñado para dirigir el partido, esté compuesto por 62 personas a propuesta del líder carismático, en contra de la alternativa integradora defendida por el también eurodiputado Pablo Echenique, que proponía que la lista de Pablo Iglesias no completase el cupo marcado para copar la totalidad de los órganos internos del partido, a sabiendas de que el papel protagonista de Pablo Iglesias haría muy difícil que la nueva militancia de los círculos votase en contra de la propuesta de su líder. Además, las credenciales exhibidas por los 62 miembros del Consejo Ciudadano se fundamentan principalmente en una acumulación de capital cultural y no debería hacer falta recordar que, como nos enseñó Pierre Bourdieu, el capital cultural, cosa distinta de la cultura que una persona pueda poseer, no deja de ser un instrumento más de dominación de clase con el que extraer plusvalías de aquellas otras personas cuya posición en la estructura social ha dificultado el acceso a este tipo de recursos; sobre éstos operan las mismas reglas de acumulación, distribución y exclusión que las relativas al capital económico, sin duda más asumidas por el público general. Estamos, pues, ante unas elites culturales que dirigen al pueblo y no, en ningún caso, ante el pueblo que se organiza a sí mismo para alcanzar sus intereses objetivos, que no son otros que los de la redistribución de los diferentes tipos de capital; también, claro, del capital cultural.

Los líderes de Podemos, en fin, han hecho gala de una estrategia discursiva de apropiación retórica de los marcos goffmanianos suministrados por el 15-M. Esta retórica ha proporcionado, en nuestra opinión, importantes beneficios electorales al conectar el nuevo partido con un movimiento, el 15-M, que según el CIS cuenta con la simpatía mayoritaria de la población española y, sobre todo y más importante, que se suele identificar con la reacción ciudadana contra la corrupción política y la gestión irresponsable de las instituciones del Estado. De este modo Podemos se presenta como el remedio contra lo que una parte muy notoria de la ciudadanía española considera principal problema de España: la corrupción y los políticos (de acuerdo con el Barómetro de octubre de 2014 del CIS, la suma de ciudadanos/as que consideraban la “corrupción y fraude” o “los políticos, los partidos y la política” como principal problema de España ascendía al 25,1 por ciento del total: es interesante señalar que el desempleo era entonces el primer problema de España para el 52,5 por ciento de la ciudadanía, pues esto nos da una medida de la gravedad adquirida por los dos problemas antedichos en un contexto en que la tasa de paro era del 23,7 por ciento, en el tercer trimestre de 2014) según el Instituto Nacional de Estadística). Esta retórica ha permitido también a Podemos esquivar su identificación inmediata con la izquierda tradicional, contra la que décadas de confrontación política produjeron un notable contraargumentario. En este sentido, es significativo el contenido del manifiesto que precede a la creación de Podemos, publicado por el periódico *Público* el 14 de enero de 2014 con el título “Mover ficha: convertir la indignación en cambio político”. En ese manifiesto se llamaba a la creación de una nueva candidatura para las próximas elecciones al Parlamento de la UE; en el texto nos encontramos ya con algunas de las claves del discurso de Podemos,

pues hay en él referencias a la “casta”, así como algunas propuestas que serían asumidas por Podemos en su programa electoral para aquellas elecciones. Los guiños al 15-M eran flagrantes, como lo certifica el fragmento que reza: “En las próximas elecciones al Parlamento Europeo es necesario que haya una candidatura que se ofrezca a la ola de indignación popular que asombró al mundo”. El texto finalizaba con una conexión todavía más clara con el 15-M, teniendo en cuenta que “sí se puede” fue una de las consignas más repetidas por el movimiento del 15 de mayo: “En las calles se repite insistentemente ‘sí se puede’. Nosotras y nosotros decimos: ‘Podemos’”.

El manifiesto fue promovido por el partido Izquierda Anticapitalista (IA), creado como tal en noviembre de 2008 para participar en las elecciones al Parlamento de la UE de junio de 2009; el partido obtuvo entonces unos resultados pobres, con menos de 20.000 votos en el conjunto del Estado español. IA, a su vez, procedía del movimiento, de raíz trotskista, Espacio Alternativo (EA), que fue parte de Izquierda Unida hasta 2007. EA se definía a sí mismo como legítimo heredero de la Liga Comunista Revolucionaria (LCR), extinta en 1991. Lo interesante de esta evolución es, en nuestra opinión, que ilustra la progresiva huida, por parte de la izquierda española, de su clara autoidentificación del pasado hacia maneras cada vez más ambiguas. Así, desde el rojo intenso de hoz y martillo de la LCR, pasamos por la estrella multicolor –verde, rojo, azul– de IA y llegamos al aséptico círculo morado de Podemos. Pensamos que este tipo de camuflaje es una de las claves del éxito de Podemos, pues posibilita el ahorro de recursos discursivos que deberían destinarse a elaborar una defensa contra el discurso antiizquierdista, bien establecido en la política española. El riesgo es, sin embargo, evidente, y se concreta en la posibilidad de que, como en la novela de Stevenson en la que Hyde acaba por dominar a Jekyll, el “centrismo” de Podemos acabe por sobreponerse a su origen en la izquierda; como ya hemos comentado, hay motivos suficientes para pensar que tal proceso se encuentra ya en un estado avanzado.

Veamos ahora la forma discursiva que adopta esta máscara “centrista” autoimpuesta como una estrategia para maximizar los apoyos electorales a Podemos, en un intento por construir un discurso político al margen de los esquemas de la izquierda. Los líderes de Podemos han repetido hasta la saciedad que su partido se identifica con la “nueva política”, que es algo que se opone a la “vieja política” de los partidos llamados “tradicionales”. Esta oposición “nuevo/viejo” sustituye a cualquier otra oposición fundamentada en divisiones sociales o *clivajes*, por emplear el anglicismo derivado de la obra de Lipset y Rokkan, como “propietario/trabajador” o, por supuesto, “centro/periferia”, una categoría totalmente alejada del discurso de Podemos, que hace gala de una aguerrida defensa del patriotismo español.

Todos estos esfuerzos han logrado que los adversarios políticos de Podemos, fundamentalmente PP y PSOE, hayan tenido que emplear recursos retóricos dirigidos a incluir a la nueva fuerza política dentro de una categoría no central en el debate político español de los últimos tiempos, la de “populismo”, caracterizada por su gran ambigüedad, como señala Marco D’Eramo en un brillante artículo publicado por la *New Left Review* en agosto de 2013. En segundo lugar, los adversarios políticos de Podemos deben elaborar discurso para convencer a la población española de que el populismo es algo negativo, pues el carácter no central de esta categoría hace que los marcos goffmanianos asociados a ella no resulten tan potentes como los existentes en el repertorio político actual contra el comunismo, el anarquismo, el fascismo o el neoliberalismo, por citar algunos ejemplos de categorías centrales en el debate político de las distintas sociedades que componen el Estado español. Pero hay, sin duda, algo todavía más fundamental en el discurso elaborado por Podemos que puede explicar parte de su aparente éxito electoral y que hace referencia a la noción más repetida por sus dirigentes: la de la “casta”. Una de las consignas más repetidas del 15-M fue aquella que decía “no nos representan”, que implícitamente construía una divisoria entre un ellos –los políticos actuales– y un nosotros –la gente normal–. Podemos no ha hecho más que

potenciar esta divisoria, al tiempo que trabajaba por generar una identificación entre el propio Podemos y “la gente”, y otra identificación entre el resto de partidos políticos, fundamentalmente PSOE y PP, y los “políticos profesionales”. De este modo, al hablar de la “casta”, los líderes de Podemos se identifican implícitamente con lo que no es “casta”, es decir, con lo que no son los políticos profesionales, es decir, con “la gente”. Pero, como hemos dicho ya, el discurso de Podemos no deja de ser retórica producida por elites para consumo masivo del pueblo, tanto más violenta cuanto mayor es nuestra percepción de que lo que subyace a tales esfuerzos es el convencimiento de que el pueblo en cuestión no está preparado para asumir ciertas argumentaciones que, siendo verdaderas, no deben parecer, a ojos de los dirigentes de Podemos, suficientemente simples como para ser asumidas por ese pueblo. Bueno es recordar el auge electoral que, según las encuestas, estaba experimentando Izquierda Unida antes de la irrupción de Podemos, haciendo gala de un discurso político fundamentado en la oposición capital/trabajo. Aunque lo más importante, quizá, sea apelar a la creciente organización social que, al margen de partidos políticos, floreció al calor del 15-M, un calor que es ahora canalizado hacia la acumulación de apoyos electorales de una fuerza política socialdemócrata, gracias en buena medida a los mecanismos que ofrece la televisión privada española, que ha funcionado como repetidor de la señal emitida por las elites de Podemos.

Actualmente la acumulación de apoyos electorales de Podemos parece no haber alcanzado todavía su límite. La prensa española no deja de publicar encuestas en las que Podemos figura como una alternativa real para ocupar el poder ejecutivo español, gracias a un discurso basado en la participación democrática y en un servicio al pueblo por el pueblo. Solamente el tiempo podrá decir si Robert Michels estaba o no en lo cierto con su ley de hierro de las oligarquías; solamente el tiempo podrá decir si Pierre Bourdieu estaba o no en lo cierto cuando explicaba las muy diversas formas en que las elites son capaces de construir “lo popular” con el propósito de legitimar su dominio sobre el pueblo. El riesgo es alto, pues, si estos teóricos estaban en lo cierto, la aparición de una nueva válvula sistémica que sustituya a las viejas válvulas obstruidas que ya no son capaces de reintroducir en el capitalismo las tensiones que él mismo podría acabar en un simple intercambio de elites al tiempo que se pone fin a un proceso de genuina revuelta popular basada en la autogestión desde abajo. De ser así, tendremos que concluir que se ha dejado pasar, una vez más, la oportunidad de un verdadero cambio político capaz de ofrecer una salida del capitalismo pues, como dijo Alex Callinicos en un artículo publicado en 2011 en *International Socialism*, “ésta es la crisis de nuestro tiempo, ‘la crisis del capitalismo que se da una vez por cada generación’ de la que hablaba George Magnus. No hay indicios de que vaya a acabar, y sí muchas evidencias de que irá a peor. La elección está, cada vez de forma más clara, entre luchar o hundirse. Si sobrevive alguna izquierda relevante en el futuro dependerá de la contribución que ésta haga a dicha lucha”. No es poco, pues, lo que está en juego.

Podemos conquistar el poder

Estela Mateo Regueiro

Podemos parece estar revolucionando el panorama político y social de este país. Este partido, que presume de participar de la esencia del movimiento 15-M, ha conseguido efectivamente canalizar la indignación de miles de personas que lo han situado como una de las principales fuerzas políticas –si no la primera– en menos de un año. Esto ha sido posible gracias a una muy cuidadosa puesta en escena utilizada por sus fundadores como estrategia para alcanzar ese objetivo. Por este motivo, resulta interesante el análisis desde el punto de vista de la estética.

Desde el principio, las caras visibles de Podemos han hecho referencia a las exigencias puestas de manifiesto por los movimientos sociales, en constante auge de popularidad dentro de la opinión pública. Su discurso ha englobado tanto las demandas sociales como las demandas políticas más profundas y de estructura, como el fin del sistema parlamentario representativo en favor de una mayor participación ciudadana. De esta forma, Podemos ha innovado un modelo de partido en el que se hacen valer los denominados círculos y una especie un tanto peculiar de asamblea ciudadana, todo pensado –por lo menos en apariencia– para ganar en democracia directa. Recuerda mucho al 15-M... pero no lo es.

Si bien es cierto que el discurso de Podemos es similar al de los indignados, la puesta en práctica de sus demandas y propuestas no lo es. Se echa en falta el significante de sus proposiciones del mismo modo que la ejemplaridad en sus prácticas: recurren a generalizaciones difíciles de concretar que en cualquier caso no se siguen de su modo de proceder. Esto choca con movimientos en auge como los que encontramos alrededor de la cuestión de la vivienda, en los que el lema “la casa para quien la habita” especifica la defensa de la figura del inquilino, nutrida con el ejercicio de la paralización de los desahucios. En este sentido, parece que la principal pretensión de Podemos es conseguir el poder, algo que sus responsables no han negado y que han demandado en más de una ocasión haciendo referencia a la necesidad de conseguir una mayoría absoluta. En principio, esta mayoría que se tiene que lograr “por asalto y no por consenso”, como dijo Pablo Iglesias en su discurso inaugural de la asamblea “Sí se puede”, se entregaría a la ciudadanía. Sin embargo, el camino que han elegido no parece llevar en esta dirección.

Podemos se apropia del discurso de los movimientos sociales, del discurso de las víctimas de las actuales políticas, y lo hace recurriendo constantemente a metáforas y elementos emocionales que logran captar la atención de la gente sin llegar a aportar nada más allá, convirtiéndose de esta forma en el primer partido político autoproclamadamente posmoderno existente en este país. Para justificar esta conclusión vamos a analizar la asamblea ciudadana fundacional “Sí se puede”, celebrada los días 18 y 19 de octubre de 2014 en el palacio de Vistalegre de Madrid.

Puesta en escena

Tras diferentes y múltiples apariciones en distintos marcos (televisión, radio, redes, calles) como formas de ensayo, que llevaron a Pablo Iglesias al Parlamento de la Unión Europea con otros cuatro compañeros, se celebró la asamblea ciudadana “Sí se puede”, en la que Podemos se constituyó como partido político. Fue un momento de notable interés que conviene analizar ya que marca la dirección que esta fuerza política tomó a partir de entonces.

En esa asamblea Podemos se presentó en sociedad. Hasta ese momento habíamos visto a sus máximos representantes, sobre todo en televisión, hablando de una nueva

formación político-social que, surgida del 15-M, iba a terminar con la “casta” del país. Un discurso que servía para agrupar la indignación general sin necesidad de exponer ningún tipo de contenido: la “casta” era el enemigo público no definido en el que todo el mundo podía proyectar su descontento. Pero pasó el tiempo y el partido tuvo que empezar a determinarse, y la asamblea “Sí se puede” fue el inicio de esta configuración y, por lo tanto, el momento en que es posible encontrar muchos de los elementos que van a integrar el diseño de un imaginario social. No son sólo las propuestas ganadoras las que pautarán esta definición: es el conjunto de todos los elementos escénicos. En esta asamblea empezamos a ver un discurso que va en una dirección y unas prácticas que discurren por otra muy distinta.

En primer lugar, quiero detenerme en el propio nombre de la asamblea. “Sí se puede” es la consigna que se gritaba en las plazas de las principales ciudades en mayo de 2011 cuando el movimiento 15-M estaba en pleno apogeo. Servía para aunar fuerzas en la calle y dar aliento a la lucha. Se empezó a utilizar al demostrarse que sí era posible sacar a la gente a las plazas y cambiar la situación, y se ha seguido usando en diferentes marcos de lucha, como, por ejemplo, las paralizaciones de los desahucios. Podemos se apropió de este emblema y se aprovechó de su carga simbólica dándole un nuevo uso que ha de servirle para alcanzar sus propios fines. Ya no es un clamor popular espontáneo: es el nombre que recibe la exposición de un debate político. No nos indica que se pueda sacar a la gente a la calle o que se pueda parar un desahucio, sino que se puede hacer todo esto y mucho más siempre y cuando se siga la nueva estela que se nos revela en este nuevo escenario y que pasa, como se verá, por abandonar la acción directa en favor de la centralización del poder en unas pocas manos.

En segundo lugar, quiero señalar la paradoja de llamar “asamblea ciudadana” a la exposición de propuestas por unos determinados grupos de personas seleccionados de antemano y con una logística previamente diseñada para la moderación de las intervenciones. Dada la estructura de la aplicación que se eligió para las votaciones, para los ruegos y para las preguntas, sólo era posible intervenir mediante conexión a internet, de tal forma que únicamente llegaban a los ponentes los comentarios más valorados. Tal y como se entienden las asambleas en los movimientos sociales, aquéllas han de ser abiertas a todos los participantes. Generalmente, se sigue un orden del día en el que se exponen los temas que se llevan a debate y después de cada punto se abre un turno de preguntas en el que todo el mundo puede intervenir. En el caso de la asamblea del palacio de Vistalegre se requería para participar, en primer lugar, un dispositivo con acceso a internet y, en segundo, de *wifi*. Aunque se suponía que la *wifi* estaba asegurada, falló, y en cualquier caso no lo estaba el dispositivo. Además, el envío de preguntas se realizó a través de un programa que lo que hace es seleccionar aleatoriamente algunas de ellas para reenviarlas a las pantallas del resto de participantes, encargados de votar las que más les interesa hacer llegar a los ponentes. Por tanto, ni todo el que quería podía participar ni todo el que participaba lo hacía logrando su objetivo. En estas condiciones es imposible hablar de participación abierta.

Es cierto que una asamblea abierta a toda persona que lo desee y tenga acceso a internet, independientemente de donde se encuentre –la participación no estaba cercada a los asistentes de la asamblea–, puede alargarse bastante. Sin embargo, esta cuestión no debería conllevar un cerco para la participación sino un mejor planteamiento de tiempos: es imposible reflexionar en unas pocas horas sobre todas las propuestas presentadas y votarlas. Este sistema, lejos de alentar un debate reflexivo, promueve la aceptación por medio de algo que podríamos llamar “efectos especiales”, que no son más que el resultado de la puesta en escena y la habilidad para captar la atención con ella. No se trata de enriquecer una estructura democrática, como se escucha decir, sino de trazar una buena estrategia para ganar haciéndote creer que eres un partícipe real.

Y, en tercer lugar, y antes de pasar a analizar el evento, es necesario detenerse a examinar el decorado elegido para la ocasión, seleccionado para reforzar –en principio de forma sutil– las limitaciones de participación mencionadas. Al entrar en el palacio de Vistalegre lo primero que llamaba la atención era un gran escenario triangular situado al fondo del antiguo ruedo visto desde las puertas por las que se accedía al recinto. Rodeado de gradas por la arquitectura circular del edificio, y con un improvisado patio de butacas separado en tres secciones frente a él, quedaba enmarcado por una gran imagen morada de fondo, donde se situaba su base; en ella se leía, sobre una fotografía de una multitud borrosa, el grito desafiante del 15-M: “Sí se puede”. Su pico, delante de todo, estaba reservado para la tribuna, y al fondo, a cada lado de ésta, había una gran pantalla en la que se construía la palabra “Podemos” con grandes letras blancas en tres dimensiones apoyadas en el entablado. Todo se encontraba dispuesto de tal manera que resaltase la diferencia entre los ponentes – verdaderos protagonistas del evento pese al discurso que afirmaba lo contrario–, y los espectadores, inequívocamente fuera.

Colgando en lo alto, y formando un círculo sobre las cabezas de todos los allí presentes, se encontraban términos con una fuerte carga sensitiva en estos momentos de cambio, como “soberanía”, “pueblo” y “futuro”. Todos ellos estaban relacionados con esa batalla épica que, según los principales integrantes de Podemos, tienen que librar “los de abajo” contra “los de arriba”, otro recurso discursivo vacío de contenido en el que cualquiera puede volcar su propia idea de quiénes son las víctimas y quiénes los verdugos. Todo esto, montado con su correspondiente iluminación, estaba cuidadosamente preparado para inducir al público al fervor de lo espectacular, para dejar en segundo plano los contenidos que se iban a tratar y para centrar el encuentro en la representación. Es “la realidad vivida materialmente invadida por la contemplación del espectáculo” a la que hacía referencia Guy Debord¹⁰. Lo que *parece ser* se sitúa por encima de lo que realmente es.

La ocupación de los contenidos reales por parte de las imágenes generadas por medio del apropiacionismo de términos con un alto grado de carga emocional, junto con los impedimentos para establecer una participación abierta y el decorado apropiado para fortalecer lo anterior, llevaban, a la hora de pasar a la práctica, a poner de manifiesto la discordancia entre los discursos y los hechos.

Sí se puede... manipulando

El primero en entrar en escena, como no podía ser de otro modo, fue Pablo Iglesias; literalmente, la cara del partido. Antes siquiera de que se pronunciase, antes incluso de que subiera al escenario, las gradas ya habían estallado en júbilo. Sólo por verle aparecer.

Durante todo el tiempo transcurrido hasta la celebración de la asamblea se ha ido construyendo, a través de los medios de comunicación, una imagen en la que Iglesias se presenta como el líder sacrificado al gran proyecto de Podemos que, supuestamente, se construye mediante el trabajo de todos. Este protagonismo está completamente reñido con la lógica de red que describe muy bien Margarita Padilla, *hacker* e ingeniera informática, y con la idea de la distribución de poder que pretenden vender. En cambio, casa con la lógica de lo uno, en lo que lo que tenemos es acumulación, concentración o totalización¹¹.

Cuando Pablo Iglesias subió al escenario, dijo varias cosas interesantes en este sentido. En primer lugar, que si habían llegado hasta allí era gracias a todo ese público que

¹⁰Guy Debord, *La sociedad del espectáculo* (Pre-Textos, Valencia, 2010), pág. 40.

¹¹Amador Fernández-Savater: “Máquinas electorales, hegemonía y poder distribuido: entrevista a Margarita Padilla”, en *eldiario.es*: http://www.eldiario.es/interferencias/Maquina_electorales-hegemonia-poder_distribuido_6_32727271.html.

ahora le estaba aplaudiendo. En segundo lugar, que no tenían miedo de las diferencias. Lo que hacía no era defender su convivencia con lo otro que no es él, sino dejar claro que no existía ninguna posibilidad de llegar a cualquier tipo de consenso entre dos propuestas distintas. Y, en tercer y último lugar, agregó que iban a ganar. Recurriendo a una anécdota, afirmó: “Me decían: ¿Pero qué es lo que os diferencia a vosotros de otras opciones que existen? (...) Estábamos en febrero, todavía éramos una cosa muy pequeña, y quizás mi respuesta fue muy arrogante. Dije entonces: la diferencia fundamental de Podemos es que sabemos cómo ganar”. Entonces mencionó cómo se rieron de ellos y hasta dónde habían conseguido llegar. Y añadió: “No nos conformamos con haber llegado hasta aquí; no nos conformamos con quedar segundos en las elecciones generales. Salimos a ganar”.

Es cierto que no han llegado por sí solos hasta donde están: sin el apoyo de la gente hubiera sido imposible. Sin embargo, ese apoyo no lo han logrado ofreciendo un programa claro: lo han logrado siguiendo un plan estratégico. José Luis Molinuevo, catedrático de Estética y Teoría de las Artes de la Universidad de Salamanca, describe un incipiente movimiento totalizador en un texto de 2013: “El mundo al revés. Los nuevos fascismos ya no se presentan como ‘pre’ sino como ‘pos’. No apuntan al futuro legitimándose en el sólido pasado sino que aspiran a controlar el presente cambiante. No construyen grandes metarrelatos sino que producen incansablemente fragmentos. No emplean ya el discurso del vencedor sino que se han apropiado del de las víctimas. El posfascista posmoderno va de víctima por la vida. No se impone sino que se apropia. Ya no practica una estética rocosa sino de plastilina. Es mucho más eficaz para sus fines, siendo el principal de todos ellos el secuestro de la voluntad popular mediante la práctica del *buenismo*”¹².

Aunque era demasiado pronto para escribirlo pensando en Podemos, parece hecho a medida. Efectivamente, no encontramos en la nueva formación política una narración propia y profunda en la que puede establecerse una ideología que poner de manifiesto. Se apropian del discurso integrador de los movimientos sociales, del discurso de los perjudicados, pero sin el riesgo de la definición. Hacen suyo el grito “sí se puede”, se suman a ese abstracto 99 por ciento de la población que está frente al otro 1 por ciento, y no se cortan a la hora de hablar de poder popular desde un plató de televisión. Y, sin embargo, ¿a qué se refieren cuando dicen que “sí se puede”? Cuando hablan de “casta”, ¿qué quieren decir exactamente? ¿Cuáles son las propuestas reales que sugieren para acabar con ese indefinido enemigo común que tiene la capacidad de unirnos a todos más allá de nuestra clase social? Parece que por ser un partido político joven se les dispensa su indeterminación, una característica sospechosa en cualquier organización.

Pero no vayamos a equivocarnos: aunque Pablo Iglesias esté hablando constantemente de conseguir el poder y, además, de hacerlo por mayoría absoluta, lo hace por nosotros. Lo hace por todos aquellos que se sienten parte de “los de abajo”, aunque no sepan qué significa exactamente este concepto. Es un mártir. Pablo Iglesias, quien no duda en decir públicamente que hay veces que puede que peque de arrogante, se presenta de este modo como una criatura muy humana. Como él dice, no teme acoger otras propuestas, y lo demuestra escuchando las sugerencias de todos los círculos y respondiendo a todas las preguntas de los periodistas. Además, una configuración para la toma de decisiones que ha de pasar necesariamente por una asamblea ciudadana demostraría la apuesta por la descentralización. ¿Qué problema hay en obtener el poder por mayoría absoluta en estas condiciones? El problema del engaño. Vuelvo a citar a Molinuevo: “Conviene, pues, distinguir y relacionar el fascismo moderno, el fascismo posmoderno y el posfascismo posmoderno. El posfascismo posmoderno es un fascismo amable, no admirable, no se apoya en la estética de lo sublime tradicional, del colosalismo y la desmesura que apabullan al individuo. El posfascismo posmoderno nace de

¹²José Luis Molinuevo, *Posfascismo posmoderno. El caso Homeland o la fascinación de lo siniestro* (Archipiélagos, Salamanca, 2013), pág. 3. Documento accesible en línea: <https://www.box.com/s/x6he76hbfkwx5ctdofk>.

dentro, no viene de fuera. Lo piden los individuos y es esencialmente democrático, porque busca su legitimación en los individuos y no en instancias superiores e ignotas. Es un fascismo de individuos y para individuos, no de líderes mesiánicos sino de aquellos que insisten ahora (a diferencia del moderno) en borrar las jerarquías para lograr lo que en el fondo es el anhelo de todo fascismo: la ‘camaradería’. Nada de jerarquías verticales. Si estéticamente el fascismo moderno es la vertical en el juego de picado y contrapicado como culto al líder, ahora el posmoderno es la reivindicación permanente de la horizontal. Las jerarquías ahora son horizontales, y necesitan de otros signos y estrategias para imponerse y desarrollarse: la falsa humildad y la pringosa cercanía”¹³.

En estas condiciones, darle todo el poder a una persona o a un grupo de personas sí resulta lícito. Es un totalitarismo distinto porque es amigable, porque no se impone por la fuerza sino que se alza con nuestra aprobación. Somos nosotros los que accedemos a darle todo el poder a un único núcleo por haber demostrado que es digno de nuestra confianza... O, por lo menos, nos han hecho creer que esa elección es nuestra.

En la asamblea ciudadana se presentaron los borradores de los principios éticos, organizativos y políticos de cada círculo. Para ello, se destinaron unos escasos minutos en los que solamente daba tiempo a enunciar la idea global de las propuestas reales, y en los que la puesta en escena cobraba mucha más relevancia que el contenido. Después se abría un espacio de tiempo para ruegos y preguntas, y, tras las respuestas, se pasaba inmediatamente a las votaciones, siempre exclusivamente a través de internet. Si la gente no había leído antes los documentos íntegros, se quedaba sin la oportunidad de hacerlo y, en cualquier caso, lo que se tenía presente justo antes de emitir el voto era la exhibición que cada grupo había realizado de su propuesta.

La mayor parte de las presentaciones fueron un intento frustrado de resumir los borradores en los que tanto se había trabajado, y en casi todas ellas se dedicaron unos segundos a protestar por la limitación de tiempo para la exposición. El círculo de Pablo Iglesias, “Claro que Podemos”, apareció en la exposición de los tres borradores hacia el final, concretamente en el antepenúltimo lugar, a excepción del borrador político, en relación con el cual hubo una tercera exposición detrás de ellos, conformada por el círculo de México en representación de todos los círculos del exterior. Nada tiene de casual este posicionamiento, como no lo tiene el hecho de que los borradores de “Claro que Podemos” aparecieran siempre entre las primeras posiciones en las votaciones y con la etiqueta “equipo Pablo Iglesias”.

A diferencia del resto de participantes, los portavoces de este círculo no tuvieron ningún inconveniente con la limitación temporal. Al contrario, supieron utilizarla a su favor. Con la ventaja de ser las caras reconocibles de Podemos, gracias a su cobertura mediática, no tuvieron más que aparecer sobre el escenario para empezar a recibir aplausos. Con sólo elevar un poco el tono de voz hacían estallar las gradas de emoción. Tanto es así que el segundo día Pablo Iglesias pudo permitirse la pretenciosidad de mandar callar a sus simpatizantes: “Os voy a desafiar. No, no, ni pizca de gracia. No quiero un solo aplauso a mi intervención. Vamos a demostrarles que somos capaces... ¡Shhh! Vamos a demostrarles que somos capaces de no aplaudir una intervención”. El día anterior, en la exposición del borrador ético de su círculo, Juan Carlos Monedero había subido al escenario alentando todos esos aplausos. Monedero utilizó el tiempo de su intervención para recordar a todas las víctimas del sistema y criminalizar a la “casta”. Elevando su tono de voz a medida que leía el resumen de las propuestas de su borrador, hacía elevar los aplausos hasta que éstos ahogaron literalmente sus palabras. Llegó un momento en que desde las gradas no se escuchaba lo que estaba presentando, pero la gente seguía aplaudiendo. Tras realizar alguna pausa, pudo terminar su discurso añadiendo: “Y que la ilusión marque nuestro camino. ¡Claro que podemos!”. Ilusión,

¹³*ibidem*, pág. 21.

sinónimo de espejismo, delirio o ficción, es una palabra antagónica de diálogo. Si alguien quiere conocer la impresión de las personas que presenciaron la asamblea, puede hacerlo en el *streaming* que hizo Podemos: la palabra “emocionante” se repite hasta la saciedad. Sin embargo, se echan de menos las reflexiones sobre los contenidos que, por otra parte, no se pudieron exponer correctamente.

Tras las presentaciones, como decía, se abría un espacio de tiempo para ruegos y preguntas que, tras responderse, daba paso a las votaciones. Durante ese tránsito que vivía el público de la contemplación de las exposiciones a la participación en las mismas, el palacio de Vistalegre se empezó a vaciar notablemente. Y, como no podía ser de otro modo, casi todas las preguntas estuvieron dirigidas al equipo de Pablo Iglesias.

En lo que parecía ser un acto de humildad teniendo en cuenta las quejas por la limitación temporal, el equipo de “Claro que Podemos” volvió a subir al escenario diciendo que cedía parte de sus minutos, para responder a las intervenciones, al resto de los grupos interpelados. A esta reducción previa, Monedero le sumó otra por haberse excedido en su presentación, y lo que empezaba pareciendo un bonito gesto acabó siendo una forma de aliviar las argumentaciones de sus respuestas. El resto de equipos, con menos preguntas que el de Pablo Iglesias, se vio obligado –u obsequiado, según se mire– a entrar en detalle sobre unas preguntas que, por otra parte, y siguiendo naturalmente el hilo de las exposiciones, resultaron ser bastante superficiales.

En unas condiciones adecuadas para el análisis y la reflexión, el tiempo es un elemento que juega a favor. Sin embargo, no fueron éstas las condiciones que se establecieron en la asamblea “Sí se puede”. Tras las hipnóticas puestas en escena de los representantes del grupo “Claro que Podemos”, el resto de intervenciones se mostraban monótonas, apáticas, como se vuelve cualquier discurso que trata de razonar un sentimiento en eferescencia.

Si en las presentaciones de los tres borradores el equipo de Pablo Iglesias hizo su aparición hacia el final, en el momento de responder a las preguntas salió siempre en primer lugar. Sin embargo, se hizo una excepción con el borrador organizativo, en relación con el cual apareció después del equipo “Sumando Podemos” y de la intervención de Lola Sánchez que le allanó el camino: “Por supuesto que sí [necesitamos un líder carismático], pero es que tenemos la gran suerte de que ya lo tenemos. Pablo Iglesias es un líder natural. Por supuesto, es nuestra mejor voz. Y yo tengo plenísima confianza en él y en que seguirá siéndolo. Yo lo quiero como mi portavoz, quiero que siga hablando en nuestro nombre, quiero que hable en nombre de ese 99 por ciento de gente a la que intentamos defender. Necesitamos un líder fuerte hacia afuera, un líder que grite en nuestro nombre pero que nos escuche. Lo que tiene que llevar es nuestras voces. Y me parece que no hay duda, en este enorme consenso que sentimos todos, de que Pablo Iglesias es el mejor para esto”. Ya antes, durante la exposición del borrador organizativo de su grupo, Echenique había dado un paso atrás en favor de él: “Hay dos cosas que creo que nos unen a los más de treinta equipos que participamos en 'Sumando Podemos'. Una es que creemos que Pablo es el mejor portavoz que puede tener Podemos. Otra cosa que nos une es que pensamos que los principios originales de Podemos no solamente son ilusionantes, sino que además son ganadores. Como dijimos en la campaña, podemos plantear una nueva forma de hacer política. Podemos no quiere parecerse, y no debe parecerse, a los partidos de la ‘casta’. No hace falta elegir entre eficiencia y democracia: podemos tener las dos. Hemos llegado hasta aquí por una campaña perfectamente diseñada y liderada estupidamente por Pablo con una portavocía plural *de facto*”.

Dada su cobertura mediática, Echenique era otro de los preferidos. Sin embargo, después de que se generasen algunas tensiones entre ambos equipos el primer día –Iglesias rechazó de lleno el consenso que se le ofreció–, Echenique defendió a ultranza, pese a todo, a Iglesias el segundo día, aunque siempre sin dejar de apostar por el acuerdo. También Teresa Rodríguez hizo hincapié en el apoyo incondicional del equipo “Sumando Podemos” a Pablo

Iglesias: “Queríamos decirnos simplemente que esta propuesta no es un tren que choca frente a ningún otro tren”.

En estas condiciones, fue sencillo para Pablo Iglesias mostrarse solícito en el momento de salir a responder sus preguntas, aunque fuese dando órdenes: “Yo no soy imprescindible (...). Y si vosotros, si la mayoría de la gente entiende que hay que organizarse de otra manera, que hay que tener una estrategia electoral y política distinta, yo soy un militante, no un macho alfa. Me pongo a las órdenes, ¡shhh! Me pongo a las órdenes de quien haya demostrado que tiene el apoyo de la mayoría”. Como dice Molinuevo: “La autocrítica tiene el efecto de una catarsis colectiva que permite empezar de nuevo, es decir, de seguir. La política aparece así como un acto de consumo y no de ejercicio de derechos. Ya que se tolera el ejercicio de la indignación moral, pero no el de la decisión ciudadana”¹⁴.

El equipo “Sumando Podemos” no había sido el único en defender una confluencia de propuestas: más de un representante de los distintos círculos denunció la contundencia con la que Pablo Iglesias había criticado un posible consenso el primer día. También cuando Echenique, respondiendo a la pregunta sobre si se podían unir los borradores de ambos equipos, afirmó que se manifestaba este deseo en la asamblea, se alzaron en aplausos los presentes en las gradas. Pero el liderazgo de Pablo Iglesias ya estaba decidido.

Tampoco la denuncia de la espectacularidad y del carácter plano de la asamblea pasó desapercibida por quienes tanto tiempo y trabajo dedicaron a elaborar sus propuestas. Roberto Mazorra, en representación del equipo “Podemos ir más allá”, afirmó: “Estamos en desacuerdo con el procedimiento que nos ha llevado hasta aquí, un procedimiento competitivo, no cooperativo. Podemos es y debe ser una organización colaborativa y cooperativa. No hemos visto debate suficiente. No ha existido. Yo tengo un teléfono móvil última generación desde hace cuatro meses. Internet apenas lo puedo utilizar. Creo que hay muchísima gente que no puede acceder a *reddit* y otros procedimientos telemáticos y esa gente también es Podemos. Creo también que ha habido un uso abusivo, por cuatro o cinco equipos mediáticos, de los medios de comunicación. Creo que Podemos es algo más que salir en la prensa. Creo que es un proyecto colectivo y un proyecto ciudadano. Nos llenamos la boca con conceptos como éstos, o como el de democracia participativa, pero me parece que tenemos que formarnos mucho para que la democracia participativa sea efectiva en el interior de Podemos”.

De vuelta a los totalitarismos

Aunque desde Podemos se hable de empoderamiento ciudadano y de ruptura, en este sentido, con las estructuras políticas actuales, la formación se encamina manifiestamente hacia un sistema meritocrático en el que Pablo Iglesias, que sabe responder a todos los tertulianos en los distintos platós de televisión sin despeinarse mientras se pone del lado de las víctimas, se erige como líder electo. La gente, mediatizada por esta representación cuidadosamente trabajada, proyecta sus deseos de cambio en su figura y se exime de su propia responsabilidad. Como escribía Debord: “El espectáculo es el mal sueño de la sociedad moderna encadenada, que no expresa en última instancia más que su deseo de dormir. El espectáculo vela ese sueño”¹⁵.

Cuando se originó el 15-M, lo que ocurrió fue que se rompió esa mediatización de imágenes prefabricadas con las que las personas se relacionaban normalmente con el mundo y con quienes les rodeaban. Se idearon nuevas formas de organización que saltaron de las

¹⁴*Ibidem*, pág. 30.

¹⁵Debord, *op. cit.*, pág. 44.

plazas a los barrios y permitieron que muchos tomaran de esta forma el control de sus vidas o lo recuperasen en sus puestos de trabajo. Sin embargo, y como apunta el filósofo Luis Navarro, con el paso del tiempo, y debido al fuerte peso de lo espectacular, se ha proyectado en la mente de muchos que sin la debida institucionalización todos esos esfuerzos lo son en vano¹⁶. Con este discurso es con el que Podemos ha canalizado la indignación que se desbordaba en las plazas, haciendo de nuevo palpable el deseo de dormir que acosaba a muchos. Pero, como apunta Molinuevo, “la ficcionalización y la teatralización del *home* en el posfascismo posmoderno se acaba ante las imágenes de un desahucio. Éste ya es otro capítulo en la ejecución del imperativo estético que venimos señalando reiteradamente: hacer visible lo visible”¹⁷.

Delegar es ahora mismo dar un paso atrás. Aunque la sociedad del espectáculo se resiste desde su posición privilegiada, son cada vez más numerosos los reductos en los que se visibiliza lo que ocurre sin ornamentos, y en los que se ponen medios efectivos y reales para combatir muchas de las injusticias que sufrimos. Es elección de cada uno alimentar la ensoñación o hacer uso de las nuevas herramientas a nuestro alcance para visibilizar y organizar nuestra propia cotidianidad. Los círculos de Podemos han sido un ejemplo de trabajo cooperativo en el que se han puesto numerosas propuestas en común; sin lugar a dudas muchas de ellas saldrán adelante. Confiar esta misión a un equipo de personas que se niegan a definirse para concentrar todo el poder en sus manos es una contraindicación. Ya lo dijo Monedero en “Las mañanas” de Cuatro: “Podemos ha salvado al sistema de una revolución violenta”. Aunque la violencia ha sido en todo momento institucional, Podemos ha canalizado efectivamente la indignación provocada, sustentando así la lógica dominante.

Acabo citando nuevamente a Guy Debord: “En la lucha de la organización revolucionaria contra la sociedad de clases, las armas no son otra cosa que la *esencia* de los propios combatientes: la organización revolucionaria no puede reproducir en su seno las contradicciones de escisión y de jerarquía propias de la sociedad dominante”¹⁸. El camino que elijamos seguir marcará nuestro destino.

¹⁶ Amador Fernández-Savater, “Volver a la tierra: Guy Debord y la crítica de la sociedad del espectáculo”, en *eldiario.es*: http://www.eldiario.es/interferencias/Guy_Debord-espectaculo_6_329727034.html.

¹⁷ Molinuevo, *op. cit.*, pág. 8.

¹⁸ Debord, *op. cit.*, pág. 115.

Podemos frente al decrecimiento

Álex Corrons

Nos encontramos en un momento histórico sin precedentes. La revolución industrial y la expansión provocada por un acceso barato al petróleo y otros recursos llegan a su fin. Los científicos calculan que hemos consumido alrededor de la mitad de las reservas mundiales de petróleo; no obstante, el verdadero problema no es que se vayan a agotar de un día para otro, sino que el coste energético de la extracción aumenta, hasta el punto de que la relación entre la energía que se produce y la que se consume para producirla -lo que los expertos denominan tasa de retorno energético (TRE)- está bajando de forma alarmante y no parece tan lejos el momento en que se llegará a consumir más energía de la que se produce. Esto sucede con la mayor parte de los recursos, que cada vez son más escasos, y extraerlos y procesarlos se convierte paulatinamente en una tarea más costosa económica y energéticamente. Las consecuencias son obvias: en septiembre de 2014, uno de los grupos inversores más conocidos entre los “padres” de la industria petrolífera, los Rockefeller, abandonó sus inversiones en esta industria para llevarse el capital al mercado de las energías renovables. Y esta maniobra no se debió a que de la noche a la mañana se despertaran con conciencia ecológica: simplemente pensaron en la rentabilidad. Estos oligarcas saben que el petróleo barato tiene los días contados, que la producción cada vez requiere de mayor inversión para obtener cada vez menos beneficios, y son conscientes de que el próximo nicho de mercado son las energías renovables. Conviene decir que las energías renovables no son todo lo milagrosas que se nos dice. Los materiales, la fabricación, el transporte y la instalación de estas energías tienen unos costos energéticos y exigen ciertos recursos finitos que son muy importantes. Por eso es imperativo que, ante la escasez cada vez mayor de estos recursos, aceleremos la aplicación de las renovables, antes de que los costes se disparen más y provoquen que la conversión sea inviable, y un desastre económico.

Si todos los habitantes del planeta vivieran como lo hacemos los europeos, necesitaríamos tener a nuestra disposición los recursos de casi cuatro planetas como éste. Nuestra huella ecológica recae sobre las espaldas de las próximas generaciones y, también, ahora y antes, sobre los habitantes de los países del Sur; algo paradójico teniendo en cuenta la riqueza de recursos naturales que estos últimos atesoran bajo sus pies, que desde el Norte estamos expoliando sistemáticamente, exportando impactos ambientales y destruyendo la naturaleza más allá de nuestras fronteras, para mantener el sistema productivo y de consumo actual.

En el Estado español, el 25 por ciento de la población vive bajo el umbral de la pobreza y el 40 por ciento tiene problemas para llegar a fin de mes. Al mismo tiempo, ocupamos el puesto número 6 del planeta en uso de agua, el 16 en el de materiales, el 21 en el de suelo y el 24 en el de emisiones de carbono a la atmósfera. Estos datos ponen sobre la mesa una mayúscula y creciente precarización de la sociedad, frente a un sistema productivo pésimo, que sólo favorece a las grandes empresas, las principales beneficiarias de esta crisis. Es necesario un reparto de las riquezas, un cambio de las reglas del juego en favor de la mayoría social, un cambio integral del modelo productivo, como es necesario plantearnos que no necesitamos tantas mercancías, que debemos acercar la producción y el consumo al ámbito local, democratizar la economía y reducir drásticamente nuestro impacto medioambiental y el consumo de recursos.

El objetivo actual de cualquier gobernante o aspirante a gobernar es que el producto interior bruto (PIB) de su país crezca un 2 por ciento al año para garantizar -dicen- el bienestar. Parecen olvidar que esa tasa de crecimiento implicaría duplicar el PIB en 35 años, con el consiguiente aumento en el consumo de recursos naturales, energía y contaminación.

Uno de los graves problemas que hay que resolver es el del modelo alimentario industrial, a cuyo amparo gran parte de nuestros alimentos recorren miles de kilómetros hasta llegar a nuestra despensa. Además, producimos alimentos para 12.000 millones de personas, pese a ser sólo 7.400 millones, y, sin embargo, 1.200 millones de seres humanos pasan hambre; de ellos un 75 por ciento son campesinos y otro 75 por ciento mujeres y niñas. El 60 por ciento de la producción de cereales se destina a la alimentación de la ganadería industrial, y aquéllos recorren 12.000 kilómetros de media hasta las granjas europeas o norteamericanas. Otra buena parte de los monocultivos se destina a agrocombustibles y el 25 por ciento de la pesca se dirige a la acuicultura.

El sistema monetario es uno de los grandes engaños en los que estamos inmersos. Cada euro, dólar u otras monedas que ingresamos en los bancos sirven para que éstos puedan multiplicar por diez la cantidad de dinero ingresado, para a su vez prestárselo a un tercero, con la única garantía de la confianza en que este dinero será devuelto con un interés añadido. El problema es que hay una parte de esa deuda que nunca se va a poder devolver, ya que ese dinero no está respaldado por nada, no tiene ningún valor intrínseco y es, por tanto, una estafa que mucha gente está empezando a comprender. Debemos prestar atención a esta cuestión, ya que la deuda perpetua es lo que provoca el crecimiento perpetuo de forma desmedida: a mayor capacidad de endeudamiento, mayor capacidad de consumo de recursos naturales y, por consiguiente, mayor aceleración de los problemas que nos aproximan al colapso. La mayor parte de los políticos y economistas nos hablan de un crecimiento que se recupera, un crédito que fluye y un aumento del consumo como algo positivo. En realidad habría que leer entre líneas: “¿Ven ustedes ese precipicio? Pues aceleremos para llegar antes a él”.

La idea de que el trabajo asalariado libera a las personas y les ofrece autonomía económica es un relato que, construido por el sistema capitalista, actualmente resulta, cuando menos, cuestionable. La alienación de muchos trabajos, la sumisión que arrastran las jerarquías, la cantidad de horas trabajadas en detrimento de la vida social y de la autogestión, y por tanto de la emancipación y liberación, han convertido el trabajo asalariado en un modelo de “esclavitud asalariada”. La aceptación de estas reglas del juego viene motivada por el elemento que resulta ser el denominador común de nuestra sociedad: el consumo. Si a día de hoy nos podemos imaginar una revolución social que saque a la calle a millones de personas bajo un problema común, éste sería la limitación del consumo por la carestía de las mercancías que seguirá a la escasez de recursos naturales.

En un escenario de recursos limitados, el crecimiento asienta sus cimientos sobre las desigualdades. Siete de cada diez personas pobres son mujeres. La economista Bibiana Medialdea, experta en cooperación y desarrollo, decía, en una charla titulada “Críticas y alternativas feministas a un modelo agotado”, organizada en mayo de 2014 por la Coordinadora de ONGDs de Euskadi, lo que sigue: “Ahora, inmersos en esta crisis, podemos caer en la tentación de pensar que el sistema funcionaba bien antes de esta crisis financiera. Por eso es conveniente recordar algunos datos del barómetro social para 1999-2007, en el Estado español, en un período de auge de nuestra economía: el salario en términos reales, es decir, la capacidad adquisitiva promedio de los trabajadores y las trabajadoras, creció un 1 por ciento, el subsidio de desempleo un 4, los beneficios empresariales un 60, el valor de los activos financieros un 75 y el patrimonio inmobiliario un 125 por ciento. En aquellos buenos tiempos se registró desde un 1 por ciento hasta un 125 por ciento de diferencia en el crecimiento. La desigualdad, enemigo número uno del desarrollo, es endémica y un rasgo de nuestro modelo económico. Por eso los problemas que la crisis saca a la luz debemos interpretarlos como síntoma, y no como único problema, ya que es el modelo en sí el que está agotado. Nos encontramos ante un modelo que tiene límites evidentes y no ante un modelo con ciertos problemas. Otro aspecto que pasa más desapercibido ahora con la crisis es que están perdiendo importancia, desde el punto de vista analítico y político, los impactos

específicos de la crisis sobre los colectivos económicamente más vulnerables. Los niveles de renta, los accesos a derechos, a recursos, etc., están determinados aún, incluso en sociedades desarrolladas, por el sexo de las personas. Existe una discriminación sistemática que afecta al 50 por ciento de la población. Si ignoramos esta discriminación fundamental, obviando esta fractura de género, es imposible hacer un diagnóstico de los problemas que tenemos y concebir y formular alternativas que vayan a resolver esos problemas. Para disponer de un diagnóstico debemos adoptar la perspectiva feminista, entender qué nos está pasando y ser capaces de pensar cómo podemos organizarnos de otra manera”.

La ideología del crecimiento económico

El relato predominante de nuestra sociedad es el que nos cuenta que nuestro modelo de vida se encuentra en un estatus superior. Describe la historia de la humanidad como una secuencia que avanza del salvajismo a la civilización, y por lo tanto al progreso. Estamos convencidos de este relato etnocéntrico, en el cual nos vemos como “la civilización por excelencia”. Este es el increíble argumento para expoliar los recursos de los países “no civilizados”, por medio del neocolonialismo y la globalización económica capitalista, mientras en la sociedad de la opulencia la precariedad crece exponencialmente.

El colapso de una civilización fundamentada en el crecimiento y en la destrucción de la biosfera es la preocupante realidad de nuestra existencia. Nada se menciona de esto en los grandes medios de comunicación, que viven de la publicidad de grandes empresas que buscan aumentar el consumo de sus mercancías. Es como si estuviéramos viviendo dentro de *El show de Truman*, esa película en la que Jim Carrey pasaba toda su vida dentro de un plató de televisión gigante sin saberlo, llevando una existencia que le sirvieron en bandeja desde pequeño. Hoy parece que muchas personas hemos descubierto que estamos en un plató y queremos salir de él, no para dirigir la película, sino para vivir la vida.

Las personas que vivimos en la ciudad recibimos cerca de tres mil impactos publicitarios diarios; cerca de un millón al año. Estamos en la sociedad del consumo, las marcas, los patrocinios, los logotipos, los escaparates llenos de ofertas, rebajas y *recontrarrebajas*, descuentos por doquier, carteles publicitarios en el espacio público, estaciones y líneas de metro que cambian su nombre por el de una multinacional, autobuses, trenes, tranvías, metros y taxis cubiertos de publicidad en movimiento. Vemos la televisión 240 minutos al día, durante los cuales visualizamos 90 anuncios publicitarios. Internet también es un espacio plagado de publicidad: en las redes sociales, en los buscadores, en las plataformas multimedia y de ocio, todo está sometido a la publicidad y a la mercantilización.

En este escenario, resulta complicado combatir el discurso del crecimiento. El principal objetivo que percibimos es el del consumo, y para poder mantener el ritmo de consumo o incluso consumir mercancías fuera de nuestro alcance necesitamos crecer hasta el infinito. El consumo es proyectado como paradigma del bienestar. El capitalismo no está solamente representado por las grandes multinacionales; es cognitivo, lo llevamos dentro de nuestras mentes, en la cotidianidad de nuestra vida diaria recibimos un auténtico bombardeo de mensajes que se instalan en el imaginario colectivo. En las tertulias políticas invitan a tertulianos, políticos, periodistas, abogados y economistas, todos ellos de posiciones políticas aparentemente diferentes, pero todos están de acuerdo en lo esencial: el crecimiento económico, el aumento del consumo, y por tanto el del producto interior bruto, son la meta que hay que perseguir, la fuente del bienestar y del progreso. Nadie lo discute. Ya puede hablar alguien de izquierdas, de derechas, o de extremo centro: en esto coinciden siempre. ¿Por qué los medios de comunicación no dan espacio al discurso del decrecimiento? Es sencillo: la televisión y, en general, los medios viven de la publicidad de empresas que tratan

de vendernos sus mercancías. Que alguien hable de decrecimiento en los medios de comunicación del sistema es contraproducente para los intereses de las marcas que financian estos medios.

La inmensa mayoría de los políticos comparte este discurso sobre el crecimiento y defiende una visión tremendamente cortoplacista, ya que su objetivo primordial es ganar las próximas elecciones, y parece mucho más fácil hacerlo sin llevar la contraria al dogma productivista, necesario para que el sistema capitalista siga su rumbo. Y éste es esencialmente el problema: no podemos seguir creciendo porque no tenemos recursos para poder hacerlo. Ya no es una reclamación exclusivamente ecologista: es una cuestión de límites físicos del planeta. Debemos volcar nuestros esfuerzos en tumbar el discurso dominante del crecimiento en nuestro entorno, en los medios de comunicación, en las organizaciones y movimientos políticos y sociales, haciendo ver que otra forma de vivir es posible y que el decrecimiento no es ninguna amenaza al bienestar. Muy al contrario, es la garantía del bienestar y de la supervivencia si queremos que las próximas generaciones y buena parte de la humanidad de hoy puedan subsistir en este planeta. Estamos en un punto en el que el capitalismo se va desvaneciendo como "promesa" de progreso en nuestra sociedad. Por eso es momento de construir realidades paralelas para, paulatinamente y sin descanso, establecer un orden totalmente distinto.

¿Qué es eso del decrecimiento?

El término *decrecimiento* es interpretado por muchas personas pertenecientes a diferentes posturas ideológicas como una enmienda a la totalidad que acarrea el destierro del término "crecimiento". Conviene aclarar que las personas que defendemos la postura del decrecimiento lo que defendemos es decrecer en el consumo de recursos naturales finitos y en las actividades que perjudican a la biosfera y, en definitiva, a todos los seres vivos. Sin embargo, defendemos el crecimiento en muchos otros aspectos como el de la cultura o el de las labores de cuidado de las personas y la biosfera. También creemos que es necesario un crecimiento ético, de la conciencia, del apoyo mutuo, de la soberanía alimentaria, del consumo de productos ecológicos y biológicos, y de toda actividad que no incida en el consumo de recursos finitos y no suponga dañar el medio natural, que nos pueda aportar una vida mejor para todos los seres que cohabitamos este planeta.

Hay sociedades -como las de muchos países africanos- que no tienen que decrecer: deben crecer hasta recuperar la dignidad que nuestro crecimiento les robó, sin imitar nuestro modelo devastador y sabiendo administrar bien los recursos a su alcance. La "Europa ilustrada" suele combatir el discurso del decrecimiento señalando que éste "nos quiere situar en la pobreza de los de ahí abajo", en una visión clasista y eurocéntrica bastante despreciable, dado que la pobreza del Sur no es más que la consecuencia de la opulencia del Norte.

Muchas de las recetas propuestas ante la crisis climática y energética se basan en desarrollar las energías renovables en sustitución de los modelos predominantes de producción eléctrica que, más contaminantes, precisan de más recursos finitos. Es importante señalar que el consumo eléctrico global supone el 15 por ciento del total de la energía que consumimos, con lo que si cambiamos el 100 por ciento de la producción eléctrica por las renovables estaríamos solucionando el 15 por ciento del problema energético. El mayor reto, y el más difícil, es el de la dependencia de los combustibles fósiles utilizados para la agricultura industrial y sus pesticidas, el transporte, la construcción y la industria petroquímica (plásticos), que son los sectores que acumulan la mayor parte del consumo energético.

El decrecimiento, por tanto, propone un cambio integral del sistema, en el que el consumo pase a ser el necesario para el sostenimiento de la vida, y no un elemento creador de felicidad y bienestar. Es un llamamiento a buscar el buen vivir mediante el apoyo mutuo, los cuidados, el consumo y la producción local, la autogestión y la reconfiguración del ámbito laboral, repartiendo los trabajos en igualdad, reduciendo las horas dedicadas a la producción, en favor de las tareas que permiten recuperar la vida social, y de la mano del cuidado de los seres vivos.

Según el último informe de la Organización Internacional del Trabajo, en el Estado español se ha aumentado en el último lustro un 8 por ciento la producción, al tiempo que se ha perdido un 6 por ciento en salarios. Esto alude a otro problema: el reparto de la riqueza, algo absolutamente necesario, ya que las veinte personas más ricas poseen el mismo capital que los nueve millones más pobres. Llevando a cabo un reparto justo de la riqueza, y sustituyendo el objetivo de crecer por el del buen vivir, el crecimiento económico perdería sentido, al estar satisfechas las necesidades al margen del consumo y del endeudamiento. Rescato unas palabras de una entrevista a Yayo Herrero, antropóloga, educadora social, ingeniera técnica agrícola y activista desde la ecología social, para el libro -cuya lectura recomiendo- *Euskal Herria. Decrecimiento y Buen Vivir. Alternativas al modelo actual*: “Nosotros hablamos del decrecimiento de la esfera material de la economía porque nuestras sociedades van a tener que aprender a vivir con menos materiales y energía, con menos cobre, menos platino, menos litio, menos petróleo... Si a esto le sumamos el calentamiento global, que básicamente significa un cambio en las reglas que organizan lo vivo, te encuentras en un momento en que ese decrecimiento es una obligación. Si sabemos que estamos en un planeta con recursos naturales finitos, que tiene una cantidad predeterminada y escasa de estos recursos, y que su regeneración no es tan veloz como nuestra capacidad de extracción y consumo, deberíamos plantearnos seriamente qué producir, para quién, cuánto y cómo”.

¿Hacemos lo que Podemos?

“El problema no es que la pequeña y mediana empresa no pueda pagar los costes laborales de sus trabajadores; el problema es que la gente no consume”. Ésta es una frase que Pablo Iglesias, secretario general de Podemos, ha repetido en muchas de sus intervenciones en los medios de comunicación, aludiendo a Keynes. “¿Vosotros creéis que Podemos puede presentarse a unas elecciones planteando el decrecimiento cuando los demás van a ofrecer lo contrario? Nosotros creemos que no”, ha afirmado Juan Carlos Monedero, portavoz y fundador de Podemos, durante las jornadas “El reto del empleo en tiempos de crisis. Trabajo, empleo y límites del planeta”, celebradas en noviembre de 2014.

El modelo económico de Podemos tiene claras referencias al keynesianismo. Vicenç Navarro y Juan Torres, académicos reconocidos internacionalmente, no esconden su apuesta por ese modelo, que en su día tuvo su validez para salvar la cara al sistema capitalista. El keynesianismo consiste en incrementar considerablemente la inversión pública para aumentar la demanda agregada, esto es, el consumo de las familias y de las pequeñas y medianas empresas, de cara a crear empleos, aumentar el poder adquisitivo de las personas y permitir que la rueda del consumo y del crecimiento siga girando de forma perpetua. En varios artículos Vicenç Navarro ha mostrado su oposición frontal al decrecimiento. En una intervención en “La Tuerka” (programa de PúblicoTV) sobre el decrecimiento aseveró: “Los que están proponiendo el decrecimiento son unos reaccionarios”.

Vicenç Navarro asegura que los que defendemos el decrecimiento olvidamos que hay diferentes tipos de crecimiento, y pone el ejemplo de que podemos crecer en la fabricación de vehículos eléctricos en detrimento de los vehículos que utilizan combustibles fósiles, y que

ese tipo de crecimiento es recomendable. Parece ser que olvida ciertas cosas, como que el litio disponible da para fabricar sólo un millón de estos vehículos al año (frente a los mil millones de coches que ya hay en el planeta), o que las reservas de ese material son limitadas, por no hablar del consumo de materias primas y energía que requiere la industria del automóvil, independientemente del combustible que los coches utilicen para circular. Nuestra respuesta a ese modelo de crecimiento propuesto por Navarro es el crecimiento -aquí sí- de los medios de transporte colectivos, fomentando al mismo tiempo la economía local y reduciendo la necesidad de la movilidad de largas distancias en la vida cotidiana de las personas y en los transportes de mercancías.

Llama la atención que Pablo Iglesias, Juan Carlos Monedero, Alberto Garzón y otras figuras públicas que defienden una postura a favor del crecimiento económico hayan firmado el manifiesto “Última llamada”, que aboga exactamente por lo contrario. Este manifiesto pretendía ser una llamada de atención a la sociedad, para advertir de que nos hallamos en una situación límite en la que la escasez de los recursos y los problemas ecológicos se están multiplicando exponencialmente, de tal suerte que tenemos la responsabilidad de cambiar todo el modelo capitalista que provoca esta situación. Si no se trata de salir en la foto, que no lo hagan de perfil y de puntillas, y que se mojen.

Aunque el hecho de que una organización política se haga llamar “Podemos” acaso da a entender que podemos cambiarlo todo, más bien parece que se acoge a lo de “hacemos lo que Podemos”, dando por hecho que no es posible cambiar muchas cosas esenciales. Podemos no es el 15-M, ni pretende serlo, y en ese camino hacia el éxito electoral ha olvidado las reclamaciones de los movimientos sociales implicados en la transformación de la sociedad desde abajo. A cambio ha conquistado al gran público, que sigue las intervenciones televisivas de sus dirigentes, y a otras muchas personas que de buena fe creen que es su última esperanza. Es ahí donde Podemos ha ganado: ha creado expectativas, ha generado esperanza en mucha gente. Veremos en qué se convierte bajo la lógica de la búsqueda de las mayorías sociales. Aunque son conscientes de la escasez de recursos naturales y del problema ecológico y social al que nos enfrentamos, por encima de ello parece imperar la lógica de la conquista del poder, de tal forma que perciben los problemas tal y como los ven muchos dirigentes políticos que acuden a cumbres internacionales sobre el clima: buenas palabras que nunca acaban de materializar en sus políticas de gobierno.

Los dirigentes de Podemos tienen mucha capacidad de convocatoria en los medios de comunicación. Tienen ese poder de divulgar ideas *rupturistas* que modifiquen el debate establecido. De hecho, han introducido en el debate asuntos de interés de los que pocos partidos hablaban, como la renta básica universal o la auditoría de la deuda; es arriesgado tratar estos temas, pero a la vez es necesario poner encima de la mesa este otro debate, que es de vital importancia para cambiar las reglas del juego. Por eso creo que el decrecimiento es una de las asignaturas pendientes más importantes en el discurso de Podemos, ya que es la mayor garantía de progreso social, cultural, laboral, del cuidado de la naturaleza y de nuestras vidas. Muy al contrario, el crecimiento nos aboca a la escasez, a la alienación, a la desigualdad, a la precariedad laboral y a la destrucción de la biosfera.

Promover el decrecimiento obliga a apostar por la economía local, las monedas sociales con carácter ético, la soberanía alimentaria y los espacios de autogestión, a abandonar el productivismo y el extractivismo, criterios todos antagónicos del proyecto que propone Podemos, en el que el Estado es el principal garante del bienestar, y en el que, para conseguir apoyos electorales, se asume el discurso del crecimiento como fuente de progreso. Creo que Podemos comete un error muy grave al adoptar como propia la postura del crecimiento y, por tanto, la del capitalismo. El keynesianismo es pan para hoy, hambre para mañana, y lo que es peor: ya es hambre hoy para una parte importante de la humanidad y para la naturaleza. Hoy deberíamos hablar de dos posturas antagónicas: una es el productivismo,

defendido por los neoliberales en forma de *darwinismo* social y por los socialdemócratas en forma de reparto de los beneficios dentro del marco de las democracias liberales capitalistas, y otra la reconciliación con la naturaleza y con el buen vivir defendida desde el “ecologismo libertario”. Agregaré que la socialdemocracia es el salvoconducto del sistema totalitario mercantil. Decir que se puede "salir de la crisis", "acabar con la corrupción" o "recuperar el crecimiento económico" (mediante dinero deuda o devaluación, y explotación de recursos finitos), es asumir que este sistema tiene remedio. Esto a lo que hoy llaman "realismo" me convierte en un opositor frontal a esta aceptación servil del orden establecido. El neoliberalismo y la socialdemocracia son las dos caras de la misma moneda; cuando una de las dos caras se desgasta, aparece la otra como solución única a nuestros problemas. El Estado y la delegación del poder en unas minorías que se erigen como los "sabios gestores", o como los "gestores honrados y generosos", nos impiden avanzar por el camino de la democracia directa, la autogestión y la emancipación.

Es necesario disputar la hegemonía cultural en lugar de la electoral. Necesitamos una sociedad consciente del problema al que nos enfrentamos, y que en los próximos años vamos a padecer como no tomemos el camino adecuado para que nuestra existencia sea posible en igualdad y sostenibilidad. Se acercan tiempos difíciles, debemos ser osadas y no esconder la realidad. No se trata de asumir una perspectiva catastrofista y de encerrarnos en el discurso de que no hay nada que hacer, ya que eso nos conduce al inmovilismo y al fracaso; se trata de irrumpir con un discurso optimista que muestre que existen alternativas que nos pueden llevar a vivir mejor con menos, al tiempo que se hace un llamamiento a la responsabilidad colectiva como habitantes de un lugar común que debemos conservar para poder seguir viviendo en él. Las leyes de la física y la escasez nos obligan a decrecer y a cambiar el sistema económico, laboral, social y cultural, y para ello necesitamos desear el cambio, antes de que éste nos atropelle.

Antonio Turiel, físico del CSIC, experto en el *peak oil* y autor del blog “The Oil Crash” (crashoil.blogspot.com), dice, en un artículo titulado “Lo que no podemos”, lo que sigue: “Los decrecentistas, en realidad, tienen que entender que hay que seguir haciendo pedagogía con la sociedad. Hay que seguir explicando que el ecosistema planetario está gravemente enfermo, y que esta frase no es un lugar común sino un hecho constatado y doloroso; hay que seguir diciendo que esta crisis no va a acabar nunca y explicar el porqué; hay que decir en voz cada vez más alta que ni el *fracking* ni las renovables ni ninguna otra tecnología-milagro van a resolver nuestros problemas; hay que advertir que a pesar de los sueños de recuperación estamos a las puertas de una gran recesión que puede traer consecuencias peligrosas e imprevisibles; hay que gritar, a pleno pulmón, la verdad a la cara. Sólo cuando sepamos podremos comprender mejor lo que sucede, cambiando también lo que somos. Sólo cuando cambiemos lo que somos cambiaremos lo que podemos. Y sólo entonces podremos”.

El decrecimiento y la autogestión para el buen vivir

“Cualquier contestación del capitalismo tiene que ser decrecentista, autogestionaria, antipatriarcal e internacionalista”, afirma Carlos Taibo, escritor y profesor de política en la UAM. Es necesario construir un modelo paralelo a este sistema de consumo. En él deben primar el apoyo mutuo y la autogestión, al tiempo que nos liberamos de la dependencia del sistema en temas primordiales como la energía, el agua y la soberanía alimentaria.

Tenemos mucho que desaprender y comenzar a construir realidades que aumenten nuestro bienestar y el de todos los seres vivos con los que compartimos este lugar. El decrecimiento como fórmula de aumento del bienestar nos invita a trabajar menos horas de

forma asalariada y, en cambio, a aumentar el número de horas que dedicamos a la vida social, a proyectos comunes que nos liberen del capitalismo, creando una economía cada vez más local y solidaria, que respete los límites de la naturaleza, por el camino de la economía de los bienes comunes, el reparto de los trabajos productivos y reproductivos y una renta básica de transición, cediendo el protagonismo a las monedas sociales. Son amplísimos los caminos del decrecimiento y el buen vivir que nos conducen por las vías de la autogestión: los grupos de consumo, las ecoaldeas, las cooperativas integrales, el usufructo de viviendas, la ocupación y autogestión de centros de trabajo en quiebra por parte de las trabajadoras, y cualquier espacio que emerja de las necesidades reales de la sociedad y de la naturaleza. El decrecimiento implica luchar contra la obsolescencia programada y contra la colonización de la publicidad en nuestras vidas, fomentar el acercamiento entre productores y consumidores, *ruralizar* la sociedad repensando el modelo urbanístico de las ciudades y sus cinturones industriales, luchar contra gentrificación, sustituir espacios destinados a vehículos privados por espacios para el esparcimiento, para huertos urbanos y para transportes colectivos, alcanzar la soberanía energética y alimentaria, y tantas cosas que se pueden hacer para crear una economía diferente, decrecentista, anticapitalista y del buen vivir, abogando por la abolición del patriarcado y de cualquier forma de discriminación por cuestiones de sexo, etnia, creencia o pensamiento.

El buen vivir es aquel que procura unos estándares de vida suficientes a cambio de destinar más tiempo a satisfacer las necesidades no materiales: la familia, las amistades, el aprendizaje, proyectos artísticos o intelectuales, la autoproducción, los compromisos sociales, la participación política, la relajación, la exploración espiritual, la búsqueda de placeres y otras actividades que se relacionan poco o nada con el dinero. No debemos olvidar lo más importante: la labor que individualmente debemos hacer para construir un sujeto con otros valores distintos, en los que primen el altruismo, frente al egoísmo, la cooperación, frente a la competición, la vida social, frente al consumismo, el actuar localmente y pensar globalmente frente a la globalización capitalista, la calidad frente a la cantidad y la productividad, la solidaridad y la responsabilidad frente al individualismo, el amor frente al odio... Cambiemos el ruido y la materia por el amor y la poesía. Sólo la utopía puede evitar la distopía.

“Desde la calle... ¿al asalto de las instituciones?”. Reflexiones, con incertidumbre, acerca del modelo laboral-sindical de Podemos

Desiderio Martín

El objetivo de este texto es doble. Si, por un lado, aspira a trazar un panorama del escenario laboral-sindical, muy complejo, que hemos heredado, por el otro se propone calibrar en qué medida las propuestas que cabe atribuir a Podemos configuran una respuesta ajustada a los retos derivados de ese escenario. Para ello utilizaré como fuente mayor el documento “Un proyecto económico para la gente”, de Vicenç Navarro y Juan Torres, texto que, a día de hoy, constituye la principal concreción, bien que provisional, de un eventual programa de Podemos¹⁹.

Primera reflexión: no existe un modelo laboral sindical cierto sobre el cual dialogar.

El modelo laboral-sindical constituido en 1978 -lo que Podemos enuncia como parte del problema en el terreno político- contiene en sus retóricas y en sus prácticas los mismos elementos de no representación que el escenario general. El “bisindicalismo”, “el sindicato”, como figuras de representación también aquí se encuentran cuestionados.

Los contenidos del modelo sindical-laboral, a partir de 1978-1980 (Constitución y Estatuto de los Trabajadores), se asientan en la concepción del “sindicalismo de concertación” centroeuropeo: por una parte, la protección de los colectivos con empleo estable, donde la concertación social, concretada en una política de rentas, ofrecía la posibilidad de creación de puestos de trabajo y, por supuesto, el blindaje relativo al “no despido” de quienes tenían empleo estable y fijo, a cambio de una moderación salarial. Por otra, y para quienes tenían empleos precarios (temporales) y/o simplemente estaban parados y paradas, los sindicatos del “pacto social permanente” negociaban, bien prestaciones sociales de desempleo, bien cursos de formación, bien medidas (planes) incentivadoras del empleo de ciertos colectivos con dificultades (jóvenes, empleados mayores de 45 años...). El eje de acción durante todo el siglo XX y durante casi toda la primera década del XXI se encontraba anclado a los sectores centrales, siendo nula la presencia en los periféricos, cuando no contraria a la realidad laboral y social de toda la periferia que se hallaba fuera del núcleo central (mundo precario en general). El modelo político exigía esta orientación.

Para los núcleos estables, el sindicato es garantía del empleo y de las condiciones de ese empleo, al amparo de una conciencia-cultura (“el interés de clase”) que permea de manera permanente prácticas de más de tres décadas. La contradicción con esa cultura del “interés de clase” solamente se revela cuando lo hace el deterioro de las condiciones de trabajo y de vida²⁰. Para el núcleo periférico, en cambio, el rechazo del “sindicato” es dominante, pues éste pierde toda su funcionalidad (proteger los intereses de los trabajadores y trabajadoras) ya que los intereses de precarios y parados le “importan una mierda”, políticamente hablando, al sindicalismo institucional. El individualismo penetra en todas las relaciones y desplaza la acción colectiva (función del sindicato) al campo del imaginario,

¹⁹ Del documento “Un proyecto económico para la gente”, de Vicenç Navarro y Juan Torres (punto 5: líneas de actuación y medidas concretas).

²⁰ Las luchas en las primeras grandes reconversiones industriales (década de 1980) emergen del conflicto entre el “sindicalismo del régimen” y el “interés de clase” de los sectores estables. No cuestionan la modernidad impuesta, fundamentalmente, por el PSOE. Lo que se cuestiona es la “pérdida de centralidad política materializada en empleos fijos, salarios altos y modos de vida de clase media-alta”, es decir, el precio que hay que pagar en la división internacional del trabajo que ha correspondido al Estado español en ese “club de poderosos llamado UE”.

también colectivo, en forma de “huelgas generales”, “manifestaciones generales”, no siendo posible la acción cooperativa y solidaria, tanto en los centros de trabajo como en la solidaridad de los diferentes sectores. La conciencia que se instaura es contraria al conflicto colectivo y se instala el conflicto individual entre el trabajador y el empresario. Además, este conflicto se torna impotente ante el disciplinamiento que tienen las normas jurídicas, merced a la desregulación de las relaciones laborales, y ante el agrandamiento del espacio de intervención arbitraria del empresario.

En la norma jurídica es en donde se condensa el modelo laboral. Modelo que no ha seguido otro recorrido que no sea su adaptación al modelo económico político que el poder, el mando (grandes corporaciones empresariales, burguesías y clases poderosas), necesitaba para la realización de su tasa de ganancia, según los ciclos económicos en cada período. Desde el papel de la economía-política “española” (también las del sur de la UE) en ese supermercado común, hoy la UE, hasta el propio modelo de desarrollo de nuestra economía patria y nuestros capitalistas, la explicación más política la tenemos que buscar, sencillamente, en el modelo de relaciones laborales –y, por lo tanto, sociales- imperante desde la segunda mitad del decenio de 1970: la adaptación a un capitalismo competitivo, globalizado y moderno²¹, de la mano de la flexibilidad en la contratación individual y en la colectiva, de la libertad de dar por terminado el contrato de trabajo sin tutela judicial y del acortamiento de las políticas protectoras del desempleo. La famosa “flexiseguridad” del tratado de Lisboa, hoy estrujada autoritariamente en el último Pacto Fiscal²².

Ante los cambios en el mundo del trabajo el sindicalismo “oficial”, o bien ha sido cooperador necesario -aceptación convencida de la “modernidad de la economía española” tras la entrada en la CEE en 1986 y aceptación también convencida del modelo de UE, para la cual se ha hecho necesaria la aceptación de normas desreguladoras y liberalizadoras de la organización del trabajo: ETT, dobles escalas salariales, contratas y subcontratas, sectores fuera del estatuto protector del trabajo...-, o bien no ha plantado cara, a través de una estrategia de enfrentamiento, a esos cambios que, legislativos y productivos, han posibilitado, cada vez en mayor medida, el control exclusivo del proceso de trabajo por parte del empresariado. La pérdida de fuerza de la organización sindical, del sindicato, como factor que contrarresta la arbitrariedad ha colocado la acción sindical en un espacio en el que la posibilidad de respuesta deviene irrelevante, hasta situar el espacio de las relaciones laborales fuera de toda legalidad, de tal suerte que la referencia al “Estado de derecho y social” se convierte en mera ficción. El empresariado se desenvuelve en el “reino de la impunidad” al amparo de la contradicción entre el enunciado de un orden jurídico que reconoce a los “sindicatos oficiales” como agentes sociales funcionales para el desarrollo de la economía y la cuestión social, y la “racionalidad económica actual”²³, que concede al empresariado el control absoluto del proceso de trabajo.

En este devenir, nos encontramos con que las relaciones laborales se han privatizado, el único principio de acción política es la voluntad unilateral y discrecional del empresario, y,

21 Que las clases asalariadas “aceptan” porque le encuentran sentido existencial.

22 En el punto 5.1.4 de las líneas de actuación y medidas concretas ya mencionadas, y en lo referente a la política europea, sólo se habla de la reforma de las bases jurídicas (normas) de funcionamiento de algunas instituciones de la UE (por cierto, las más antidemocráticas), el BCE por ejemplo, en una doble vertiente: para que entre sus “fines se encuentre el pleno empleo, y colaborar con los gobiernos en la consecución de mayor bienestar, sostenibilidad y bienestar social, en concreto comprando su deuda pública”. Se reclaman la “financiación de los gobiernos”, la “mancomunidad de la deuda” y otras medidas como la “flexibilización del Pacto de Estabilidad”, el desarrollo de una “legislación para facilitar la negociación colectiva a escala europea”, “garantizar derechos sociales y laborales como condición de aceptación y permanencia en la UE”, “poner en marcha un amplio plan de reformas legales e institucionales e inversiones orientadas a reforzar y expandir los derechos laborales, sociales, cívicos y políticos en la UE”.

23 Mundo globalizado, financiarizado, en el que la tasa de ganancia del capital hoy sólo se realiza en virtud de dos factores: reducción del coste del trabajo y reducción de los costes sociales (seguridad social, pensiones, prestaciones...).

en consecuencia, desaparece lo público (el mundo del derecho), de tal forma que lo que queda es un mundo, el privado empresarial, que sólo se rige por las relaciones de poder. Es en este campo donde el sindicalismo opera a diario: el campo en el que las reglas de juego han mutado y lo que toca es ejercitar un *contrapoder sindical*, un contrapoder de las personas trabajadoras. Nos han pillado con bastantes pocas fuerzas y con alguna paradoja que deja perplejos a millones de asalariados y asalariadas.

Segunda reflexión: ¿dónde se encuentra alguna reflexión crítica –al menos- en el análisis de Podemos sobre el modelo laboral-sindical, con el consentimiento sobre el “sueño de la utopía del progreso” insertado en las conciencias y en las prácticas de las clases asalariadas, que es parte consustancial del problema?²⁴ “El sueño de la utopía del bienestar de las clases asalariadas era eso, un sueño, y ahora despertamos en la realidad primigenia del capitalismo: robo por desposesión del sueño a través de mecanismos autoritarios y violentos”.

A las clases asalariadas, el sueño del bienestar que el capitalismo les ofertó durante un período determinado de tiempo -pleno empleo (sobre todo masculino), universalidad de las posibilidades de acceso a las universidades para hijos e hijas, garantías de sistemas públicos y eficientes de seguridad social, rentas (cada vez más provenientes de la finanzas-deuda) adecuadas para poder sentirse parte de la “sociedad de propietarios” (coches, casas, ocio, consumo y consumo), pensiones que puedan seguir garantizando un determinado nivel de consumo para que la rueda no pare, al tiempo que se preservaban prestaciones en los casos de desempleo y en otros estados de necesidad- constituyó una buena simulación de cierto reparto de la “riqueza social” producida y generada, por medio de sistemas fiscales denominados “progresistas”. Las clases asalariadas se encontraban relativamente “satisfechas” en el sueño y pareciera como si encontrasen el sentido de su existencia en esa utopía del progreso que se mueve en el aforismo que reza “el futuro siempre y necesariamente será mejor”.

Parece que las clases asalariadas decidieron, y siguen decidiendo, que lo suyo es elegir todo eso que otros y otras pensamos que no puede ser: infraestructuras supermillonarias para dar cabida a varios cientos de miles de coches más, como medio de movilidad social y de acceso a los bienes y mercancías que esa sociedad produce, unos bienes y mercancías que nos aseguran un medio ambiente asquerosamente moderno, para que luego instalemos un aire acondicionado que nos hará aún más insoportable e invivible el medio, el espacio en el cual habitamos y nos movemos. Cuando habitamos en barrios con casas (hipotecadas mayormente) insuficientes para todos y todas, con los centros de atención primaria masificados y, bastantes de ellos, gestionados desde el mercado privado, donde la salud es una quimera para cientos de miles de “migrantes” y, para el resto “patrio”, poco más permite que repararnos como mano de obra productiva. Esa mano de obra se mueve entre la locura de la prisa y el no entender el porqué de esa depresión sin sentido y lo que significa el consumo “feliz”. Esa elección remite a la lógica de los actos racionales de las personas. Actos conscientes, más allá de esa mediatización alienada de los *mass-media*, de las culturas empresariales de responsabilidad social y de los proyectos de los gobiernos de turno que apuestan por terceras o cuartas vías. El sueño, en definitiva, era de aceptación libre: aceptación de la seguridad que ofertaba el capitalismo del “bienestar”, aun a costa de reforzar la argolla del trabajo asalariado obligatorio. No hace mucho, sin embargo, que el sueño terminó -en las sociedades del sur de Europa aún existen, con todo, unas decenas de millones de personas instaladas en él-, y, parafraseando a El Roto, “se despertaron y no encontraron el

²⁴ El punto 5.2 de las líneas de actuación y medidas concretas ya mencionadas parece sacado -no decimos que sea así- del programa de la Confederación Europea de Sindicatos (CES), que lleva reclamando una “necesaria salida social a la crisis”. Su enunciado es ilustrativo de su contenido: “Generar demanda efectiva e ingresos para poder crear empleo suficiente y decente”.

bienestar”. En un abrir y cerrar de ojos, la existencia perdió el sentido porque ahora nadie garantiza la seguridad.

Tercera reflexión: si en el análisis del régimen político –el relativo a la “casta”- hay una crítica certera que es fácil de trasladar a la mayoría social, no se aprecia ni en el análisis ni en las declaraciones –retóricas- públicas un claro cuestionamiento del modelo laboral sindical dominante, mucho más complejo de trasladar a la mayoría social.

La actual estructura del mercado de trabajo no es producto de la casualidad o de las coyunturas económicas, como tampoco lo es de las leyes del mercado. Aunque de éstas todo el mundo habla, como quiera que son soportadas por una “mano invisible”, parece como si nadie las hubiera visto y, en consecuencia, se admite de manera natural que deben existir y que poco o nada podemos hacer contra sus designios, pues son leyes inexorables. La actual coyuntura del mercado de trabajo, al igual que la de las dos décadas últimas del siglo pasado, es producto de normas generadas y creadas por personas muy concretas: gobiernos, “sindicatos del régimen”, empresarios. Leyes aplicadas con “mano de hierro”, y no precisamente con guante de seda, por instituciones de justicia y orden (judicaturas en todos los órdenes: laboral, civil y penal).

La constitución de este orden social en el terreno laboral se expresa en los denominados “modelos de relaciones laborales”, que han logrado “normalizar” ante la sociedad la impunidad de los responsables de la violencia sistémica más grave de las últimas décadas: la violencia de los actos privados empresariales, sean éstos públicos, semipúblicos, de las multinacionales o de las pequeñas y medianas empresas, que privan a millones de personas asalariadas, no sólo de su estatuto de trabajadores -empleo y derechos-, sino, a la vez, de la acción libre de trabajar o no salarialmente, toda vez que se niegan rentas básicas o un salario social suficiente para una vida digna y plena, y, además, se priva a esos trabajadores de sus derechos de ciudadanía.

El falso debate sobre los “costes laborales y sociales”, en el que parece entran las alternativas denominadas de “izquierda socialdemócrata” sobre el “pleno empleo”, elude el origen del problema: empresarios, gobiernos y sindicatos mayoritarios han construido, consentido e implantado todas las políticas económicas y sociales, basadas en la reducción del precio del trabajo, la pérdida de derechos laborales y libertades sindicales y sociales, de forma que nuestras condiciones de empleo, pensión, vivienda, transporte y alimentación se basan en el crecimiento de la economía y se hace desaparecer del debate social el verdadero problema: el del abolir, hoy y aquí, el trabajo asalariado. La solución no es el pleno empleo²⁵. No lo era antes y mucho menos lo es ahora que, al menos, una gran parte de las conciencias han constatado las consecuencias medioambientales y sus efectos en los modos de relacionarnos, de consumirnos y de destruirnos. Además, para recuperar la tasa de beneficio el modelo capitalista no necesita de millones de empleos que él mismo ha desahuciado.

Podemos no asumir este debate necesario en una óptica que, cuanto menos, permita sustraerlo a quienes “ven con optimismo” el futuro como pasado que vuelve. Es un debate no deseado por la mayoría social (de asalariados y asalariadas, fundamentalmente). Luis González, de Ecologistas en Acción, lo expresa de manera sencilla: “El capitalismo, una vez que ha llegado, ha marcado elementos que hacen difícil pasar por encima de él, ha generado un imaginario colectivo en el que el consumo es un deseo extendidísimo. Ha generado un sistema económico que, si no consigue reproducirse, entra en crisis y esto genera también crisis sociales no deseadas por parte de la población, y ha generado un sistema normativo que

²⁵ En la siguiente reflexión tratamos de profundizar en la inviabilidad de este planteamiento, a la vez que nos posicionamos en desacuerdo con el planteamiento político de las medidas propositivas que se adoptarían para este objetivo.

hace muy difícil que demos un paso adelante”. Y ese paso adelante se torna imprescindible, pues de lo contrario el sufrimiento será aún mayor.

Cuarta reflexión: puede que la mejor racionalidad²⁶ nos sitúe en el mismo plano del problema, pero nos puede dejar sin principio de “posibilidad” de otro modelo de relaciones laborales-sociales en un futuro próximo.

El pleno empleo²⁷, la demanda agregada, el bienestar..., sólo cuelgan de un hecho material: “aumentar la capacidad de compra de las personas asalariadas y el gasto en consumo...”, eso sí, condicionado –sometido, dicen los autores- “a la restricción de la igualdad y la sostenibilidad”. Las medidas que hay que implantar son: “incremento del salario mínimo y establecimiento de máximos”, “derogación de la Reforma Laboral, que no ha servido para crear empleo, sino sólo para aumentar la desigualdad desequilibrando las relaciones laborales a favor de la gran patronal”, “garantizar que no baje e incluso que aumente el poder de compra de quienes reciben pensiones públicas” -nada se dice de la derogación de la Ley de Planes Privados de Pensiones, ni tan siquiera de su reforma-, “jubilación a los 65 años con carácter general, flexibilizando dicho criterio en función de la naturaleza del trabajo”, “revisión de la naturaleza de los ERE”, “ley de 35 horas de jornada semanal máxima”, “eliminación de incentivos a la contratación a tiempo parcial no voluntaria”... La forma de conseguirlo reclama un “máximo acuerdo social”. “Podemos debería proponer un gran pacto a todos los sujetos y agentes económicos para hacer que la democracia llegue a la economía y para repartir con justicia los sacrificios y los beneficios”. Ese pacto abarcaría medidas fiscales, financieras, de rentas, reformas en las administraciones públicas, incrementos del gasto social, reestructuraciones de la deuda, estrategias europeas... El Pacto Social del régimen de 1978 se sostenía sobre los mismos parámetros (Pactos de la Moncloa y Constitución Española).

No es novedoso lo planteado –el modelo fordista pasó y el posfordista parece fenecer ya-, como tampoco lo es el modelo económico productivista-desarrollista (capitalismo), que sólo tiene en cuenta el beneficio privado que, repartido en escasas familias, genera un control social y político sobre las poblaciones. Ese modelo exige una crítica radical, pues las necesidades sociales, ecológicas, de distribución de la riqueza y de derechos de pueblos y personas desaparecen para que el sistema funcione. Esta lógica opera sin cuestionar si el modelo desarrollista -crecer por crecer y consumir sin tener en cuenta los límites ni las consecuencias- tiene que someterse a otra distinta que obedezca a los límites de la vida y contemple el planeta como un todo que hay que respetar en todas sus categorías: sociales, medioambientales, subjetivas, culturales, políticas, generacionales, relacionales...

Desde hace una década, el sistema productivista desarrollista quiere conjugar la sostenibilidad del modelo, volviendo a recurrir a la misma receta, que se ha demostrado cuanto menos criminal para la inmensa mayoría de la población mundial y para el planeta: “El crecimiento en una economía globalizada depende del equilibrio macroeconómico y este crecimiento es la garantía de la sostenibilidad” (economista jefe del FMI)²⁸.

²⁶ Según los autores del documento-programa de Gobierno de Podemos, esa racionalidad debe surgir de un proyecto “riguroso y realista”, que “debe ser una obra colectiva, ampliamente diseñada y debatida por personas expertas y conocedoras” (páginas 6 y 7 del documento “Un Proyecto Económico para la gente”).

²⁷ El pleno empleo parece posible siempre que se adopten medidas que giren sobre el eje central de la propuesta del punto 5.2.1: “Aumentar el gasto privado y público en nuevas formas de consumo sin promover consumismos y abriendo nuevos yacimientos de inversión sostenible”.

²⁸ “En este sentido el neoliberalismo ha emergido como una opción cada vez más atractiva para ciudadanos y elites, combinando un énfasis en la dimensión económica de la gestión estatal con una orientación estatista, nacionalista y proclive a cierta redistribución, aunque su visión a largo plazo y sobre la sostenibilidad ambiental carezca de claridad. El desconocimiento del segundo principio de la

Del pasado, antes de hacer añicos, tenemos que aprender y desaprender. Las clases asalariadas tenemos que desprendernos del “sueño de la utopía del bienestar”, pues era eso, un sueño, y despertar en la realidad primigenia del capitalismo: robo por desposesión del “sueño” a través de mecanismos autoritarios y violentos. Las salidas del sistema van en sentido contrario y aspiran a no emplear a tanta gente, a devaluar las condiciones de trabajo y de vida y a volver a los orígenes del capitalismo primigenio de la mano de la acumulación por la expropiación violenta. Se terminó el ciclo largo de “pacto social”²⁹ con las clases asalariadas para realizar las tasas de ganancia. La guerra, lucha de clases, parece haber sido declarada por los poderosos de este mundo y las clases asalariadas no responden con la rebelión, “ni queman las cosechas, ni envenenan las fuentes, ni cortan el cuello a los amos” (Valle Inclán). Tampoco creemos que la aparición de “iluminados” y “líderes carismáticos” nos guíe hacia el paraíso y abra posibilidades para ese necesario nuevo modelo de producir, de distribuir, de relacionarnos, de, en definitiva, romper con el sistema capitalista.

Tenemos que aprender que estatizar una parte de la economía y/o gestionarla con otra racionalidad (nacionalizaciones)³⁰, sin romper con el “régimen de la ganancia y las desigualdades”, no es sino un engaño. Entre 1936 y 1938, en los pueblos del Estado Español sucedió una experiencia (algunos lo denominan “revolución española”) particularmente interesante: varios millones de personas participaron de manera directa, autogestionaron la economía y la vida en los pueblos. Tanto las colectividades agrícolas en Aragón como la socialización de empresas y de servicios públicos en Catalunya se hicieron sin recurrir al Estado. Aquellas y aquellos que producían tomaron las fábricas, los campos, la educación, las oficinas. Ellos y ellas administraron directamente la producción, su reparto, los canjes. Pero también los medios puestos en común para la educación, la salud... En ciertas colectividades, un salario único fue establecido en bonos de canje no capitalizables y útiles solamente para las necesidades familiares. Sustituyeron el dinero que había sido abolido. Aunque, por supuesto, el contexto político, económico y social de la España de 1936 no es el de nuestro mundo contemporáneo, estas experiencias merecen toda nuestra atención, más en estos momentos de ruptura con el “sueño de la utopía del bienestar”.

Desde CGT, al igual que desde otros sectores sociales, organizaciones y movimientos, estamos convencidos (aprendemos y desaprendemos) y convencidas de que el “cambio jurídico de la propiedad”, en todas sus variantes, no pone en tela de juicio, ni la lógica de la rentabilidad, ni el poder de decisión y de gestión. Tampoco cuestiona en su raíz un modelo productivista desarrollista que posiblemente nos empuja hacia un colapso y una quiebra del modelo civilizatorio. En este sentido, las preguntas que nos hacemos son las relativas al reparto de los frutos de las riquezas producidas y a la organización de la producción y la distribución, a cómo consumimos (sin consumirnos la vida y sin esquilmar los recursos naturales), lo que implica pensar en los contenidos de lo que producimos, en el cómo lo producimos, en la utilidad social, en las implicaciones ecológicas, en el respeto y en el equilibrio con el medio y la naturaleza.

Más allá de las diferentes palabras (autogestión, colectivización, socialización), lo que entendemos por autogestión es la capacidad que tenemos como seres humanos de dignificar nuestras creaciones para modificar la realidad, el mundo que conocemos, habitamos y vivimos, de manera cooperativa y con apoyo mutuo y solidaridad. No queremos construir “un esquema ideal cortado de todas las realidades”, pero sí queremos aprender juntos y juntas,

termodinámica hace que ingenuamente los economistas nekeynesianos obvien que el crecimiento económico en el mundo actual no podrá continuar por tiempo indefinido...” (Decio Machado).

²⁹ Pacto Social no explícito que el sindicalismo institucional, la CES a nivel europeo, conjuntamente con las fuerzas políticas socialdemócratas, mantenían con las burguesías.

³⁰ Del Documento de Podemos (Punto 5.2.1,2,3,4,5) “Líneas de actuación y medidas concretas”.

construir juntos, hacer creíble la perspectiva de la autogestión aquí y ahora, y, con ello, cambiar de manera fundamental y radical la organización de la sociedad.

La “solución” no es el pleno empleo³¹, que se ha mostrado, antes bien, como parte del problema. La racionalidad superior que se nos supone a los seres humanos sobre los asnos debiera hacer que, tras haber probado por un tiempo la experiencia, no hubiéramos tardado en concluir que, o bien el mecanismo que nos tiene atrapados, y nosotros mismos hacemos girar, no está rotando en el sentido correcto, y probar como primera y más tímida alternativa a darnos la vuelta para hacerlo girar en el sentido contrario, para ver qué pasa, o bien concluir que la maquinaria, gire para donde gire, es una puñetera mierda que nos va a “joder” de cualquier manera. De resultas, hay que acabar con esa maquinaria, en relación con la cual, por cierto, una vez que nos hemos parado a pensar las cosas detenidamente no alcanzamos a comprender del todo cómo hemos acabado enganchados como asnos. Si se trata de cambiar el sentido con el que hacemos que gire absurdamente la maquinaria o sistema, deberemos intentar seriamente hacer realidad aquí y ahora eso de repartir el trabajo y la riqueza. La garantía de ello sólo puede encontrarse en la autoorganización de las personas, de los trabajadores y trabajadoras, con democracia directa y construcción de un contrapoder real en la calle, en el trabajo, en el centro de salud, en la “fábrica-oficina”, en el barrio, en lo público, en lo que es común y debe ser para todos y todas, sólo lo suficiente, lo útil socialmente y no más.

³¹ Nos referimos al pleno empleo (de todos y de todas en edad y capacidad de trabajar) a jornada completa y salariado. Esto es algo innecesario (para el mantenimiento de la vida) y, además, imposible (acelera exponencialmente la destrucción y la barbarie).

El espacio de la mujer en Podemos. Palabras dirigidas a las mujeres de izquierdas desde el feminismo

Hélène Sonet Mancho

Me han pedido que hable de Podemos desde la visión feminista del patriarcado. Yo, a diferencia de Emma Watson, que habla desde la ONU para los hombres, al hablar de Podemos no quiero contribuir a la visión institucionalizada del feminismo, y quiero hablar desde las mujeres para las mujeres. El dolor que causa la opresión patriarcal es de todos (aunque no igual); en cambio la lucha por todos comienza por nosotras y nuestro discurso-acción femenino. El hombre que lo comprende es digno de que lo amemos con nuestro cuerpo, mente y alma, y de que lo invitemos para que nos acompañe en lo que se transforma en la más alegre de las luchas, cuando el principio masculino coopera, sanado, al lado del femenino.

La cuestión del *poder*

La comprensión feminista de la cosa pública abarca y remodela todos los aspectos de la política. La mujer no es un sector de la política. El feminismo tampoco. Una de las tareas pendientes del feminismo es hacer ver esto a la sociedad. “Necesitamos reconocer y asumir [incluidas las feministas] que el feminismo es una teoría que ha de vertebrar la práctica política”, afirma Amelia Valcárcel. El feminismo no es una comprensión del “problema” de la mujer como realidad aislada, ni tampoco una comprensión de lo que los hombres machistas les hacen a las mujeres. Es un discurso-acción que analiza y transforma *la realidad social global*, porque todo lo privado y todo lo político afecta a las mujeres. Por ello, si voy a hacer algo más que señalar los *machismos* en Podemos, si quiero analizar su machismo político -el discurso- y su *política patriarcal* -lo que subyace en el discurso-, me veo obligada a tener en cuenta múltiples aspectos y analizar interrelaciones. Las dimensiones de la perspectiva antipatriarcal en Podemos abarcan desde su discurso agonal militarista, que es la materialización discursiva de un totalitarismo esencial (lo ejercen manipulando conciencias a través de los medios de masas) y que está relacionado con una concepción “antigua” del *poder*, hasta la hiperpatriarcal tecnocracia de una elite que domina a la organización interna con la excusa -no justificada- del mérito, pasando por el apoyo que recibe del gran capital, los corruptores de los corruptores (que Podemos describe en los medios de masas como “empresarios decentes”). Veremos además en este texto cómo Podemos intenta reducir el feminismo a un sector en su partido.

Desde el feminismo, tendríamos que acostumbrarnos a mirar panorámicamente para hallar y señalar las causas materiales de la estructura menos visible que nos condiciona. Y porque el patriarcado existe, aunque no se ve, si queremos apuntar hacia soluciones urgentes no es suficiente que aquí repitamos la pauta institucional de señalar los *micromachismos*, de dar parte de las quejas para poder establecer más penalizaciones y más normas de las que ya nos condicionan (especialmente a las mujeres). Considero personalmente que la política formal *consume* al feminismo en la tarea de dictar normas y leyes como paliativo de la desigualdad de género. Pero precisamente esto mismo, lo que sucede entre la tecnocracia feminista de las instituciones y el movimiento autónomo, es lo que ha sucedido entre Podemos y la voz de los movimientos sociales. Como partido que juega a instituir esta voz a su propia manera, la consume dirigiéndola hacia un *sentido común* que la desvirtúa. Podemos, lamentablemente, no es el partido renovador que dice ser, ni su contenido feminista va más allá de esta práctica tradicional de las instituciones.

El *mainstream* del feminismo, lo que dicen las televisiones que es, no es el feminismo: una tecnocracia, patriarcal, que domestica la enorme inteligencia y esfuerzo de los análisis de género, para reproducir el patrón antiguo. Los estudios de género no son sólo señalamiento culpabilizador: están trayéndonos, también, esa labor histórica esencial que nos habla de la potencia revolucionaria de las mujeres; desvelan las maneras en que somos oprimidas para que podamos empoderarnos. En cambio, la burocracia penalizadora no va (ni puede ir) en la dirección del empoderamiento. Considero que este capítulo, que es parte de un libro crítico, tiene que asumir la responsabilidad de aportar una visión de Podemos desde una voz feminista que no se desvíe del discurso-acción transformador.

El poder, el capitalismo, el patriarcado. Podemos, decía antes, ha hecho un pacto con el gran capital que lo apoya, con *el gran patriarca*... Y es que el capitalismo es una estructura económica, una manifestación más en la historia milenaria de un patriarcado tan infame como oscuro, una superestructura no material constituida a base de las voluntades primarias y los miedos cuajados en las mentalidades. Los análisis de Silvia Federici en *Calibán y la bruja* redefinen las interpretaciones estancadas que se han heredado, cual instituciones científicas, del racionalismo. Federici nos hace ver que la lucha anticapitalista pasa por la lucha antipatriarcal. Hay toda una fábrica social desplegada más allá de la propia fábrica, y que sustenta al capitalismo: la estructura simbólica, cultural y civilizatoria que lo genera³².

Pero estas voluntades primarias cuajadas en las mentalidades no son, en origen, *las mentalidades de todos*, porque el patriarcado que nos rige es una construcción social del principio del *absoluto masculino*, cuya simbolización se instituye por encima de -y descartando- la existencia del principio femenino. La estructura que sustenta las civilizaciones, el patriarcado, se hace invisible porque está en todo y en todos. El patriarcado es la historia *inscrita* en nuestra constitución esencial. Es una historia no escrita, a diferencia de las leyes y los códigos. Es por tanto el código inscrito, absoluto y global, que nos rige y opera de manera automática. Es anterior a cualquiera de los nudos que nos hemos aprestado a deshacer sin conseguir nada más que repetir la historia en círculos cerrados, por ignorar la raíz de nuestra condición.

La estructura del poder en Podemos. Es importante estudiar esta estructura, porque muchos consideramos que Podemos ha *paralizado*, o más bien dividido, *el poder de vida* que surgió con las movilizaciones del 15-M. Además, mantiene secuestrada la voluntad ciudadana de “la gente” en el *entretenimiento* de la participación virtual. Podemos hiere y vampiriza el poder gestado en este ciclo de luchas -el activismo emancipador- que por fin nos está sacando del círculo vicioso por su reflexión y su mirada de largo plazo.

Podemos es una organización jerárquica. No todas sus voces cuentan de la misma manera: la barrera la marca la propulsión mediática de unos (los elegidos por Iglesias) frente al silenciamiento de otros, lo que hace de embudo de las propuestas que saldrán elegidas. En Podemos en realidad existe sólo un círculo de *iguales*, el núcleo duro de afines a Iglesias, que centraliza el poder acaparando el discurso hegemónico. Alrededor de este círculo de la cúpula orbita todo lo demás: los llamados *círculos soberanos*.

Podemos “no quiere ser un partido, sino un método basado en que ‘elija la gente’”, dijo Iglesias, y, presentando el científico método del “movimiento”, se cubrió las espaldas diciendo que el 15-M es irrepresentable. Por ello, porque son irrepresentables, los círculos no deben decidir nada, y así lo recalcó Juan Carlos Monedero cuando, defendiéndose de la pretensión de aquéllos en el sentido de tomar decisiones sobre la organización interna, blandió el argumento de que “los círculos no son democráticos”³³. El único círculo de iguales entre sí es el de los autoproclamados *mejores*, al más puro estilo de la democracia

³²<http://marxismocritico.com/2014/03/12/la-construccion-del-patriarcado-capitalista/>.

aristocrática de la antigua Grecia, con la diferencia de que entonces esto se determinaba por heroísmo de guerra y aquí se determina por un heroísmo mediático. Orbitan alrededor de este círculo de iguales los elementos críticos, que cada vez resultan más molestos, de hecho, por disputar la voluntad de control central. Nada queda de horizontalidad si no es el intento permanente de hacerse oír, la lucha por defender la propia palabra, que aboca al arribismo a todo aquel idealista que pretenda defender lo que se considerará, desde la competencia de la centralización, como su *agenda propia*. Éste es, precisamente, el destino del que lleva puestas las gafas violetas en Podemos: llevar a cuestras una *agenda propia, el problema* de la mujer. En un universo de trepas, ser escuchada mientras luchas por *la mitad de todo*, nosotras, es un intento que desgasta mucho. Lo sabe Beatriz Gimeno³⁴.

Esta actitud violentamente patriarcal se levanta sobre la desesperanza y el dolor que todos sentimos. La impaciencia deseosa de soluciones a corto plazo (y la desesperanza) encuentran su caudillo en Podemos, quien se postula como guía único para llevarnos precipitadamente, por la gracia de su meritocracia, hacia la falsa eficiencia. Iglesias y su camarilla de líderes no conocen, y desprecian, el poder del consenso. Y tienen mucha prisa por conducirnos. Cuentan con que “la gente” no desea movilizarse sino ser movilizada, porque no tiene tiempo para la política, aunque sí para participar simbólicamente.

Poder y violencia. El nuevo concepto del poder. La historia de las guerras y la opresión, que es la única que se ha recogido siempre (hasta que llegó el feminismo), está ahí para demostrarnos, si queremos verlo así, que no ha habido revolución o levantamiento violento que no haya tenido que ser mantenido de manera artificial por un autoritarismo subsiguiente. La violencia es una historia interminable. La violencia no sólo es la represión física de nuestros cuerpos en las calles, sino también el aislamiento al que se somete a todos los ciudadanos por medio de los medios de comunicación de masas y la sociedad del consumo que nos mantienen tan ocupados; la represión es el rastreo y la desactivación de los grupos disidentes pacíficos con multas y con la privación de la libertad, como ha ocurrido recientemente con los anarquistas detenidos en la infame “operación Pandora”. Es la tortura y encarcelamiento de inocentes, véanse los casos denunciados en el documental *Ciutat morta* o el del joven Alfon y otros compañeros, por los que luchan las “Madres contra la represión”. Finalmente, la represión actúa a través de la imposición de leyes *ad hoc* para perseguir la protesta y para adquirir potestad sobre los cuerpos de las mujeres.

La lucha es dura. Hay que sopesar nuestro *poder*, el de los movimientos sociales, para tener éxitos reales y concretos, pues, como nos hace recordar Hannah Arendt, no es lo mismo el poder que la violencia. Y la violencia -en este caso la que algunos dicen que deberíamos ejercer los movimientos de la sociedad oprimida- sólo es capaz de destruir al tirano en condiciones de igual fuerza. ¿Tenemos esa fuerza? ¿Queremos ser los nuevos tiranos?... Si seguimos a Arendt diremos que la tiranía es el grado máximo de violencia y el grado mínimo de *poder*... Pensemos en cómo al intentar destruir a ese tirano debilitamos nuestro poder. Pensemos cómo lo enriquecemos...Arendt no fue feminista sino una *femme alibi*, no habló del *empoderamiento* como tal, pero de sus ideas sobre el poder de vida y la banalidad del mal ha nacido la piedra clave de nuestro echar a andar.

Y para visualizar con justeza cómo fortalecer nuestro poder, vienen a apoyar el despertar general ideas de una nueva “geometría”. Las inercias aún operativas de la mentalidad racionalista nos hacen visualizar el progreso vital en una línea, lanzando nuestro poder hacia el futuro en lugar de anclarlo en el presente. Desconocemos nuestro cuerpo y vivimos en nuestra mente. Equiparamos entonces el poder a las variantes de la fuerza. Pero

³³http://politica.elpais.com/politica/2014/06/09/actualidad/1402295920_514605.html.

³⁴<http://www.pikaramagazine.com/2014/05/ser-feminista-en-un-partido-politico-mi-experiencia/>.

los *sistemas vivos del poder* (la energía vital que fluye en la vinculación de los organismos) no funcionan, por su naturaleza, así. Y lo sabemos: sabemos que el énfasis está en la *forma en que actuamos para construir ese poder de vida*, y no tanto en el final de la historia, en asaltar los cielos. La teoría de redes y la de la complejidad resuenan en la imaginación de los activistas y de gente diversa que hoy se relaciona, precisamente, de esta manera que describe la nueva ciencia. Hoy el paradigma científico emergente tiene muchísimo sentido para mucha gente. El discurso feminista autónomo está contribuyendo a su creación, desde las calles y desde sus textos. Podemos actúa en cambio como siempre lo ha hecho la vieja política. Muchos de sus activistas virtuales dirán que me equivoco totalmente. Mis planteamientos son tan subjetivos como los suyos. Es interesante, entre tanto, considerar lo que dice Marga Padilla sobre la situación de los “movimientos sociales” que juegan a crear hegemonías: “Cuando hay hegemonía no hay red y al revés”³⁵.

El mito patriarcal en el discurso de Podemos. La narración hegemónica que ha conseguido convocar el sentido común de la “gente decente”, por lo que están tan orgullosos los podemitas, refleja la violencia contenida, y la queja que está en la sociedad. Es la historia del enemigo, de un culpable claramente definido que son los políticos antiguos, y de unas víctimas que somos la gente, y que aparecemos como entidad nebulosa porque no podemos ser sujeto político, al ser heterogéneos y por tanto “irrepresentables”. En una propulsión hacia fuera y el futuro se evita nombrarnos como víctimas o hablar de nuestro dolor, visualizar el sujeto y su poder, pues sólo el enemigo, la correlación de fuerzas y el final de la historia importan. En el futuro está la *esperanza*; en el presente sólo queda la simbolización, la bandera. La esperanza se concreta en el significativo vacío que anuncian hoy como el *cambio*, que no se describe con contenidos éticos y políticos (la ideología marxista desaparece pero no su dialéctica de lucha de opuestos para generar identidades). Y con la repetición de esta historia tan simple, eso sí, mil veces volcada en un *input* mediático tácticamente repetitivo, nos manipulan. Podemos cuenta con la publicidad indirecta que han sembrado los medios de masas del gran capital, infundiendo un terror, mitificador, alrededor de su figura de héroe tertuliano. Con la ayuda de este ingrediente terrorífico se completa la moralización agonal de la historia que cuentan, que es la de una civilización recalcitrantemente patriarcal, que se niega a dejar paso a la nueva sociedad igualitaria.

Pero no olvidemos el poder publicitario del otro mito: el mito del 15-M. Podemos no ha olvidado este contrapunto luminoso, pues crece a su costa. Su impostura de ser un movimiento neonato, surgido de la matriz del 15-M con el plus de la esperanza, es decisiva en la estrategia de *marketing*. Podemos ha sabido subirse a la ola de lo mítico. Éste es, precisamente, su mayor valor: el *saber-hacer* de los *expertos* en comunicación que conocen el beneficio que aporta asociarse a nombres con un valor consensuado por el *público*³⁶. Han sabido tener en cuenta al 15-M sin tener que creer en él.

Pero ¿cuál de los dos mitos apela a la vida, cuál al mejor de los futuros posibles? ¿Cuál está naciendo y cuál está muriendo? El 15-M -y ésta es su novedad, que cuestiona el paradigma marxista y confluye con el anarquismo- nunca ha sido esperanzador ni habla de destronar a nadie para ponerse en su lugar. Habla de guillotinar al *rey inmaterial del patriarcado*, que entendemos, como lo explica Amador Fernández Savater³⁷ a la manera en que visualizó Foucault la estructura del poder dominador. Este 15-M nace de la acción

35http://www.eldiario.es/interferencias/Maquina_electorales-hegemonia-poder_distribuido_6_327277271.html.

36El 15-M contó con el apoyo, en su origen, del 81 por ciento de la población entrevistada.
http://elpais.com/diario/2011/06/05/espana/1307224812_850215.html.

37http://www.eldiario.es/interferencias/Foucault_nueva_imaginacion_politica_6_274432557.html.

colectiva, no de la esperanza, es *sujeto* consciente de un poder recobrado en el presente, que se moviliza desde la contemplación del mejor de los futuros posibles; es pueblo automovilizado para liberarse de la opresión global, no la de los corruptos del PPSOE, sino la de los que corrompen a los corruptos. Es anticapitalista y antipatriarcal y la naturaleza de su lucha es la unión en campos de fuerzas plebeyas, no la competición de la correlación de fuerzas.

El aborto libre. Carolina Bescansa y la “capacidad transformadora” de callar lo que no genera votos. Pablo Iglesias y el Papa

En las jornadas de la Universidad de Verano de Podemos, la analista encargada de explicar la estrategia comunicativa de cara a las elecciones, Carolina Bescansa, negó la importancia de la temática del aborto³⁸. En este contexto, para Bescansa el aborto no era importante por no tener *potencial transformador*. Las feministas nos quedamos con la boca abierta. El aborto no tiene capacidad política transformadora; lo que genera votos, sí. Nos quedamos todas (y todos, como Antonio Manfredi, al que hay que agradecer la difusión de la información) con la boca abierta, más que nada porque se suponía que Podemos, ese partido que un día dijo ser movimiento, iba a hacer suyas nuestras demandas sociales, y que sería por lo tanto un partido no sólo mínimamente feminista sino integralmente feminista (como el movimiento del que se declara heredero). Pero Podemos no es mínimamente feminista.

La penalización de nuestra soberanía de decidir si abortar o ser madres, al afectar de manera radical -en el propio cuerpo- a nuestra autonomía, nace de una ideología esclavizadora que viola el derecho a la libertad y a la autodeterminación de todo ser humano. Ignorar esta defensa de nuestra autonomía amenazada corresponde igualmente a una ideología esclavizadora. Nuestra lucha en todo el mundo debe consistir en prohibir que se arrebatase la libertad a las mujeres en lo que toca a la elección sobre su reproducción, de igual manera que se prohíbe la esclavitud. Hay que recordar, una vez más, y con desazón, que éste es un universal ético cuya protección el feminismo no cesa de hacer suya. La vulneración de la integridad de las mujeres ha de denunciarse para hacer surgir esta lucha entre todas, y para que la sociedad se haga eco de esa demanda. La mujer española vive amenazada por el anuncio del PP en el sentido de reformar la ley en cualquier momento para implantar esta penalización.

Carolina Bescansa es una mujer, es política y divulga las propuestas de un partido “progresista”. ¿Por qué ignora este universal ético a la hora de exponer lo que considera prioritario defender, lo que tiene *contenido político transformador* para Podemos? Pues, simplemente, porque, al margen de las propuestas de su partido “que generan votos”, no hay nada más por debajo (por mucho que completemos su política con nuestra esperanza).

Que se nos haya retirado cíclicamente este derecho al aborto (coincidiendo con los períodos de crisis de acumulación del capitalismo) supone nada más y nada menos que el hecho de que las mujeres no podamos decidir sobre nosotras mismas, nos reduce a la condición de instrumento de voluntades ajenas, desvinculándonos de la conducción de nuestra vida, de nuestro protagonismo en nuestras vidas. Aunque la cuestión de la autonomía debería ser un principio ético fundamental que tiene que ser protegido por el discurso político de cualquier partido sin importar si es de izquierdas o de derechas, Podemos (que no es “ni de izquierdas ni de derechas”) no ha decidido afrontar este ataque a la mitad de la población. Se ataca a nuestros cuerpos, los de las mujeres, y nosotras no contamos con que Podemos diga algo. ¡Estos cuerpos de mujer NO son máquinas de reproducción humana para el capitalismo!

38http://www.eldiario.es/andalucia/desdeelsur/Escuela-Verano-Podemos-Sevilla-pragmatismo_6_289481062.html.

¿Por qué no se pronuncia Podemos? Porque en este país funciona, más allá de las izquierdas y las derechas, un fundamentalismo católico (aliado del gran capital) que, si no da muchos votos, sí tiene sus influencias políticas, y en esto Podemos sí que está de acuerdo con el PP. Para comprobar que Podemos también desea hacerse amigo del fundamentalismo católico patrio basta con ver, y considerar, cómo Pablo Iglesias le besa la mano al Papa después de que éste condene nuestro derecho a abortar. En su momento, los activistas, concretamente a través de InformaSol³⁹, difundieron en las redes una información que advertía que “tras la dimisión de Gallardón y la retirada de su proyecto el Gobierno ha afirmado que ‘no se aprobará una nueva ley sino que se reformará la existente’ y así se lo ha garantizado Soraya Sáenz de Santamaría directamente al Vaticano”⁴⁰. Podemos conocía la amenaza aún latente de una próxima reforma de la ley, pero esto no importó, no fue determinante. Las acciones por un lado y las omisiones por el otro demuestran el vacío de contenido político y ético de Podemos.

No creo que esta cuestión, que afecta a la autonomía de la mitad de la población mientras pende del hilo de las artimañas de un partido violentamente represivo, carezca de “potencial político transformador”. Me pregunto por qué no denuncia Podemos a la “casta” política por esto, por la represión del derecho de la mujer a autodeterminarse. Aunque ésta es una pregunta retórica, porque ya sabemos la respuesta: la represión no tiene capacidad de generar votos. A día de hoy, 18 de febrero, nos enteramos, lamentablemente, de que la amenaza se ha hecho real: el PP presenta una proposición de ley que obliga a todas las menores a tener consentimiento paterno para interrumpir un embarazo⁴¹.

Y el cambio, ¿tendrá en cuenta las cuestiones de género?

La palabra *cambio* ha conseguido volver a ilusionar a una buena parte de la población, desgraciadamente. Y explico brevemente por qué me parece desgraciada esta ilusión. En primer lugar, porque se trata de un fenómeno de propaganda sistemática a través de los medios de masas que impulsan y favorecen a Podemos. En segundo término, porque la palabra *cambio* es aquí un significante vacío, su vacuidad sirve de espejo en el que caben todas las ilusiones de la gente, y como todas estas ilusiones caben, no hay *nada*. Los contenidos éticos y políticos de Podemos son endebles: “Creemos que no basta con que los principios éticos, políticos y organizativos de Podemos dediquen *un párrafo* a hablar de la importancia de la igualdad de género o de una participación igualitaria entre hombres y mujeres en los órganos de representación y en las listas electorales. Es importante, pero no suficiente. Echamos de menos un reconocimiento de la opresión de género que apueste por políticas transversales; una mínima discusión, en los círculos de Podemos y en las deliberaciones que se llevan a cabo a través de la red, sobre cómo combatir el machismo que impregna la vida social; sobre el machismo que está en la base de la violencia contra las mujeres; sobre el machismo de casta y de caspa que trata de impedir el derecho al aborto y a la maternidad libremente elegida; sobre el machismo que no acepta la diversidad de opciones sexuales que están presentes en nuestra sociedad... Asuntos éstos que no figuran en los borradores que se discuten y que van a formar el código básico de Podemos como formación

³⁹<https://informasol.wordpress.com/2014/09/24/la-retirada-de-la-reforma-de-la-ley-del-aborto-es-una-trampa/>.

⁴⁰<http://www.elplural.com/2014/09/16/muerta-la-ley-del-aborto-de-gallardon-rajoy-y-soraya-ya-han-puesto-en-marcha-la-pildora-del-dia-despues-el-constitucional>.

⁴¹http://politica.elpais.com/politica/2015/02/18/actualidad/1424251777_843543.html.

política, y que no se enumeran entre las propuestas concretas que se plantean”⁴². Esto le dicen las feministas de Podemos, María Unceta y María José Belbel, a la autoridad hegemónica de su partido. ¿Se escuchará esta queja de las feministas críticas? ¿Se han escuchado alguna vez las propuestas, producto de un trabajo ingente, de los círculos? ¿Acaso se deciden los contenidos políticos entre todos, como se hace ver con el simulacro de las votaciones?

Lo que conocemos del funcionamiento real de Podemos habla de una chapucería intencionada. El “método” organizativo promueve la votación sin que las personas hayan estado presentes en las deliberaciones... Las materias sobre las que se permite decidir entre todos son precisamente aquellas que presentan fuertes contradicciones internas, como por ejemplo ha ocurrido con las que afectan al feminismo. Pero el problema es que los votantes, que no han asistido a la construcción de la deliberación, sólo cuentan para orientarse con el propio “sentido común” y con la *opinión, divulgada públicamente, del líder* (que lo condiciona). Por “la participación *online* las personas, no habiendo asistido a la construcción del debate colectivo, hacen virtud de su sentido común y *someten las decisiones internas de Podemos a sus fuertes contradicciones* -en contradicción está, por ejemplo, el discurso de la igualdad con la discusión abierta sobre las listas cremallera- y al influjo mediático del líder”⁴³.

Podemos, “el altavoz de la gente”, cuenta con tres ejes políticos que divulgar en los medios de masas: la soberanía popular, la economía como debate social y la denuncia de la “casta”. Ni el aborto ni ninguna cuestión de género están entre ellos. Abramos los ojos. “Hablar de cambio político y de transformación no vale de nada si de forma paralela a todas las reivindicaciones no ponemos las feministas”, afirma Antea Izquierdo, militante de Podemos e IA⁴⁴.

La resolución. “Defender la democracia es defender la igualdad”. Esta resolución, presentada ante los círculos para su aprobación en la Asamblea Ciudadana junto a otras relativas a educación, empleo juvenil, etc., no se eligió para ser aprobada. Conociendo las carencias del ostentoso método 2.0 relativas a las votaciones de temas complejos, que favorecen el sentido común dirigido por la opinión del líder, y dado que la resolución no incluyó (tampoco) el planteamiento de la defensa del aborto, no es de extrañar que resultase sosa y poco popular. María Unceta y María José Belbel, ante la omisión sangrante de este punto en la resolución, dicen: “No se menciona tampoco, y es algo que nos sorprende, la defensa del derecho al aborto libre [...] cuyo ejercicio sigue en peligro”. Las feministas comentan también la vacuidad general: “Contiene una serie de análisis sobre la situación de las mujeres ante la crisis económica y algunas medidas generales para hacerle frente, algo realmente interesante y necesario, aunque no hay mención alguna al marco general que da lugar a la discriminación”. A la resolución, a “las discusiones programáticas y la representación pública de Podemos” les faltan la voz y las posiciones feministas: “Echamos en falta la presencia de posiciones y voces que tengan en cuenta la ya larga trayectoria de la lucha feminista”⁴⁵.

El círculo Feminismos de Podemos. El círculo feminista es el único actor u órgano feminista en Podemos. Con una actuación tristemente servil, negadora de la realidad

42http://www.infolibre.es/noticias/opinion/2014/10/17/a_atencion_podemos_algunas_reflexiones_desde_feminismo_22826_1023.html.

43<http://www.vientosur.info/spip.php?article9299#sdendnote8sym>.

44 http://www.anticapitalistas.org/spip.php?article29897&id_syndic_article=24393&id_syndic=83.

45 *Ibidem*.

antifeminista de la organización, excusó como un malentendido la intervención de Bescansa en relación con el aborto. El feminista es un círculo más en el mar de la pluralidad amorfa de los círculos, por lo que el feminismo cumple un papel en la organización que recuerda al de la pitufina en el mundo masculino de los pitufos; sólo que esta aldea de pitufos es un caos. La voz femenina queda relegada a tratar de influir para promover su temática -una más entre muchas-, sin capacidad de integrarse y articular el proyecto principal. Y esta temática de un sector, el problema de las feministas, se pierde en la inmensidad de las demás. Este ninguneamiento debe leerse como un desprecio y un despropósito, tan necio y destructivo como la escasa presencia de las mujeres entre el grupo organizador, que se compensa, eso sí, con una presencia pública de “cremallera” de cara a la galería.

La pluralidad, cuando no se articula, se convierte en falsa, inservible para la inteligencia colectiva, y éste es el caso de Podemos, donde esto se vive como una neutralización intencional. Su pretendida pluralidad diluye la capacidad efectiva de cualquier voz que no venga de la cúpula. Intentar reunir alrededor de un partido a toda la sociedad sin darle voz a su diversidad y contradicciones, intentar simbolizarla sin tener en cuenta su complejidad, no es sino un modo de negarla, una estrategia totalitaria.

Pero, además, ocurre que las mujeres no somos *pluralidad*, un atributo más de un mundo masculino, como la pitufina en el mundo de los pitufos: las mujeres *somos la mitad de todo*. Para incidir en la política general del partido con alcance transversal, transformador, se hubiera requerido que la organización abriera el debate que cuestiona su papel, el papel del feminismo. El hueco que precisa el feminismo en un partido u organización con aspiración de cambio político sustancial no es el de *contrapoder autónomo*; para autonomía ya está el feminismo de fuera, realmente autónomo, y en cuanto a la *correlación de fuerzas*, si es a eso a lo que se refieren con el contrapoder, lo que es dentro de Podemos la “fuerza” no la hace nadie más que la cúpula... y los arribistas. Dado que la jerarquía es una realidad que marca el juego de manera radical en Podemos (de la misma manera que en los partidos tradicionales), si se quería que el feminismo fuera parte de la organización se debería haber accedido a que se integrara como un órgano de representación en el núcleo de poder visible, el que en Podemos ejerce lo que llaman *hegemonía*, ese discurso triunfante capaz de generar el *sentido* que comparten las mayorías, dentro y fuera de los círculos. Sólo canalizando de esta manera su voz con la presencia pública que aupó a los “mejores” y acogiéndolo en la muy exclusiva organización, tendría el feminismo transcendencia política en el partido y hacia la sociedad. A fin de cuentas, ¿no es más sustancial el contenido del feminismo que el de la democracia 2.0 publicitaria? Y su capacidad articuladora, ¿no sería más transformadora en la organización que la tecnocracia de la comunicación?

Más allá de limitar el feminismo a las políticas de género paliativas, como la *paridad* de hombres y mujeres de cara a la galería, un partido que dice ser altavoz de la voluntad de cambio no puede ignorar la importancia de dar la palabra a la transformación feminista de nuestra sociedad. Como expresión de la pauta habitual de la sociedad patriarcal, “las posiciones actuales de Podemos nos remiten a la idea de una ‘contradicción principal’ [casta-‘gente’ para Podemos y clase capitalista-clase obrera para la izquierda tradicional] que oculta o difumina la considerada históricamente como ‘contradicción secundaria’, y que enfrenta la supremacía masculina en todos los órdenes –no a los hombres como género– con los derechos reales de las mujeres”⁴⁶. El feminismo es un sector más en Podemos, su poder de discurso-acción no tiene la vía abierta y por lo tanto las feministas críticas deben desarrollar una “doble lucha”, la del partido y la del feminismo, planteando (o más bien mendigando) demandas.

46 *Ibidem*.

¿Dónde está el feminismo en Podemos? El feminismo de Podemos no está, desde luego, en su cúpula. Aunque Teresa Rodríguez tenga gestos y palabras que la definen como feminista, se necesita un grupo, un colectivo, para crear un discurso-acción feminista. Rodríguez es una excepción en la cúpula como militante de IA, la acosada organización que aún conserva esa ideología, de izquierdas y feminista, que molesta tanto a Podemos. Bescansa, que parece encargarse de representar la voz de la mujer, no es feminista (y evidentemente no es “ni de derechas ni de izquierdas”, sino de derechas). El líder, por su parte, que no es “ni de izquierdas ni de derechas”, no conoce siquiera lo que sería una “política femenina”, pues imagina lo femenino como una mente domesticada por lo masculino al servicio del patriarcado. Léanse sus ideas sobre la feminidad política contrastada con su masculinidad (ideas de las que se debe sentir muy orgulloso, pues, si no, habría hecho mejor en callarse) en el epígrafe “Pablo Iglesias y la ‘feminidad política’” del excelente artículo “Militancia y masculinidad”, de Felipe G. Gil⁴⁷. En este caso, además, conocemos al ambicioso Pablo por sus actos despreciativos ante los derechos de la mujer, con lo cual no hace falta utilizar la horrible palabra “machista” (como él utiliza la palabra “casta”) para calificarlo.

En los círculos, cómo no, ha de haber muchas voces feministas. ¿Pero ahí reside el feminismo de Podemos? ¿En las voces que no trascienden? La sección crítica que se ha hecho oír, los ninguneados *no oficialistas*, deben de ser conocidos como feministas “molestos” en Podemos, que no permite espacio en la cúpula para su brillantez. Por eso en ellos tampoco está el feminismo en Podemos. Beatriz Gimeno, que se presenta por Madrid en una candidatura no oficial, es una brillante feminista (y poeta) y por eso mismo no está en la candidatura oficialista. Ojalá mantenga su autonomía. Las acciones son lo que verdaderamente nos habla de la identidad de alguien: son feministas y valientes las mujeres que se han pronunciado en el escrito “A la atención de Podemos, algunas reflexiones sobre el feminismo”, que vengo citando en estos últimos epígrafes. Pero en ellas tampoco está el feminismo en Podemos.

La demagógica justificación de la meritocracia que acaba con la representatividad de la inteligencia plural. La discriminación de género machista se reproduce en Podemos

Se dice, desde la cúpula de Podemos, que debe existir una “brecha”, en la organización del partido, entre la autonomía de los círculos, irrepresentables, y el sentido hegemónico que dicta el Consejo Ciudadano o cualquier organismo que haya venido acogiendo a la cúpula, el grupo de personas afines a Pablo Iglesias. La brecha garantiza tanto la autonomía de los círculos como la “governabilidad” del proyecto. Esto se justifica con literatura hegeliana y laclauiana. Pero si la brecha se instituye, significa que se rompe la vía de comunicación biunívoca y ésta se convierte en unívoca: la que va de arriba abajo. La movilización autónoma es libre de ejercerse y emitir su discurso, pero no “puede” ser escuchada e integrada en el discurso hegemónico. La razón se encuentra en la irrepresentabilidad de la voz heterogénea y en la superioridad de una supuesta meritocracia para instituir el discurso hegemónico. Este discurso es aquél en el que “todos” se ven representados, como se ha demostrado en el hecho de que la “masa” haya llenado los círculos atraída por las palabras y el “sentido superior” creado desde los medios de comunicación por Pablo Iglesias y su grupo de comunicadores, los llamados *mejores* o *tecnócratas*.

Pero aquí hay que decir que rechazamos rotundamente el presupuesto de que los ciudadanos seamos incapaces, por falta de experiencia y especialización, de hacer política. Nuestra capacidad ya se ha manifestado en las plazas y en la movilización autogestionada

47http://www.eldiario.es/interferencias/Militancia-masculinidad_6_322377771.html.

subsiguiente. La experiencia ciudadana se construye en la práctica, habitando y sintiendo la política. Por ello la expresión *ciudadano inexperto* es demagógica. Por otro lado, la supuesta superioridad en los textos redactados por “Claro que Podemos” y demás equipos con mayor “capacidad de ser elegidos” -los mismos que acaparan la amplificación mediática de la voz de todos- no ha quedado demostrada en ningún momento. Los favoritos, los mejores, los que integran la cúpula formada a partir de las preferencias del macho alfa Pablo Iglesias, han sido elegidos por una afinidad muy concreta: el líder eligió primero al grupo de HOMBRES leales que lo arrojarían, para “rellenar después” la lista con mujeres y así cumplir con la paridad. Las mujeres que están, según la extraña justificación redundante de Tania González, “se lo merecen”... Seguramente será porque son tan “oficialistas” como todos los elegidos⁴⁸.

En cuanto a la paridad en la redacción del documento organizativo, el que rige el futuro del partido, ni siquiera existe ni se ha considerado: “En la redacción de esta propuesta, lanzada desde el equipo promotor de Podemos, no hay paridad en género. De los autores de la propuesta hay sólo un 20 por ciento de participación femenina. [...No está presente la paridad] ni en las portavocías de los equipos de trabajo y funcionamiento, ni en la redacción de documentación y gestión organizativa, manteniéndose en muchos ámbitos el mencionado 20 por ciento de participación femenina”, dice @islatempestad en su análisis⁴⁹.

Otras cuestiones de género en la organización interna

Lamentablemente no hay transversalidad en el feminismo de Podemos, que se encuentra sectorizado y tematizado: es un problema más que hay que tratar, como lo pueden ser la juventud, la estrategia, las campañas o el análisis social y político. Éste es un error sustancial y de visión política. Porque el feminismo es la otra mitad en el partido, y tiene que aportar su visión, la visión regeneradora de la política común.

Como en los partidos progresistas, el feminismo en Podemos se reduce a las políticas de género, aunque en el plano simbólico están peor aplicadas que en las anteriores experiencias. Sin actuar en la raíz de la desigualdad de género, Podemos corrige la falta de representación femenina en las instancias visibles. En el equipo organizativo se impone un control polarizado hacia lo masculino nada más y nada menos que en el ochenta por ciento.

Se han analizado, en fin, las diferencias cuantitativas y cualitativas en la participación efectiva femenina y masculina en el entorno del partido⁵⁰. La estructura tradicional de éste, más allá de la apariencia moderna que le dan las votaciones telemáticas y el activo intercambio virtual, condiciona que las mujeres participen muy poco en las asambleas, a diferencia de la práctica común en las asambleas, replicadas, del 15-M.

Despatriarcalizar

Algunos activistas insisten en la “idealista” percepción de que es posible llegar a ejercer cierta influencia en el seno de los partidos. ¿Es posible cambiar un partido como Podemos por dentro? Quizás, pero lo dudo. Alterar las instituciones de la política formal por dentro, despatriarcalizarlas, supondría que el cambio interno se actualizase desde los sujetos políticos individuales, tarea harto complicada de acometer a toda prisa si no queremos imponer una

48http://www.huffingtonpost.es/pilar-portero-y-ana-canil/pablo-iglesias-premia-fid_b_6164376.html?utm_hp_ref=tw.

49/<http://mirandaescribe.blogspot.com.es/2014/10/analisis-de-genero-en-los-principios.html>.

50<http://podemosmajadahonda.blogspot.com.es/search/label/Feminismo>.

doctrina. Las prácticas patriarcales están demasiado asentadas en las instituciones formales de la política y el virus del patriarcado es una actitud que se contagia: lo que hacemos acaba siendo lo que pensamos.

Me limitaré a apuntar aquí síntomas (o quizás causas materiales) de la enfermedad del patriarcado, dejando abiertas las soluciones y recordando que hay mujeres, como María Galindo (*Mujeres Creando*) y Julieta Paredes⁵¹, que están ya haciendo este trabajo al margen de un Estado hiperpatriarcal y militarista como es el de Bolivia.

El patriarcado es un sistema de dominación global que afecta a hombres y mujeres y que funciona a través de dos instituciones: la *jerarquía* es la primera, las “identidades clausuradas” en reinos artificiales la segunda. Aunque la supeditación de unos sobre otros se origina en la del hombre sobre la mujer en todos los órdenes y se extiende tanto a la supeditación de raza como a la dominación de la naturaleza y sus animales, para que la dominación se reproduzca de manera transversal, microfísica, es necesario que exista esa otra realidad, la de las “identidades clausuradas” que ejercen la opresión, afirmándose en el odio a “lo otro” diferente. Si las identidades se movilizan en una primera instancia en una dinámica bipolar de roles -masculino-femenino; especialista-usuario; experto-ignorante; representante-representado; líder-seguidor; productor-consumidor; intelectual-obrero, etc.-, el rechazo inercial a “lo otro” diferente se extiende a todo, encerrándonos aún más en nuestros reinos artificiales que devienen inertes.

Pero, ¿por qué este odio a “lo otro”? La separación originaria, la que está en la raíz de todas las demás, es la que crea nuestra “identidad”, en la que nuestra mente domina a nuestro cuerpo despreciándolo. Pero el cuerpo es nuestra sublime conexión con la vida que nos da seguridad, y de ahí la alienación que se proyecta como odio a “lo otro”. La apropiación de nuestros cuerpos por el sistema (patriarcado) es esa superestructura de alienación en la que cada cual odia “lo otro” diferente y *a su propio cuerpo*. Se reproduce entonces la opresión que lo atraviesa todo. Cuando se observa sin *miedo* ese gran monstruo sin cabeza que es el sistema dominador que visualizó Foucault -una estructura de campos de fuerzas en la que cada cual es el carcelero de su propio cuerpo-, leemos una historia que nos habla del enemigo, pero también del *aliado*, que está *dentro*. Sin nuestras “cabezas”, nuestras *identidades* dominadoras del cuerpo, el monstruo no se puede reproducir, porque no tiene cabeza.

Por lo tanto, y al final, ¿dónde está el enemigo? ¿En todas partes? ¿En ninguna? Lo que hay que hacer, con toda la presteza y el ánimo que podamos reunir, es reapropiarnos de nuestro cuerpo para automovilizarnos, ser sujeto político de cuerpo andrógino y vivo, una identidad siempre transcendida, siempre renovada. Aquí se encuentra nuestro *aliado*, del que nunca se habla, por algo será...

Podemos sólo nos habla del enemigo, y no de nosotros, plurales y vivos. Podemos no es automovilización sino caudillismo. Con su adormecedora narración nos induce a volver a ser cuerpos dormidos... Pero ya hemos despertado ¿verdad?

51<http://www.pikaramagazine.com/2015/01/el-feminismo-comunitario-es-una-provocacion-queremos-revolucionarlo-todo/#comments>.

Podemos y la política de paz y defensa

Colectivo Utopía Contagiosa

No es fácil comparar el posicionamiento político de una organización, ya sea partido político, asociación de cualquier signo, sindicato, etc., con la lucha social pacifista o antimilitarista. Ello obedece a varios motivos.

Por el lado del pacifismo, este último se encuentra muy empequeñecido como movimiento social, diluida su antigua militancia en otro tipo de organizaciones, y reconvertido en sus mensajes a un difuso e impreciso sentimiento de paz que de vez en cuando enciende la mecha de las movilizaciones contra la guerra. Se halla desaparecido, sobre todo, si lo comparamos con la potencia que tuvo en otras épocas, con los referentes de la lucha anti-OTAN y la insumisión como puntos principales de su agenda. Por otro lado, también se encuentra dividido en al menos dos grandes líneas poco comunicadas entre sí y con recelos mutuos. Una de ellas, más oficial, centrada en una idea precisa de paz y reconvertida generalmente en centros universitarios, de estudio de conflictos y otros centros especializados, cuenta con una orientación antibélica y de paz “jurídica”, y toma como principal interlocutor a las elites, a las que quiere convencer de sus medidas posibilistas. Otra es de corte antimilitarista, propone cambios radicales en la propia idea de paz y aspira a la desaparición del ejército y de todo el entramado de estructuras e ideologías que componen el militarismo. Lo que fue un gran movimiento es hoy un archipiélago de grupos (aunque muy meritorios y esforzados) dispersos, muy atomizados, con escasa capacidad de trabajo, con una pobre lista de propuestas y reivindicaciones, con una gran descoordinación interna y, por encima de todo, sin una agenda coherente, precisa y amplia de tareas, luchas, contenidos, lo que en parte explica el desconocimiento social y la irrelevancia del mensaje pacifista-antimilitarista.

Por el lado de las otras organizaciones sociales, el tema de la paz, o las agendas que se desprenden de la lucha pacifista, no está por lo general entre sus prioridades ni horizontes, por más que muchas de esas organizaciones compartan sus bases y contengan a buena parte de antiguos militantes antimilitaristas. Por lo que respecta a los partidos, las cosas son más rígidas. De alguna manera existe un consenso sordo que entiende los temas de paz desde la idea de preservar el *statu quo* vigente y que, con pequeñas variaciones, acepta los principales pilares del modelo de paz y defensa que propone el núcleo duro de la partitocracia (PP y PSOE), que ha blindado la política de defensa como inamovible. Los demás partidos del arco parlamentario, o bien comparten en silencio esta política, o bien se encuentran sin fuerza, conocimiento o convicción para rebatirla.

Desde la transición, varios han sido los grandes argumentos que han articulado el discurso y la práctica oficial de paz y de defensa: debemos alinearnos como un país occidental que defiende sus intereses y “valores”, debemos contar con unas fuerzas armadas en consonancia, debemos emprender un proceso de reforma de las fuerzas armadas para profesionalizarlas y modernizarlas. Estos puntales, el verdadero mantra de la política de paz y defensa española, gozan en los partidos de la consideración de dogma intocable y blindado, de forma que nadie los cuestiona en sus grandes rasgos. La defensa se ha convertido, así, en una disputa de frases hechas, en la que no hay debates políticos ni sociales, en la que no hay críticas ni autocríticas, y en la que brilla la desidia y el desinterés.

Para el pacifismo-antimilitarismo hay, además, un par de hitos que deben tomarse en cuenta a la hora de valorar las políticas y propuestas de paz. El primero fue la gran movilización social que se produjo en el decenio de 1980 y hasta el referendo de la OTAN. Fue, con todos los matices que se quiera, un momento de gran lucha social, de movilización, de aparición de muchos grupos y prácticas, de amplio trabajo de base, igualitario,

autoorganizado. También de confrontación interna entre diversos modelos de organización y diferentes visiones de lo que significaba estar en contra de la OTAN. Con todo, ese gran momento creativo acabó con un gran engaño: el del PSOE. Hay que enfatizar este engaño porque de alguna manera nos quitó, si así puede decirse, un velo de ingenuidad y nos vacunó con un recelo hacia los partidos y sus cálculos posibilistas respecto de los temas de la paz. El recelo persiste en quienes luchamos desde el antimilitarismo y el pacifismo a la hora de valorar las propuestas de los partidos.

El segundo hito fue la campaña de desobediencia civil al servicio militar y a la prestación sustitutoria que emprendimos los –entonces- jóvenes y que, amén de la propia práctica política de desobediencia, permitió la articulación de una lucha social muy comprometida y muy horizontal, que se desbordó en otras muchas temáticas pacifistas: contestación de la militarización cultural, educación por la paz, mujeres antimilitaristas, gasto militar, ecopacifismo, resolución no violenta de conflictos, alternativas a la defensa militar y un largo etcétera que buscaba afrontar la lucha transversal contra la propia lógica del militarismo e ir más allá de la supresión de la mili, de la mano de la abolición de los ejércitos y de la superación del militarismo social, cultural y estructural. Todas estas propuestas se alejaban mucho del día a día de los partidos políticos.

Estos dos referentes conjugan varias características que han moldeado el pacifismo-antimilitarismo actual: 1. el énfasis en la lucha social, en el “empoderamiento” social, en el diálogo con la gente de a pie (a la que se busca comprometer y concienciar) más que con las elites (a las que se busca quitar poder); 2. la apuesta por la horizontalidad metodológica, por la acción directa, por la autoorganización de base, sin delegación, no violenta; 3. esa apuesta no es sólo a la contra, de mera resistencia, de mero contraste, de acción-reacción, sino también expansiva en los contenidos, creativa, alternativa, radical; no apostamos por apuntalar con meras reformas la idea de paz oficial, sino que la negamos para construir una idea de paz alternativa que, basada en un paradigma de cooperación-no violencia, busca afrontar los conflictos desde la lucha contra todas las violencias (la estructural y cultural también) y desde la articulación de las luchas sociales y de sus objetivos (feministas, de derechos, ecológicos, etc.) como lo que hay que defender, frente a la defensa que ofrece el sistema y los ejércitos.

En conclusión, el movimiento antimilitarista espera que surja alguna oferta política y organizativa en la que (a) se pueda tener confianza porque sus posicionamientos son claros y coherentes, y no dependen de que esa oferta toque o no poder; (b) se pueda confiar porque sus planteamientos son alternativos a la política actual, y (c) comparta las metodologías de promoción del debate social de la defensa y de potenciación del trabajo de las organizaciones sociales, y no de su habitual manipulación por parte de la “casta”. Con todos estos mimbres que hemos explicado, tal vez de forma extensa pero inevitable, es como analizamos al nuevo partido Podemos, o a cualquier otro partido.

Podemos y la agenda pacifista-antimilitarista

En realidad la primera gran diferencia que se puede encontrar es que, mientras los otros partidos ya tienen una trayectoria, unos hechos, que los describen en la temática de la paz, Podemos sólo apunta maneras. Al menos respecto a los temas pacifistas-antimilitaristas, no cuenta, aún, con una posición explícita y clara. Se tiene conocimiento de un posicionamiento personal de alguno de sus líderes, como es el caso de Pablo Iglesias, quien, según dijo en un programa de TV muy mediático, ha cambiado de opinión y ahora piensa que el ejército es necesario y debe estar bien dotado para sus misiones, aunque también que, si de él depende, promoverá la salida de la OTAN (esto último en un lenguaje muy matizado que suena

parecido al del PSOE prerreferéndum de 1986), o el de Juan Carlos Monedero en parecido sentido, así como las posiciones mantenidas por un Círculo Podemos Fuerzas Armadas. Por otra parte, Podemos cuenta con un círculo Pacifismo y Alternativas de Defensa que postula todo lo contrario y entre su membresía se cuentan personas procedentes de las luchas antimilitaristas o pacifistas, anti-OTAN y de insumisión, así como antiguos militantes del MOC y de otras organizaciones pacifistas.

No obstante, hasta donde hemos podido saber, en el tema pacifista y de alternativas a la defensa militar, Podemos no tendrá una posición “oficial” de mínimos hasta que no haya candidatos a las generales. Así y todo, el 27 de diciembre un representante de la organización en las jornadas promovidas por el colectivo antimilitarista de Zaragoza Mambrú, aportó lo siguiente: están por el mantenimiento de unas fuerzas armadas bien preparadas, pretenden luchar por la dignificación de esas fuerzas armadas, quieren unas fuerzas defensivas con mejoras en equipo y formación, y desean fomentar el asociacionismo militar. Estas posiciones coinciden en gran parte con las reivindicaciones históricas y corporativas de las asociaciones de militares que han tenido la habilidad de hacerse oír.

Si recordamos que la actual política oficial ante lo militar consiste en alinearnos en la defensa de Occidente y sus estructuras (OTAN, UE...), y tras afirmar la necesidad del ejército y apostar por la profesionalización y modernización de éste, ¿qué novedades aporta Podemos? Si recordamos que el pacifismo ponía el énfasis en la lucha, la organización y el empoderamiento sociales, en la apuesta por una idea alternativa de paz que tiene como principal interlocutor a la sociedad para abrir nuevos consensos y avanzar desde su labor, para lograr la institucionalización de este nuevo proceso noviolento, ¿qué metodología y que actores contempla Podemos?

Pero hagamos un esfuerzo más para ofrecer al menos diez aspectos, críticos, en los que el silencio (por olvido, por cálculo o por desconocimiento) de Podemos no puede dejar satisfechos sino a los que promueven el actual consenso en temas de defensa desde la “casta”. Diez puntos que no permiten el silencio y que pueden aportar claves de reivindicación y lucha social a las organizaciones, de cualquier ámbito, que quieran hacer suya la agenda antimilitarista. Diez puntos en los que esperamos el posicionamiento serio y argumentado de Podemos y, por supuesto, de los demás partidos políticos.

1. La toma de decisiones en la política de defensa está sustraída a la sociedad. Ni nos consultan ni nos representan. El ciclo de planeamiento de la defensa (que define sus objetivos, despliegue, gasto, compromisos, etc.) lo deciden los militares y ni siquiera se lleva al Parlamento para ser refrendado. Menos aún es consultada la sociedad. La Directiva de Defensa Nacional⁵², instrumento marco de la política de defensa en cada legislatura, se aprueba por el presidente del Gobierno previa consulta con el Consejo de Defensa Nacional (integrado por varios ministros, el rey, el propio presidente y los altos mandos militares). Una vez aprobada por el presidente de Gobierno, se lleva a la Comisión de Defensa del Congreso para que ésta sea informada. La definición, por tanto, de esa política no se lleva con luz y taquígrafos, ni se hace con consulta alguna a la sociedad, ni se propicia debate social alguno.

2. El imponente gasto militar español. España, como casi todos los países de su entorno, tiene un gasto militar exagerado, superior al que arrojan los Presupuestos Generales del Estado año tras año. Si tenemos en cuenta los datos ofrecidos en el informe sobre Gasto Militar 2015⁵³, el gasto estimado para 2015 será más de cuatro veces superior al reconocido por el Ministerio (23.373,93 millones de euros frente a 5.767,77). Un gasto que, amén todo

52 <https://prezi.com/edqe4v5jheqg/directiva-de-defensa-nacional/>.

53 <https://es.scribd.com/doc/247956826/GASTO-MILITAR-ESPANOL-2015>.

ello, cuenta con otras nefastas características: es oculto, opaco, no está sometido a control, se destina a la injerencia militar, nos sigue considerando objetivo militar o enemigo interno y es insolidario en comparación con las múltiples necesidades sociales.

3. Los intereses militares no son los intereses de todos y todas. Que existe una “casta” militar no necesita mucho esfuerzo argumentativo cuando, como ocurre ahora, lo reconocen hasta los militares críticos. Que la existencia de esta “casta” y la protección de sus intereses provoca despilfarro y corrupción sistémica, tampoco. Pero, con ser un problema, no es sino una parte del problema. En la actualidad el aparato militar español es desmesurado a todas luces. Del gasto militar comen cerca de 3.300.000 personas (y votos cautivos). Entre los funcionarios de la administración estatal, más del 44 por ciento son militares o guardias civiles y la tasa de reducción de este porcentaje ha sido ínfima en esta crisis. Sus salarios, trufados de complementos envidiables, no son similares a los del resto de los funcionarios.

El PP planea incorporar militares excedentes a otras tareas de funcionariado civil en un intento de que la restante administración se discipline y aproveche los *valores* y *conocimientos* de nuestros militares. La actual tasa de mandos/soldados es de un mando por cada 1,8 soldados, con un evidente sobredimensionamiento y una cantidad desmesurada tanto de efectivos como de mandos. El 78,3 por ciento del presupuesto del Ministerio de Defensa se destina a pago de salarios de los militares, lo que equivale a decir que su principal actividad consiste en pagar sueldos. Además, los militares gozan de diversos descuentos y privilegios legales en viajes en aviones o trenes y en transportes públicos, centros de recreo, vacaciones, cursos, regímenes de homologación y convalidación de estudios, prioridades de acceso a puestos de trabajo públicos, ayudas a la vivienda, etc.

La estancia en operaciones en el exterior implica grandes emolumentos económicos, por lo que el intervencionismo propiciado por el Estado viene personalmente muy bien a muchos militares involucrados en estas operaciones. Si atendemos a la estrategia de defensa nacional y a lo que los ejércitos defienden, y principalmente a la idea acuñada de defensa de los intereses de España más allá de las fronteras (idea muy similar a la de gran área que justificó aventuras militaristas indeseables), y a la aberrante tesis que reivindica la defensa de las “fronteras avanzadas” (Mali, Somalia, Centroáfrica, etc.), lo cierto es que los intereses militares y los nuestros no son los mismos ni parecidos.

4. España es un país encuadrado en la OTAN, partícipe de la idea imperialista del escudo antimisiles y altamente implicado en el intervencionismo militarista occidental. Cuenta con diversas bases militares estadounidenses, incluidos dispositivos del escudo antimisiles que ponen en el punto de mira internacional la seguridad de la población española. Participa activamente, a su vez, en la estrategia de la OTAN. También participa económica y materialmente en los cuerpos militares de la Unión Europea, que posee una doctrina militar propia (y por cierto sumamente intervencionista), un cuartel general propio, bases y cuarteles propios, una industria militar propia y potenciada desde una Agencia Europea de Armamentos muy activa en el rearme y un cuerpo de espionaje propio, por no recordar que los militares con los que cuentan los países de la UE superan los dos millones de efectivos, con un gasto anual conjunto de más de 200.000 millones de euros.

5. España un país altamente intervencionista. Desde Felipe González hasta Rajoy, España ha participado en más de 70 operaciones militares en el exterior, en las que ha gastado 8.089,94 millones de euros hasta mayo de 2012 y a las que destina anualmente más de 800 millones de euros. Esto nos sitúa en el segundo lugar de los países europeos en intervencionismo y en el quinto puesto mundial (una de las pocas cosas en que España ocupa

tan alto puesto). Con similar cantidad económica, ¿qué se habría podido hacer en cuanto a promoción de los pueblos, desarrollo humano, solidaridad, Objetivos del Milenio?

Nuestro intervencionismo está íntimamente unido a dos factores más: la generación de conflictos por las malas y violentas políticas del bloque al que pertenecemos -y por las propias acciones intervencionistas- y la venta de armas.

6. España, séptima potencia exportadora de armas del mundo. España basa una gran parte de su cacareado potencial exportador en la venta de armas. En concreto, aparece como la séptima potencia exportadora mundial, con algunos de los Estados más indeseables entre nuestros compradores. Tiene a gala haber firmado cuanto convenio mundial e internacional sale a escena sobre la venta ética de armas, a pesar de lo cual se dedica a vender a troche y moche sin ninguna restricción y saltándose a veces a la torera la legislación al respecto⁵⁴.

Sonroja el papel desempeñado por altas instancias del Estado en la venta inmisericorde de armas, creando cortejos de mercaderes acompañados de las más altas magistraturas del país en su nefasto negocio. El papel del armamentismo español, como se ve, es esencial para entender el de nuestro militarismo, la posición mundial que la elite obtiene gracias a él y, cómo no, las responsabilidades de España en el desorden mundial vigente.

7. El complejo militar industrial *made in Spain*. El conjunto de intereses políticos, económicos, empresariales, financieros y militares está empeñado en construir un “polo militar industrial” *made in Spain* enfocado a la exportación de armas y al abastecimiento a nuestro ejército. Se pretende hacer descansar este polo sobre la base de la empresa INDRA, integrando a las otras divisiones de la industria militar española como Navantia (en números rojos), la parte española del gigante EADS, Hisdesat, Airbus..., todo ello bajo la batuta del organismo autónomo militar INTA. Es curiosa la sintonía de PP y PSOE en el intento y la singularidad de un extenso y escandaloso “girapuertismo” político en la industria militar, que involucra a exministros, altos cargos, militares y políticos. Para mayor complejidad, también vinculan los intereses nada solidarios de la gran banca, el principal inversor y el principal acreedor a la vez de la industria militar española, con espectaculares beneficios por la venta de armas y guerras.

8. ¿Para qué sirve el ejército: cañones o mantequilla? España es un país muy militarizado. Lo prueban entre otras cosas la notable presencia de funcionariado (por llamarlo de algún modo) militar y paramilitar y el hecho, ya comentado, de que más de 3.300.000 personas comen directamente gracias al gasto militar. El ejército ha expandido las misiones que tradicionalmente tenía encomendadas para alcanzar otras tareas que afectan a la seguridad entendida desde un enfoque no militar: por ejemplo, contamos con una Unidad Militar de Emergencias financiada con varios cientos de millones de euros (por cierto, tras cada intervención de la UME pasan la factura a la administración correspondiente por los servicios prestados). La Guardia Civil es el principal cuerpo vinculado con las políticas migratorias españolas y su dedicación fundamental no es precisamente crear un círculo virtuoso de migración regulada y respetuosa de los derechos. Asume crecientemente funciones civiles desde la óptica de la seguridad militar que les es propia, expandiendo el militarismo. La propia policía participa con probada estrategia militar en el control social de la población levantisca, como muchos hemos experimentado. Se ha constituido una sección específica de ciberguerra, que se encarga, entre otras cosas, de luchar contra el “ciberactivismo” e indagar en nuestras intimidades, al considerar que los riesgos difusos (y a veces fantásticos) que persiguen nos convierten en enemigos internos propiciatorios.

54 <http://www.utopiacontagiosa.org/2014/07/23/cuestion-legal-joder-que-mal/>.

Algunos mandos militares han recordado también el papel del ejército conforme al artículo 8 de la Constitución y como garante de la integridad territorial (ante el conflicto catalán) y el orden constitucional (ante el intento de cambio sustancial y democracia real). El ejército es el segundo terrateniente de España, contando entre sus propiedades con bienes inmuebles en ciudades y pueblos, con espacios naturales que usa a su antojo y degrada con sus actividades, y con todo tipo de instalaciones, incluyendo palacios, castillos, edificios... Es más: una gran parte de este patrimonio es usado por el ejército para la especulación económica, por medio del INVIED, vendiendo, comprando y dando pelotazos. Por si fuera poco, las leyes estatales permiten que el ejército pueda afectar los restantes bienes de los particulares o administraciones al interés militar, impidiendo el uso, actividades, e incluso la inscripción registral, constitución de cargas o venta de los mismos. El despliegue de intereses muy discutibles en Canarias⁵⁵ o en Andalucía⁵⁶ muestra un nefasto camino de militarización constante y creciente del territorio, que condiciona las propias capacidades de desarrollo de los pueblos. A tanto llega el militarismo que incluso los créditos que se ofrecen a la industria militar para financiar la fabricación de armas se otorgan a interés cero y los pedidos iniciales aumentan con el tiempo su precio final hasta en un 50-100 por ciento. Si repasamos la historia de España, empezando por la más reciente, el ejército es uno de los frecuentes desencadenantes de la regresión política y de la imposición de las políticas de la derecha radical. Con la excusa de que sirve para la defensa del orden, es una permanente amenaza a nuestros derechos. A pesar de la buena intención del círculo militar de Podemos, que profesa un emocionante amor al pueblo y una convicción en el ideal de ejército del pueblo angélica y hasta estragantemente dogmática, el ejército es lo que es y está para lo que está. Perpetúa el paradigma de dominación y violencia vigente, y condiciona los derechos a la vigencia de éste y su lógica.

9. Lucha social noviolenta o defensa militar. ¿Será que si Podemos alcanza el poder (si es que el poder es alcanzable, como si fuera una esencia y no una relación que se entabla en la que elegimos obedecer o no hacerlo, desplazando el poder de lugar) necesitará una fuerza militar de choque para que no se lo arrebate nadie *manu militari*? ¿Será que el cambio en que tanta gente, de Podemos y de la que no es ni quiere ser de Podemos, ha empezado a materializar necesitará un paso final por la fuerza de las armas? ¿Será necesario una especie de Trotsky que con sus círculos de soldados perpetre el golpe final? Si es así, los ciudadanos y nuestras luchas sociales no pintamos nada.

Lo logrado hasta ahora, desengañense, no es fruto ni se debe a ningún poder violento y mucho menos a una fuerza militar. No hay defensa militar, ni paramilitar, de la transformación social que se ha emprendido. Lo logrado lo es por la lucha social, por la organización horizontal y antidogmática, por la apuesta por el trabajo de base, por las estrategias desobedientes, creativas, por la movilización, por las pequeñas victorias sectoriales, como las del 15-M o las de las plataformas antidesahucios, por el debate constante en el ágora de la calle, en relación con la enseñanza, la sanidad, la ecología, o por la vivencia de modelos alternativos de relaciones, de consumo, de cooperación y cuidados mutuos y tantas otras. ¿Todo esto necesita ahora una defensa armada? ¿No es nuestra lucha social nuestra defensa? Y, lo que es más grave, la militarización de cualquier lucha conlleva una factura inmensa que lastra los propios logros.

10. ¿Puede permitirse Podemos un rechazo del antimilitarismo y pacifismo arraigado en este pequeño punto del imperio? Podemos aspira en su mensaje táctico a cierto

55 <http://www.utopiacontagiosa.org/2014/03/26/el-coste-militar-del-petroleo-canario/>.

56 <http://www.utopiacontagiosa.org/2014/08/06/la-cada-vez-mas-preocupante-militarizacion-de-andalucia/>.

eclecticismo que permita aglutinar gentes de todos los espectros. Por eso tal vez renuncia a una definición cerrada, que impida la adhesión de quienes pertenecen a alguna orientación más o menos definida, pues quiere ganar las mayorías, y las mayorías, en una cultura pluralista y posmoderna como la nuestra, huyen, se supone, de etiquetas indelebles y de lo que llaman “radicalismos”. No vamos a entrar en la discusión de si esto es más o menos acertado desde el punto de vista estratégico: nos limitamos a constatar este juego táctico.

Pues bien, un caladero de adhesión de Podemos, precisamente, lo componen el pacifismo y el antimilitarismo. Puede que ahora su nivel de organización no esté en las mejores horas, pero no es desdeñable su influencia, ni la cantidad de gente que hace años se declaró objetora de conciencia al servicio militar (cientos de miles de personas), ni hay que olvidar a los muchos que estuvieron dispuestos a luchar incluso llegando a la prisión por sus ideas. Muchos y muchas de ellas están en los diversos movimientos sociales y, por supuesto, no olvidan sus raíces antimilitaristas y noviolentas.

Primero, porque en su día se articuló una lucha social importante contra el militarismo, con capacidad para penetrar en la mentalidad social de forma amplia, de plantar cara mediante la insumisión a las leyes, de conseguir la victoria de la abolición de la conscripción, de obtener apoyos significativos de las bases sociales más concienciadas, pero también de la gente de a pie, y, lo que es más importante, de poner en juego formas de lucha social que se han extendido en la práctica social posterior, como la desobediencia y la acción directa noviolenta, junto con un esfuerzo encaminado a hacer que la población asimile gran parte de los postulados noviolentos y pacifistas en su propia comprensión política. Porque las propuestas de objeción fiscal al gasto militar, de lucha contra la militarización de las escuelas, de aprendizaje de la desobediencia civil, de contestación de las bases y campos de tiro, de alternativas a la defensa militar y otras están vigentes hoy en día y son asumidas, con toda evidencia, por una gran parte de los movimientos sociales más dinámicos. Y porque muchos y muchas de los pacifistas y antimilitaristas insumisos militan hoy en otro tipo de luchas, incorporando a éstas su propio talante y enriqueciéndolo con los discursos de esas otras luchas.

11. Estos diez puntos se concretan en cuatro preguntas. O quizá en un debate general: ¿es posible una alternativa de transformación: pasar de la defensa armada a la defensa noviolenta? Este debate necesita estructurarse, de forma ordenada, preguntándonos por cuestiones que, al parecer, son molestas para quien, a la larga, fía el éxito o el fracaso en una guardia pretoriana que lo defienda, mística guerrera en mano, ante un eventual rechazo del poder fáctico.

¿Qué es lo que hay que defender? Porque conviene señalar que es diferente apostar por mantener una fuerza militar, por defender violentamente la integridad territorial y otras esencias, por apoyar el desmesurado gasto militar -en detrimento del social-, el intervencionismo, el seguidismo de la estrategia de defensa europea y de la OTAN y EE.UU., la ocupación del espacio social por propuestas de control cada vez más autoritarias y militarizadas, la militarización del territorio, la expansión del militarismo hacia espacios tradicionalmente civiles, la preparación permanente de la guerra y la amenaza de su uso y el largo etcétera que constituye el paradigma de la defensa armada, que apostar por la defensa de los bienes sociales básicos, de los derechos humanos con contenido efectivo, de bienes colectivos como la educación, la sanidad, el trabajo decente, la solidaridad entre los pueblos y unas relaciones internacionales justas y tantos otros, que defender el tránsito hacia una economía de escala humana que apueste por el decrecimiento, por el respeto de la naturaleza, y un largo etcétera que, necesariamente, se vuelve antagónico del ideal de defensa militar. Los amigos y enemigos, en uno y otro caso, son palmariamente diferentes y no cabe todo.

¿Quién es quien tiene que defendernos? Porque no es lo mismo pensar en decisiones soberanas, tomadas entre todos, y en el desarrollo constante, permanente, de la defensa por parte de todos que fiar la defensa a una “casta” cualquiera, a cuerpos especializados de defensores que actúan en situaciones críticas, a ejércitos permanentes que se preparan para una respuesta de violencia disuasoria. Para defender la ecología preferimos, por poner un ejemplo, la organización de la gente, las organizaciones ecologistas, cuanto más de base y más igualitarias, cuanto más centradas en metodologías coherentes, mejor, que a la UME o al SEPRONA, y lo mismo nos pasa si hablamos de transformar las relaciones patriarcales, donde no vemos el papel de un ejército que imponga cambios transversales, o si nos referimos a la lucha contra la pobreza, o a favor de la vivienda digna.

¿Cómo hay que hacer esa defensa? Porque, del mismo modo, no nos parece igual preconizar la práctica militar y violenta, cuya supuesta eficacia para resolver cualquiera de los conflictos que hemos visto hasta la fecha ha quedado desacreditada por los propios hechos, que proponer la lucha social, las prácticas liberadoras, la lucha noviolenta que hasta ahora venimos practicando organizaciones, grupos y personas.

¿Qué proceso gradual, en su caso, podemos asumir para ir quitando poder al modelo actual de defensa y dotándonos de una alternativa? Porque desembarazarse de todo un modelo militar de defensa y de sus estructuras no es cosa de un día, sino de un largo proceso orientado a quitar gradualmente poder al paradigma violento y a nutrirnos a la vez (no después) del poder alternativo del paradigma de la cooperación-noviencia, cambiando de raíz la sociedad y sus mentalidades.

Podemos, el Estado y las naciones: máxima teoría, poca realidad

Jordi Martí Font

Día 5 de febrero de 2015. Una clase de primero de la ESO en un centro de Secundaria de enseñanza pública de El Vendrell, la pequeña capital de la comarca del Baix Penedès en los Països Catalans. Cuatro niños acaban un trabajo de la asignatura optativa de introducción al periodismo. Consiste en crear en grupo un periódico completo con su portada, sus noticias, secciones, etc. En la portada de su periódico, que lleva por nombre *Demà* (“Mañana”), una noticia destaca por encima del resto. El titular dice: “Pablo Iglesias gana las elecciones al PP y al PSOE e impide la independencia de Catalunya”. Preguntados, como el resto de alumnos, sobre por qué han creado o inventado tal noticia, los cuatro responden al unísono: “Es el único que puede hacerlo”.

Es sólo una anécdota sin más importancia, y evidentemente sin ningún valor estadístico, pero tiene relación con lo real sin recoger por ello las intenciones reales de Podemos (hasta el nombre del partido ha desaparecido). Nos indica, con todo, que hay parte del mensaje de Podemos que escapa de las manos de los que diseñaron o diseñan las formas del programa y, seguramente, de las intenciones de los miembros de la organización. ¿Qué habrá llegado a esos cuatro niños de El Vendrell, desde la televisión o desde sus familias, para que atribuyan la característica de antiindependentista a Pablo Iglesias y piensen que es él -y su fuerza política, añadimos nosotros- el único que puede parar con éxito la independencia de Catalunya?

Constataciones

Decía al abogado, y miembro de Podem, Jaume Asens, en un artículo reciente en *publico.es*⁵⁷, que el derecho de autodeterminación de los pueblos se encuentra en el ADN de Podemos. Y, efectivamente, en el manifiesto “Mover ficha” con que se hacía el llamamiento para crear Podemos y presentarlo a las elecciones europeas de 2014 se decía: “La democracia no nos da miedo a las y los demócratas; estamos encantados y encantadas de que escoceses y catalanes puedan hablar y decir qué futuro desean. Por tanto, [la nueva entidad política naciente] apoya la celebración de la consulta convocada en Catalunya para el 9 de noviembre”. En el programa para la europeas, este enunciado concreto se convertía en otros de carácter más generalista en los que se expresaba el deseo de “garantizar la celebración de referéndums” que debían ser vinculantes, a la vez que se hablaba del “reconocimiento del derecho a decidir. Reconocimiento del derecho de los distintos pueblos de Europa a constituirse como tales y decidir democráticamente su futuro”. Fijémonos que la apelación concreta a Catalunya y Escocia desapareció en los pocos meses que pasaron entre el que para muchos es el manifiesto fundacional -o uno de ellos- de Podemos y su programa electoral europeo. Nada extraño si comparamos otros aspectos del programa de la formación política. A partir de aquí, para seguir la evolución del derecho de autodeterminación y su concreción final en la realidad de las naciones del Estado español no tenemos textos oficiales de la organización que nos marquen cambios importantes, aunque con cada declaración de alguien que no es de Madrid o del núcleo dirigente de la organización vemos cómo la tónica en Podemos es la diversidad de opiniones y nadie, hasta ahora, ha unificado discursos o ha planteado debates públicos de confluencia.

57 <http://www.publico.es/opinion/articulos/cup-y-catalunya.html>.

Por una parte, Gemma Ubasart, la actual líder de Podemos en Catalunya, tanto orgánica como mediáticamente, apuntaba en diciembre que Podem introduciría un "elemento realista" en el debate soberanista catalán, al tiempo que insistía en afirmar que el derecho a decidir no se consigue "a través de la voluntad y deseándolo muy fuerte", sino "haciendo política". Al mismo tiempo aseveraba que veía "muy poco factible" un referéndum... Marc Bertomeu, otro de los portavoces de la formación, en este caso en Barcelona, declaraba, ante las acusaciones de lerrouxismo que parte del espectro independentista catalán lanzaba contra su formación, que "Podemos no será una losa para el proceso soberanista, al contrario". En el mismo espacio territorial, personajes como Enric Martínez, líder de Podemos Unidos en Catalunya, advertía, en relación con los votantes del nuevo partido en Cataluña, que "la mayoría se sienten españoles y la independencia les tiene hartos". Aunque este sector explícitamente unionista liderado por Martínez es orgánicamente menor y él mismo ha sido denostado por la dirección estatal, el hecho de que, a pesar de las declaraciones a que me he referido antes, sectores como éste vean en Podemos un espacio para el unionismo debería ofrecernos alguna clave sobre la posible función del partido en los diversos conflictos nacionales que recorren el Estado español desde tiempos antiguos.

Es evidente que, aunque existan las declaraciones antes aludidas, incluso como parte del programa único presentado a unas elecciones por la formación, además de esgrimir las ante sectores independentistas externos a Podemos, no son la carta de presentación del partido ni el núcleo del discurso de sus dirigentes ante casi ninguno de los públicos o electorados que Podemos tiene o ve como propios. Constató que, a pesar de estos sectores militantes que son unionistas explícitos, queda bastante claro que Podemos defiende por escrito el derecho a decidir, el derecho a hacer referéndums vinculantes e incluso el derecho a la autodeterminación de los pueblos de Europa. Por tanto, podemos afirmar, tal como gusta de hacer a sus dirigentes en Catalunya, que por primera vez alguien que puede llegar a tener el poder en el Estado español habla, como mínimo, de la posibilidad de independencia de alguna de las partes de ese Estado. En este mismo sentido se pronunciaba el historiador, especializado en procesos constituyentes, Xavier Domènech, miembro del Procés Constituent de Forcades y Oliveres, en el artículo "Podemos a Catalunya... de Catalunya", publicado en *Crític* el 13 de noviembre de 2015. Afirmaba Domènech que la posición de Podemos era "inconfundiblemente favorable a la autodeterminación de Catalunya, e incluso a la desobediencia institucional si aquélla se prohíbe", lo que suponía que "por primera vez existe la posibilidad de contar con un aliado fuerte en el Estado para conseguir su ejercicio efectivo". Dicho esto, queda también claro que el proceso independentista catalán no va a pararse (por mucho que lo intente Mas o lo exija el Estado) y que habrá que ver, una vez Podemos consiga la representación que le corresponda en el Congreso de los Diputados, qué determinaciones emprenderán los representantes de la formación ante el siguiente reto soberanista catalán, que será el que ponga en cuestión las declaraciones y textos escritos a partir de su confrontación con la realidad.

Papeles menores o... el secreto está en la masa...

El pasado 11 de febrero de 2015, el diario *publico.es* recogía el manifiesto "Podemos: plurinacionalidad y derecho a la autodeterminación". Se trata del texto más claro sobre las naciones del Estado español y su derecho a la independencia, así como el programa de Podemos al respecto. El texto estaba firmado por cuatro candidatos a secretarios generales de Podemos en cuatro comunidades autónomas. Eran Gemma Ubasart, candidata en Catalunya, además de secretaria de plurinacionalidad en el ámbito estatal; Roberto Uriarte, candidato a secretario general en el País Vasco; Breogán Rioboo, en Galicia, y Toni Bennàssar, en

Balears. El manifiesto apostaba sin fisuras por la defensa del derecho de autodeterminación basándose en la afirmación de que son los ciudadanos quienes deben decidir en qué modelo territorial quieren vivir y afirmaba que “entendemos el Estado español como país de países, valorando positivamente la rica diversidad cultural y lingüística”. Su proyecto defendía la plurinacionalidad frente a la uniformización y optaba por una reformulación del modelo de Estado que pasaba por “tres dimensiones”: el reconocimiento del carácter plurinacional del Estado, la reforma del sistema de financiación y una reconsideración del modelo de organización territorial.

Aunque el texto también afirmaba que dentro de la actual Constitución Española existía la posibilidad de ejercer el derecho de autodeterminación, concretamente a partir de los artículos 92 o 150.2, agregaba que si no eran suficientes cabía la posibilidad de elaborar un nuevo texto. Es más que evidente que el artículo 92, que regula la celebración de referéndums (consultivos), es inviable para solucionar esta cuestión, ya que “el referéndum será convocado por el rey, mediante propuesta del presidente del Gobierno, previamente autorizada por el Congreso de los Diputados”. Por mucha imaginación que tengamos, no me llega para ver un referéndum de autodeterminación en España en estas condiciones, al margen de que nunca dejaría de ser consultivo, y de este tipo Catalunya ya ha tenido uno. Por lo que se refiere al 150.2, éste es un artículo de transferencias de “facultades correspondientes a materias de titularidad estatal que por su propia naturaleza sean susceptibles de transferencia o delegación”. Podemos no va a ganar las elecciones por mayoría absoluta y por tanto necesitaría de un acuerdo general con otra u otras formaciones políticas para llegar a ese acuerdo. Un acuerdo que sería utilizado como arma arrojadiza por el PP y dejaría en una posición muy delicada a quien se sumara a él. La reforma de la Constitución Española para llegar a un Estado de estas características parece aún más lejos, ya que se necesitan 234 diputados en el Congreso que apoyen esa reforma y las encuestas más favorables dan a Podemos algo más de un centenar... Concluimos que se trata de formas de llegar a la autodeterminación que son puertas en sí mismas, aunque los firmantes del texto sí dejen claro que la cuestión preocupa a algunos sectores de la formación política y parece que se esfuerzan por construir un encaje posible o un método que podría ser eficaz para salir del atolladero al que las movilizaciones y la vía catalana han llevado al Estado y a quien se plantea qué forma debe tener éste.

En el manifiesto al que nos estamos refiriendo, los presuntos próximos cuatro secretarios generales de Catalunya, Balears, País Vasco y Galicia reclaman un compromiso de las instituciones en la defensa y promoción de las lenguas catalana, vasca y gallega, exigiendo un blindaje de la inmersión lingüística y la introducción del conocimiento de estas lenguas dentro del currículum escolar en los territorios no bilingües. Una causa importante que queda bien clara pero que resulta de momento insuficiente por los actores implicados, ya que las agresiones más duras del nacionalismo español en el ámbito lingüístico catalán se han hecho valer, aparte de en Balears o Catalunya, en dos territorios que no aportaron secretarios generales a los firmantes del manifiesto -el País Valencià y Aragón-, y, en el caso vasco, en Navarra, que tampoco aportó firma alguna. De momento, no sabemos cuál es la intención de los representantes de Podemos en estos territorios ante los respectivos conflictos lingüísticos...

En el caso de Balears, el comunicado era importante ya que también se refería a “la lucha contra el decreto de trilingüismo, que ha pretendido romper el consenso social existente desde el año 1983 en torno a la ley de normalización lingüística”. Esa lucha llevó a la comunidad educativa balear a una huelga general indefinida a comienzos del curso 2013-14. El texto servía, a la vez, para cerrar la polémica lingüística en Podemos de Balears después de que en noviembre de 2014 en el círculo de Eivissa se negara la posibilidad de expresión en catalán a algunos de los miembros en una de las asambleas. Este proceso, explicitado en el

texto que comentamos, supone sin duda alguna un importante salto hacia delante en el marco español, aunque no podemos menospreciar propuestas anteriores de actores políticos que hicieron lo mismo o parecido en contextos históricos de cambio y acabaron dejando sus propuestas escritas en cajones oscuros de sus despachos una vez el cambio les llevó a tocar poder. El PSOE sería un buen ejemplo de ello, con sus propuestas autodeterministas, hasta que llegó a La Moncloa. Sin afirmar que ése sea el camino de Podemos, está claro que lo importante es ver cómo los textos toman vida y se convierten en realidad...

Pero, mientras el poder o su gestión no llega, hay otras cosas importantes e imprescindibles por hacer. Si Podemos cree realmente en una solución federal (real en este caso, nada que ver con la palabra utilizada por el PSOE) al debate nacional en el Estado español debería llevar sus propuestas al ágora pública y exponerlas y darlas a conocer más allá de los espacios de sabios y expertos. Éste es un Estado -y ésta es una sociedad producto en buena parte de ese Estado- uniformizador y uniformado, y si las propuestas no van más allá de los expertos, por todas las emociones que pueden aflorar y por todos los tópicos que se deben romper, están llamadas a quedarse sólo en propuestas. Un cambio de este calibre en el nivel estatal en la percepción general de las realidades nacionales, culturales y lingüísticas en el Estado español necesita de una maquinaria de propaganda, de debate y de acuerdo impresionante que de momento no ha aparecido por ningún lado... Y creo que éstas no son preocupaciones sin importancia, sino, precisamente, el centro del debate. Más allá de las declaraciones de intenciones, ¿qué va a hacer Podemos para convertir el Estado autonómico español en una nación de naciones de base federal? ¿Como llegará a ese federalismo respetuoso con las diferencias? ¿Cómo extenderá su mensaje a la ciudadanía, a la cual a día de hoy prácticamente no ha hablado sobre la cuestión fuera de espacios sensibles como Catalunya? Es un misterio...

¿Pero qué quiere Pablo Iglesias?

En un partido en el que el líder no es una anécdota sino aquello común e incuestionable que justifica en buena parte la organización, los seguidores -en algunos momentos más bien los *fans*- y el mismo discurso de puertas afuera, no está de más ver qué piensa ese líder sobre la nación y la plurinacionalidad, el derecho a la autodeterminación y el Estado mismo.

Preguntado, por urgencias periodísticas del momento, Pablo Iglesias en repetidas ocasiones sobre si el “derecho a decidir” al que se refiere Podemos incluía, en el caso de los ciudadanos y ciudadanas catalanes, la posibilidad de elegir sobre la independencia de Catalunya, sus respuestas han sido siempre claras en el sentido que en democracia todas las posibilidades de relación con el Estado, y todas son todas, deben poder discutirse. En ese sentido podemos entender las palabras de valoración sobre la consulta sobre la independencia de Catalunya del pasado 9 de noviembre de 2014, recogidas en Cuatro tres días después de esa fecha, cuando Iglesias afirmó que la propuesta de su partido pasaba por abrir un "proceso constituyente" en España que resuelva, entre otras cosas, la "cuestión territorial". El proceso propuesto era “en España” y era ese sujeto quien debía “resolver” su “cuestión territorial”. Era fácil de entender si tenemos en cuenta que en esas mismas declaraciones Iglesias afirmaba que él no quería “que Cataluña se vaya de España, sino construir un futuro juntos”, porque entendía que España “es un país de países, un país plurinacional” y “existen mecanismos institucionales para apostar por fórmulas de convivencia territorial”. El método para llegar a ese objetivo no era otro que “la tolerancia, la moderación y el buen talante”. Algunas palabras nos suenan por dichas y repetidas por otros labios...

Parece claro que el objetivo de Iglesias no pasa por que el pueblo que así lo decida ejerza el derecho de autodeterminación, primero porque España es el único pueblo que es

sujeto en lo que él mismo esboza como solución al “problema español” y segundo porque su objetivo personal no es la independencia de Catalunya, por ejemplo, sino un encaje cómodo de ésta dentro de España, que es el elemento indisoluble que vuela en su cabeza y al cual se dirige cuando habla.

Las referencias nacionales y patrióticas del mismo Iglesias en la reciente marcha a Madrid de Podemos (citó el Dos de Mayo, el Quijote, la “patria”, etc.) son claramente españolas, pero de una España de cultura inequívocamente española y castellana. Nada de la diversidad a la que se refiere cuando habla sobre “el problema territorial”, sino la España de siempre con nueva música. Está claro que debemos entender la lucha por el término “patria” dentro de una guerra simbólica por arrebatar palabras centrales a la derecha española, que las ha hecho completamente suyas. Pero, si sigue el camino del discurso de la Puerta del Sol, ese proceso va directo a estrellarse, no sólo contra los límites de conceptos como “patria”, que la derecha ha patrimonializado y definido de una forma única y excluyente, sino contra la repetición de contenidos nacionales alejados de las palabras que después se escriben en manifiestos y proclamas que pocos leen y aún menos aplican.

¿Plurinacionalidad, autodeterminación, diversidad?, ¿dónde?, ¿cuándo?

Llegados a este punto, hay que afirmar que si las propuestas que solucionan grandes problemas las escondemos en programas y dejamos ver públicamente sólo los tópicos que queremos arrebatar a la derecha, nuestro mensaje quedará completamente difuminado. Si insistimos en la “patria”, el Quijote y el Dos de Mayo sin haber hecho un trabajo previo de cambio de *chip* nacional, los niños de 12 años que nos escuchen entenderán que Pablo Iglesias es un buen elemento para impedir la independencia de Catalunya, porque a eso remite hoy el significado de la nación y de la patria españolas: a la negación de la diversidad y, evidentemente, a la del derecho de autodeterminación.

Como quiera que, a juzgar por sus papeles, no parece ésa la intención de Podemos, si realmente esa fuerza política quiere cambiar algo en el plano estatal, abriendo un espacio para la plurinacionalidad del Estado e incluyendo entre los principios democráticos asumidos por las gentes del Estado español la autodeterminación efectiva de los pueblos, o lo explicita claramente -de forma radical y a la vez pedagógica- ante las masas a las que se dirige desde programas televisivos con audiencia millonaria o nada será diferente a como lo era ayer.

Aunque es verdad que en Podemos todo se mueve positivamente en el plano teórico por lo que se refiere a las formas que el Estado español tiene reservadas a las naciones que se encuentran hoy en día en su interior, ese movimiento continúa siendo imperceptible para la mayoría de los posibles votantes del nuevo partido... La solución federal real, con posibilidad de independencia para las naciones hoy presas en el Estado español, continúa siendo “secreta” para la mayoría de los posibles votantes de Podemos que sí conocen, en cambio, otras muchas partes del programa del partido... ¿Táctica para no espantar a las masas españolizadas en un sentimiento patriótico excluyente o materia menor para un partido que dice querer cambiarlo todo pero de momento no incorpora el cambio territorial en su discurso general? La solución, próximamente, en sus pantallas.

Claves internacionales de Podemos: la delgada línea floja

Ángeles Díez Rodríguez

Son muchos los sectores sociales que, embargados por la esperanza de que algo cambie en el panorama político del Estado Español o fascinados por la irrupción performativa de un *look* juvenil, justifican las variaciones en el discurso del líder de Podemos afirmando que se trata de habilidad política para ganar votos, es decir, de meros recursos discursivos necesarios para competir y *ganar* en el campo electoral. Así, renegar de las relaciones con Venezuela, ponerse una kipá, símbolo judío, en Jerusalén, justificar la no participación en la marcha contra la base militar de la OTAN en Rota, o, más recientemente, declarar su intención de entrevistarse con el embajador de Estados Unidos, son vistos por los miembros y simpatizantes de Podemos como un camino necesario hacia la conquista del parlamento, contradictorio sólo en la superficie, y coherente con el objetivo último de ganar las elecciones. Otros consideran que los cambios de discurso, especialmente en relación con Venezuela, son una traición a los ideales iniciales que defendían los promotores de Podemos. Finalmente, hay quienes estiman que los nuevos posicionamientos internacionales del partido de Juan Carlos Monedero y Pablo Iglesias muestran la verdadera realidad de una fuerza política creada *ad hoc* sobre una estructura ideológica que, frágil y posmoderna, permite estos virajes en función de la coyuntura.

Para analizar cuánto hay de cierto o de equivocación en estas opiniones, así como para caracterizar un hecho mediático-social como Podemos en uno de sus aspectos más sintomáticos (su posicionamiento internacional), es necesario partir de las acciones objetivas que les dan sentido, es decir, que nos permiten comprender el por qué (los fines) y el cómo (los medios) de este partido. Considerando los hechos, tenemos una formación política cuyos promotores analizaron previamente la situación del mercado electoral y encontraron un vacío susceptible de ser llenado. Las movilizaciones masivas del 15 de mayo de 2011, las distintas mareas (movilizaciones sectoriales), las marchas por la dignidad, la desafección política que mostraban los barómetros del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), todo apuntaba a una creciente deslegitimación del sistema político y de sus estructuras administrativas. El diagnóstico más superficial estableció que las demandas sociales se dirigían mayoritariamente a un sistema político incapaz, ya en esos momentos, de dar una mínima respuesta que aplacara la “indignación” social. Los casos de corrupción, la transferencia de la deuda privada al Estado, dando lugar a su quiebra técnica, el paro galopante y la falta de expectativas dirigían el descontento social de forma recurrente hacia el sistema político.

Para el grupo promotor de Podemos se planteó un fin nítido desde el inicio, es decir, desde el mismo momento en que se vislumbró la oportunidad de incursionar en la arena electoral: capitalizar el descontento social convirtiéndolo en triunfo electoral. Ese objetivo quedó claramente expuesto y fue reiterado constantemente por su secretario general, Pablo Iglesias: “Nuestro objetivo es *ganar*”, repitió una y otra vez. Sus precocinadas y estereotipadas intervenciones buscaron la sintonía con los espectadores de las tertulias, estableciendo analogías con el deporte rey, el fútbol⁵⁸. La identificación con Diego Pablo Cholo Simeone, el entrenador del Atlético de Madrid, le permitió manejar una construcción de sentido simple y ya interiorizada, adaptada al medio televisivo, a saber, un equipo con menos recursos que los demás, con menos estrellas futbolísticas, que se plantea ganar partido a partido, y que entona el lema “sí se puede” y, en definitiva, despierta *ilusión* por ganar.

Cuando el líder mediático de la nueva formación apareció en público tras el éxito electoral en las elecciones europeas del 25 de mayo de 2014, algunos se sorprendieron de su

⁵⁸ Jacobo Rivero, conversación con Pablo Iglesias, <http://www.turpial.com/home/catalogo/conversacion-con-pablo-iglesias-jacobo-rivero/>.

cara compungida diciendo “no es suficiente... nosotros queremos ganar”. En ese momento estaba expresando de forma sencilla lo que tantas veces había repetido como tertuliano en los *shows* televisivos: ganar, ganar, ganar.... ¿Ganar qué? La puesta en escena, los recursos simbólicos, todo al servicio de un objetivo que en ese momento se trasladaba de las elecciones europeas a las generales del Estado español. En el *blog* de Pablo Iglesias -es imposible distinguir si se trata de un *blog* personal o del de su partido- se afirmaba tras las elecciones europeas: “Esto es sólo el principio”, “por ahora nosotros no hemos cumplido nuestro objetivo de superarles”⁵⁹, “Podemos no nació para ocupar un papel testimonial. Nacimos para ir a por todas”, “nuestro objetivo es ganar las elecciones y gobernar”⁶⁰. El entrevistador Jordi Évole afirmó que el secretario general de Podemos, tras las elecciones europeas, “nos dijo una cosa con la que yo flipé: que si no ganaba las elecciones (generales) se iba, que había venido a ganar y que, si no ganaba y se quedaba de diputado cuatro años, igual le veían como uno de la ‘casta’”⁶¹.

Partiendo de este objetivo explícito y sin dobleces cobran sentido las idas y venidas, las ambigüedades, los silencios y las declaraciones de la dirección de Podemos en materia internacional. Es la razón instrumental puesta al servicio de unos fines previamente definidos por el “líder carismático”. Este fin será el que determine los medios necesarios para lograrlo y el que articule todos los recursos técnicos y humanos disponibles (redes sociales, herramientas informáticas, organizaciones sociales, movimientos vecinales...). La racionalidad se supedita a un único objetivo, ganar las elecciones generales, y articula y dota de sentido a la acción política de Podemos, incluida la internacional.

La visita a Jerusalén y el escudo de la ignorancia

Una de las acciones más controvertidas de la estrella de Podemos, Pablo Iglesias, fue la visita a Israel. En el marco del viaje de una delegación de parlamentarios de la Izquierda Unitaria europea, realizado con la intención de evaluar los daños causados en Gaza por la agresión israelí, el parlamentario que acaparó la mayor atención fue el secretario general de Podemos. La visita de un grupo de europarlamentarios a Gaza se convirtió por *arte mediático* en la visita de Pablo Iglesias. A quien se negó la entrada en Gaza fue, según los medios, al parlamentario de Podemos y la imagen y las declaraciones que inundaron todos los medios internacionales fueron también las suyas.

Aparentemente, la posición de Podemos respecto al conflicto israelí-palestino era, en correspondencia con la imagen de radicalidad construida por los sectores conservadores, favorable a la posición palestina. Aparentemente también, las declaraciones de Pablo Iglesias reforzaban esta construcción. Sin embargo, la estrella de Podemos apareció con una kipá en el muro de las Lamentaciones en el Jerusalén ocupado y ante el gran revuelo que causó en los medios palestinos y de solidaridad⁶² alegó “desconocer” el significado de este símbolo judío.

La ambigüedad calculada es parte sustancial de la dirección del partido que, a pesar de ser acusado de “radical de izquierdas” por los sectores más reaccionarios del espectro político, no ha realizado ninguna declaración que avale esta imagen de radicalidad y siempre

⁵⁹ “Discurso de Pablo Iglesias”, 26/05/2014; <https://www.youtube.com/watch?v=oNfDrBIRv-k>.

⁶⁰ http://www.eldiario.es/europeas_2014/Pablo-Iglesias-pusimos-voluntad-generales_0_263874206.html.

⁶¹ “El presentador de ‘Salvados’ visita ‘En el aire’”, Periodista Digital, <http://www.periodistadigital.com/periodismo/tv/2014/10/23/jordi-evole-pablo-iglesias-venezuela-estigma-ecuador-salvados-en-el-aire-podemos.shtml>.

⁶² Abdo Tounsi, “Pablo Iglesias con un Kipá en Jerusalén ocupado”, <http://abdoutounsi.com/2014/09/11/pablo-iglesias-con-un-kip-en-jerusaln-ocupado/>.

se ha movido en el ámbito de lo políticamente correcto. En el caso del conflicto palestino-israelí, las declaraciones se han centrado en la legalidad y el respeto de los derechos humanos, como han hecho la mayor parte de los partidos y gobiernos conservadores. Sin embargo, algunas declaraciones de Pablo Iglesias, de sus círculos, así como del partido nodriza de Podemos (Izquierda Anticapitalista) en relación con las llamadas “revoluciones árabes”, han dejado traslucir, para quien haya querido verlo, un alineamiento con la posición la comunidad internacional.

La trayectoria personal de Pablo Iglesias nunca ha estado marcada por su solidaridad con la causa palestina, ni en su condición de alumno ni en la de profesor interino. En esa visita llegó a comparar a los palestinos con la resistencia de los judíos en el gueto de Varsovia, contradiciendo así sus declaraciones sobre la no equidistancia en relación al conflicto: "Los que estamos con los héroes judíos que defendieron el gueto de Varsovia con cócteles *molotov* tenemos que estar con el pueblo palestino"⁶³. Aunque de nuevo es una afirmación que parece favorable a la causa palestina, la realidad es que el complemento de la oración principal, sobre el que recae la acción, son los judíos, a los que además trata de héroes, mientras que en la oración subordinada el complemento no es la resistencia palestina sino el pueblo palestino. Por supuesto que Pablo Iglesias omitió en todas sus declaraciones hablar de la ocupación israelí y del derecho internacional a la resistencia en situaciones de ocupación. Apoyar el boicot a Israel mientras no se cumplan las resoluciones de Naciones Unidas no significa necesariamente denunciar la ocupación, las torturas, los encarcelamientos masivos, el *apartheid*... En esta misma línea es sin duda relevante que poco antes el Círculo de Científicos de Podemos rechazase apoyar el boicot a Israel utilizando la misma argumentación que las autoridades españolas que apoyan al Estado sionista.

Por otro lado, hay que tener en cuenta que el partido que dio cobertura al nacimiento de Podemos y cuya militancia fue obligada a disolverse después del triunfo de la estructura vertical defendida por Pablo Iglesias, Izquierda Anticapitalista, tomó posición a favor de las intervenciones imperialistas, por ejemplo en Libia. Fueron significativas las declaraciones de Esther Vivas, en tanto que portavoz de Izquierda Anticapitalista, en apoyo de la supuesta “revolución del pueblo” contra Gaddafi y de la mano de la afirmación de que la izquierda anticapitalista tenía que luchar para que nuestros gobiernos suministrasen a los rebeldes, sin imponerles condiciones, armas y los fondos de la fortuna de Gaddafi en el extranjero⁶⁴.

América Latina y el estigma de Venezuela

A finales de septiembre de 2014 dirigentes de Podemos emprendieron su primera gira internacional tras la obtención de cinco eurodiputados por el nuevo partido. El viaje tenía como destino Bolivia, Ecuador y Uruguay. En este periplo de apenas una semana -tiempo más bien escaso para un intercambio profundo de experiencias pero sin duda suficiente para un objetivo puramente publicitario- sorprendió que Venezuela se cayera de la agenda.

A pesar de las campañas iniciales, y por distintas razones, ni Bolivia ni Ecuador ni Uruguay tienen tan mala prensa ni son tan furibundamente agredidos por los medios y sus periodistas. En el caso de Bolivia, su presidente es tratado con desprecio e incluso racismo, pero no se nos presenta como un líder peligroso. En el caso del presidente de Ecuador, Rafael Correa, su habilidad para desenvolverse con los periodistas españoles, su atractivo mediático

⁶³ “Pablo Iglesias compara a los palestinos con los judíos del gueto de Varsovia”, en *El norte de Castilla*, <http://www.elnortedecastilla.es/nacional/201409/05/pablo-iglesias-compara-palestinos-20140905145333-rc.html>.

⁶⁴ Santiago Lupe, charlas de IA/RG con Gilbert Achcar, defensor de la intervención en Libia; <http://www.clasecontraclase.org/Charlas-de-IA-RG-con-Gilbert>.

y los datos exitosos de sus medidas económicas lo han resguardado de la estigmatización. Por otro lado, el presidente Correa expresó públicamente su sintonía y apoyo a la dirección y propuestas de Podemos. Uruguay es un país muy pequeño, con poco más de tres millones de habitantes, poco significativo para los “intereses españoles” y con un presidente sencillo y bonachón. Estos tres países podían funcionar en el imaginario de la ciudadanía como la representación más próxima a la publicidad electoral de Podemos: gobernar a favor de los pueblos. Respondiendo al objetivo propagandístico y mediático con el que fue diseñado este viaje, Venezuela tenía que quedar necesariamente fuera del programa.

No es casualidad que para los medios masivos, de cualquier ideología, sea Venezuela el objetivo de todos los ataques. Desde el mismo momento en que Hugo Chávez ganó las elecciones convirtiéndose en presidente, Venezuela inició un proceso de radical transformación en su vida interna y en las relaciones con los países latinoamericanos. La integración regional tomó un impulso sin precedentes con la creación del ALBA, la CELAC y Petrocaribe. Así, Venezuela lidera un proyecto complejo y diverso de carácter soberanista, es decir, de independencia nacional y regional. La guerra mediática contra el gobierno venezolano tiene alcance global y, una vez que Estados Unidos parece haber aliviado la presión sobre Cuba, Caracas se convierte en el objetivo prioritario. Hace tiempo que la opinión pública ha sido ya moldeada con un rechazo agresivo hacia Venezuela. Desde el punto de vista de la razón instrumental que orienta todas las acciones de Podemos (el triunfo electoral), Venezuela no podía figurar en la agenda de Podemos.

En la entrevista que hizo Berto Romero a Jordi Évole, el periodista de La Sexta que había entrevistado a su vez a Pablo Iglesias, Évole le dijo que habían sugerido a Iglesias que el encuentro se realizase en Venezuela. El dirigente de Podemos respondió: “Hombre, me va a traer problemas porque la asociación Podemos-Venezuela o Pablo Iglesias-Venezuela no nos va muy bien, porque el estigma que tiene Venezuela es muy potente”⁶⁵. Parece claro que Venezuela no da votos a Podemos sino todo lo contrario. El esfuerzo por el distanciamiento ha sido constante. Y todo ello a pesar de que la mayoría de los dirigentes venezolanos ven el ascenso de Podemos como una oportunidad para corregir una política española beligerante contra su país. Parece difícil que, en el supuesto de un gobierno de Podemos, la dirección del partido emprenda una aproximación o intente modificar el estigma que es dominante entre sus bases y electores. De modo que no es tan evidente que dicho distanciamiento sea tan sólo instrumental.

De hecho, la respuesta de Pablo Iglesias a la esposa del golpista venezolano Leopoldo López, de gira por Europa para recabar apoyos para su marido y contra el gobierno de Venezuela, se encuadró dentro de la aceptación del estigma. Lilian Tintori le pidió ayuda a Pablo Iglesias y éste le contestó que le remitiese la documentación de su caso.⁶⁶ La seguridad con la que Tintori afirmó que pronto contaría con el apoyo del secretario general de Podemos estaba sustentada, no sólo en el tipo de respuesta que obtuvo, sino en el conocimiento del lastre que para Podemos suponía el vínculo precedente con el gobierno venezolano.

En el recorrido latinoamericano los dirigentes de Podemos transmitieron un discurso dirigido a rebajar cualquier rasgo *revolucionario* de los gobiernos visitados. Manifestaron que no se trataba de copiar, sino de ver cómo se puede “gobernar de otra forma”, e insistieron en “el crecimiento económico” de esos países. Así, el mensaje de esas visitas fue: no son países peligrosos, ni siquiera revolucionarios. Han conseguido redistribuir y crecer gobernando de

65 “Entrevista de Jordi Évole a Pablo Iglesias en Salvados”, en el periodico.com, <http://www.elperiodico.com/es/noticias/gente-y-tv/jordi-evole-pablo-iglesias-salvados-ecuador-3635871>. “El director de ‘Salvados’ visita ‘En el aire’”, en Periodista digital, <http://www.periodistadigital.com/periodismo/tv/2014/10/23/jordi-evole-pablo-iglesias-venezuela-estigma-ecuador-salvados-en-el-aire-podemos.shtml>.

66 http://politica.elpais.com/politica/2014/11/13/actualidad/1415884268_856340.html.

otra forma. La gira cumplió sobradamente los objetivos publicitarios deseados⁶⁷. Incluso incorporó un nuevo valor añadido: el de un virtual “presidente de Gobierno” reuniéndose con otros presidentes.

El amigo americano: las bases dan trabajo

La intervención norteamericana en la política española ha sido un hecho corroborado por diversas investigaciones, una de las más contundentes de las cuales es la de Joan Garcés titulada *Soberanos e intervenidos*⁶⁸. Si esa intervención está ampliamente documentada para el período de la *transición*, en estos momentos un velo de ignorancia parece ocultar las más claras evidencias. Apenas pudimos conocer que en 2013 el embajador estadounidense, Alan D. Solomont, recomendó un pacto PP-PSOE para salir de la crisis moral en la que había entrado España con la corrupción. Sin duda un desliz que dejaba traslucir el interés y la influencia de Estados Unidos en la sombra.

De nuevo aparentemente, el posicionamiento de Podemos respecto a la potencia imperial es coherente con una ideología que ofrece al gran público lo que quiere oír al tiempo que las acciones se dirigen hacia lo que interesa al partido. En general, y como quiera que en relación con Estados Unidos cualquier declaración es comprometida, la estrategia es “el regate”. En una entrevista concedida a la Cadena SER, y al ser preguntado directamente por su posición respecto de la OTAN, afirmó que si fuera presidente del gobierno intentaría sacar a España de la Alianza, pero que en cualquier caso convocaría un referéndum para que “España decidiera”. Como hizo Felipe González en su día, el secretario general de Podemos hace gala de un discurso bipolar que trata de conciliar el patriotismo españolista con la razón de Estado y la subordinación a los intereses extranjeros.

Cuando los discursos se elaboran a golpe de encuesta y de estudios de opinión no es tan fácil contentar a todos. De ahí la bipolaridad que marea tanto a los analistas que no pueden encontrar la coordenada que da coherencia a las declaraciones. Detectado el nerviosismo internacional respecto a las que serán las directrices políticas de Podemos en materia de relaciones exteriores, en una entrevista realizada tras el triunfo electoral de Syriza, Pablo Iglesias afirmó que alguien del partido ya había hablado con el embajador de Estados Unidos y que él lo haría próximamente. Esta bipolaridad de los discursos, dependiente del contexto en el que se producen, se decanta habitualmente en situaciones concretas, cuando se trata de llevar a cabo algún tipo de acción; entonces son los círculos los que tienen total independencia para, por ejemplo, apoyar o no una marcha antimilitarista contra las bases militares. El Círculo Podemos Rota rechazó la invitación a participar en la XXIX Marcha a Rota argumentando que la base naval estadounidense generaba puestos de trabajo y que no existía ninguna alternativa “real” para sustituirla⁶⁹.

De modo que el posicionamiento respecto de las bases y la OTAN está en la misma línea lógica que explica los encuentros con las asociaciones de militares, con la Asociación Unificada de Militares Españoles (AUME) y con la Asociación de Militares de Tropa y Marinería (AMTM)⁷⁰. El interés de estas reuniones estriba en recoger las demandas relacionadas con las condiciones laborales. Nada que ver con cuestiones relativas a la

⁶⁷ http://www.eldiario.es/politica/Pablo-Iglesias-Latinoamerica-objetivo-aprender_0_309369733.html.

⁶⁸ Joan Garcés, *Soberanos e intervenidos* (Siglo XXI, Madrid, 2000).

⁶⁹ <http://www.larepublica.es/2014/10/podemos-rota-rechaza-la-invitation-a-participar-en-la-marcha-contra-la-base-naval/>.

⁷⁰ http://politica.elpais.com/politica/2014/12/23/actualidad/1419367330_093407.html.

soberanía e independencia del ejército español. Se concibe a los militares como si fueran trabajadores en un sector concreto de la economía sin prestar atención ni al papel ni a los objetivos de los ejércitos. Menos atención se presta a las voces de colectivos de militares que, como Anemoi, plantean propuestas democráticas y republicanas, y alertan sobre el carácter golpista y subordinado del ejército español.

Grecia suma votos: nosotros como Syriza

En el mitin de cierre de campaña de Syriza, de todos los parlamentarios europeos que fueron invitados y de dirigentes de partidos de izquierda ideológicamente próximos, fue el secretario general de Podemos quien salió al estrado a hacerse la foto con Alexis Tsipras. En su breve intervención apareció de nuevo la clave del patriotismo que, en la coyuntura actual, y para todos los países del sur de Europa, funciona como recurso aglutinador de la mayoría del electorado, tanto de derecha como de izquierda: “Nadie va a hacer los deberes por los griegos y nadie va a hacer los deberes por los españoles”, “tanto Samaras como Rajoy son vicepresidentes de Merkel”, “este país se merece un presidente griego, patriota, que defienda los derechos de la gente y que negocie con sentido común con los poderes financieros, y ese será Alexis Tsipras”⁷¹.

Aunque la imagen de Syriza construida por los medios masivos es la de un partido de izquierdas, poco saben los futuros votantes de Podemos acerca del significado de ser de izquierdas en Grecia. En cualquier caso, el mensaje que se traslada con mayor fuerza es el de “un partido ganador”. El relato de lo nuevo, la juventud y el cambio se impone frente a cualquier otro imaginario. El patriotismo, la negociación y el poder de los votos aglutinan a cualquier ideología dirigida a desplazar a los que están.

Se puede concluir que las declaraciones y acciones de la dirección de Podemos en el ámbito internacional tratan de buscar su homologación como “partido de Estado”, es decir, están dentro de lo políticamente correcto. Independientemente de las acciones futuras, la probabilidad que se desprende de los discursos actuales apunta hacia una opción conservadora, garante de la institucionalidad en la que se inscribe y de la legalidad internacional, con el único valor añadido de un relevo generacional y un mejor posicionamiento de cara a futuras negociaciones con la *troika*.

El objetivo de ganar las elecciones establece el eje sobre el que se articulan las relaciones internacionales del nuevo partido y su dirección, así como las acciones que se desprenden de ellas. Esta razón instrumental produce una inversión entre medios y fines: los medios pasan a ser fines que a la vez son medios de otros fines que sucesivamente devienen medios en una cadena teleológica que no tiene término y en la que se pierden los fines últimos. Es decir, las elecciones, que son concebidas como un medio (instrumento) para tener poder, se convierten en fines en sí mismas y después nuevamente en medios para construir un partido, y el partido en medio para llegar al gobierno y el gobierno en un medio para...

Existe, pues, una gran coherencia entre las declaraciones relativas a la política internacional de Podemos y las de ámbito nacional si las analizamos desde la perspectiva del juego electoral. Reglas y poderes fácticos son los elementos que realmente definen el sentido de la política. De ahí que llegar al gobierno no signifique tomar el poder y que no parezca probable que dependa de la voluntad de la dirección de Podemos modificar sustancialmente su posicionamiento internacional.

71 “Pablo Iglesias estrella en el mitin de cierre de campaña de Syriza”, http://www.elconfidencial.com/mundo/2015-01-22/pablo-iglesias-estrella-en-el-mitin-de-cierre-de-campana-de-syriza_628105/.

Podemos, podríamos, pudimos

Carlos Taibo

Hace un año, en enero de 2014, publiqué una primerísima impresión sobre lo que en aquel momento era una fuerza política recién creada: Podemos. Vuelvo ahora sobre la materia con vocación parecida a la de entonces. Se concreta en el propósito de asumir, en este texto, una crítica de Podemos formulada desde el respeto que merecen muchos de sus integrantes, desde el compromiso de no emplear con el nuevo partido los mismos argumentos miserables que algunos aplicaron al movimiento del 15 de mayo (15-M) —eludiré, por ejemplo, una etiqueta, la de *populista*, que a menudo para poco más sirve que para descalificar a quien no piensa como uno- y desde el deseo de esquivar, hasta donde sea posible, los comentarios sobre personas singulares. Bien es verdad que, de no dar satisfacción de este último designio, tampoco parece que se fuese a resquebrajar ningún edificio importante: salta a la vista que a los responsables presentes de Podemos les importa poco lo que gentes como yo, desde la marginalidad, tengan a bien decir.

Parto, por lo demás, de la certeza de que, aunque nadie tiene respuestas cabalmente convincentes para nada y a nadie le faltan las dudas, hay grados en el despliegue de la zozobra consiguiente. Si hay algo que inspira, por encima de todo, este texto es la preocupación por la autonomía de los movimientos sociales y por la desmovilización hoy imperante. Creo yo que, desde esa atalaya, el resultado mayor es una crítica de Podemos que nada tiene que ver, ni con la que emiten los corifeos del sistema, ni con la que surge de una *izquierda* que una vez vive cómodamente instalada en las instituciones y otras abraza modelos impregnados de dogmas y jerarquías. Postulo, en otras palabras, una crítica que está lejos de la *literatura* hagiográfica que Podemos ha generado en torno a sí y de las diatribas panfleteras que el nuevo partido ha suscitado. Me permito agregar que las opiniones que expreso en estas páginas son comúnmente objeto de desdén entre quienes interpretan que, como quiera que cuestionan desde posiciones *libertarias* lo que acarrearán partidos, elecciones e instituciones, no plantean, de resultados, ninguna discusión interesante a los ojos de quienes confían en esas tres instancias que acabo de mencionar. Creo, sosegadamente, que se equivocan.

Obligado estoy, por otra parte, a enunciar la convicción de que los responsables de Podemos no arrastran contradicciones mayores. Proponen, sin más, un proyecto diferente del que tantos tenemos en mente, algo que certificaría el hecho, consecuente, de que, llevados del impulso de atraer a muchos simpatizantes del Partido Popular (PP), del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), de Unión, Progreso y Democracia (UPyD) o de Izquierda Unida (IU), no se dirigen a nosotros, aun cuando lo que dicen y hacen repercute, como se antoja inevitable, sobre nosotros. Anticipando una posible queja, me siento en la obligación de agregar que, desde la convicción de que la primera tarea del mundo *libertario* consiste en iluminar alternativas diferentes encaminadas a perfilar una sociedad paralela distinta de la que ofrecen el capital y sus servidores —a ese menester dedico buena parte de mi tiempo-, sobran las razones para hacer un alto y plantear, para quien pueda interesar, una crítica de la propuesta de Podemos que deshaga equívocos y promueva una réplica que con toda evidencia falta. Semejante operación debe partir, de cualquier modo, de la certeza de que en los últimos años muchos libertarios hemos vivido insertos en nuestra propia burbuja: la que, desde mayo de 2011, nos hizo pensar que había llegado a su fin un ciclo marcado por partidos, separaciones y jerarquías en provecho de otro nuevo en el que se imponían la autoorganización, la autogestión y el rechazo de liderazgos y personalismos. Hoy estamos obligados a tomar nota de que, aun cuando el 15-M promovió, a menudo con mucho coraje, esa discusión, cometimos un error de cálculo en lo que se refiere al vigor, menor del que

intuimos, de la segunda de las posiciones. Que nadie interprete mal lo que acabo de anotar: sigo pensando que instancias como el movimiento del 15 de mayo, como proyecto de largo recorrido, son vitales para alentar una transformación radical que responda a los retos derivados de un capitalismo en corrosión terminal, cada vez más cerca del colapso. Si el 15-M no existiese tendríamos que inventar, en otras palabras, algo parecido.

La organización

Podemos ha experimentado a lo largo del año 2014 un proceso de franca uniformización, de tal suerte que hoy no presenta la disparidad y la pluralidad que, probablemente, se hicieron valer en los primeros momentos. De ello se sigue una consecuencia principal: describir Podemos como una instancia abierta de la que pueden salir realidades distintas es equivocarse. Lo anterior es el producto de un nada singular patrón en virtud del cual la retórica asamblearia ha encontrado un duro contrapeso en una cúpula dirigente que, hipercontroladora, omnisciente, castigadora y claramente formalizada, molesta ante la eventual existencia de facciones internas, funciona de manera manifiestamente autónoma. Por detrás no es difícil barruntar algo que recuerda a los modelos organizativos leninistas, al amparo de un fuerte poder interno volcado al servicio –admitamos que en esto las dudas y la imaginación están a la orden del día- de una posible toma del poder externo.

En la trastienda se adivinan los efectos del juego mediático al que Podemos se ha sometido y la intuición de que hay que preservar la posición de un dirigente que muchos de los militantes y simpatizantes del partido dan en describir como carismático. En semejantes condiciones, y luego de que los responsables de Podemos se hayan tomado mucho tiempo a la hora de certificar las miserias de las organizaciones de la *izquierda tradicional*, en las que en la mayoría de los casos han militado durante años, no queda sino anotar que al cabo reproducen muchos de los elementos característicos de lo que dicen rechazar. O, en su defecto, que han asumido muchas de las reglas del juego que proceden de la tradición correspondiente, aun cuando hayan decidido tirar por la borda –esto es al menos lo que se deduce del discurso públicamente defendido- la dimensión de izquierdas que la acompañaba. Así las cosas, Podemos se alejaría de la izquierda tradicional por cuanto habría decidido prescindir de un proyecto de izquierdas, y no por los hábitos organizativos, tan trillados como malsanos, que abraza en estas horas.

Nada de lo dicho es ajeno –ya lo he sugerido- al curioso escenario mediático del que Podemos es en buena medida deudor. No olvidemos al respecto que la cúpula dirigente del partido ha medrado al calor de las tertulias televisivas que han adquirido carta de naturaleza en canales privados, incluidos los propios de la derecha montañés, de la mano de lo que muchas veces –no siempre, claro- ha sido una relación cordial con la “casta” mediática. Curioso fenómeno es éste, por cierto, de las tertulias convertidas en supuesto procedimiento emancipador de conciencias. Varios elementos se han dado cita en ese singularísimo magma. Uno de ellos es el asentamiento de un liderazgo –de varios liderazgos, si así se quiere- claramente perfilado, que en modo alguno ha hecho ascos a lo que en otros contextos se suele llamar “culto a la personalidad”; recuérdese, si no, la condición de la papeleta empleada por Podemos con ocasión de las elecciones al Parlamento de la Unión Europea (UE) en mayo de 2014. Ese liderazgo se ha visto apuntalado a menudo con argumentos de carácter meritocrático que subrayaban la probidad de los créditos académicos de sus beneficiarios. Enfrentados a la miseria y a la cortedad de miras de la mayoría de los profesionales de las tertulias, los dirigentes de Podemos, aunque adustos y tensos, prepotentes y soberbios, han pulsado una tecla que les ha dado, al menos a título provisional, resultados: la que subrayaba su pretensión de configurar, en un brevísimo plazo de tiempo, una mayoría que permitiese

formar gobierno. Frente a la perspectiva tradicionalmente abrazada por IU, que siempre se ha postulado, en los hechos, como una fuerza política marginal en la que quedaba reflejado un voto de contestación que no sabía de mayorías, Podemos lanzó un órdago que a buen seguro está en el origen, siquiera parcialmente, de los resultados que las encuestas auguran a la formación. Lo de menos en este caso era el rigor del pronóstico, y ello por mucho que el rigor en cuestión no pareciese sobrar en afirmaciones como las que, en labios de alguno de los dirigentes del nuevo partido, sugirieron que fue el *efecto Podemos* el que provocó la abdicación del rey o la retirada de Alfredo Pérez Rubalcaba...

Existe un raro -es casi universal- consenso en lo que respecta a la idea de que los círculos de Podemos se caracterizan ante todo por su condición testimonial o, lo que es lo mismo, por su manifiesta inactividad. Pareciera como si, en un escenario de servidumbre voluntaria, su único cometido palpable consistiese en emitir mensajes virtuales camino de la cúpula de la organización y, en su caso, en aportar para el futuro una mano de obra útil a efectos de la cansina operación de pegado de carteles electorales. Aunque alguna excepción con certeza la hay, los círculos –que acaso contemplan el mañana en términos de una *acción* que están llamados a desplegar ellos mismos en solitario- son desconocidos en las luchas sociales y laborales al uso. Mi intuición es que la cúpula de Podemos los mira con recelo, toda vez que al cabo no le importan los militantes, que llegado el caso pueden ser molestos: sólo interesan los votantes. Para que nada falte, en muchos de esos círculos se aprecia ya el desembarco, inquietante, de muchos arribistas que, tras buscar acomodo en otras fuerzas políticas, sopesan en estas horas la posibilidad de sacar tajada en Podemos, cuya virginidad en lo que se refiere a conductas indeseables se intuye flor de un día. De ello parece moderadamente consciente la cúpula de la organización, reacia, como es sabido, a presentar listas propias en las municipales de mayo de 2015, en parte por lo anterior y en parte, también, por temor a un eventual fiasco que rebaje expectativas de cara a las generales previstas para finales de ese año. En este escenario tampoco puede sorprender que hayan menudeado tomas de posición pintorescas –dan para un libro de humor- del lado de muchos de los círculos.

No deja de ser llamativo, por otra parte, que sigamos teniendo problemas a la hora de identificar a los integrantes de los círculos: ¿son *activistas*, son *militantes* o son *miembros* de la organización? Aunque a buen seguro que en Podemos hay gentes con experiencia militante y voluntad de mantener unas u otras luchas, mucho me temo que el retrato-robot de quienes llenan los círculos y de quienes se cuentan cerca de éstos se ajusta a otro perfil: el de lo que voy a describir como *activistas de facebook*, entregados a la tarea de pulsar el “me gusta” y el “compartir”, y poco más. Mucho me temo, también, que son estas gentes las que Podemos presume de haber recuperado para la tarea de la contestación, de la mano de lo que no puede sino antojarse una victoria pírrica. Por lo que he creído apreciar, bastantes de estas personas estuvieron en el 15-M, en mayo de 2011, en la primera semana de despliegue de aquél, para marchar inmediatamente a casa, decepcionados ante un movimiento que, o bien les parecía demasiado radical, o bien reclamaba de un trabajo que no estaban dispuestas a asumir. En Podemos, en cambio, y en estas horas, apenas se les pide otra cosa sino una complacencia cortés ante lo que llega de arriba. El terreno al respecto está abonado –no se olvide-, toda vez que estas gentes han sucumbido sin resistencia a una operación de atracción en la que ha primado el hechizo por la palabra, como si el hecho de que alguien hable bien, o tal se supone, nos diga algo relevante sobre su condición o sus propuestas.

A duras penas sorprenderá que, con estos mimbres, los movimientos sociales interesen poco, o constituyan un engorro, para la dirección de Podemos. Alguno de los integrantes de ésta ha señalado que aquéllos arrastran una tara: la de ser meramente resistentes. Curioso argumento éste emitido desde una fuerza política que, en la órbita de la socialdemocracia, y empeñada –como es lo suyo- en gestionar civilizadamente el capitalismo,

no cuestiona ningún fundamento del sistema. En el mejor de los casos, la cúpula de Podemos entiende que los movimientos deben quedar al servicio de un partido que actúa como vanguardia, convertidos en simples correas de transmisión o, peor aún, vertebrados como instancias de apoyo a futuras políticas gubernamentales (conforme a algo que no puede por menos que recordar, ahora sí, al modelo bolivariano venezolano). Es inevitable que, en estas condiciones, sobre la cabeza de las gentes de cierta edad pese el recordatorio de lo que el Partido Socialista hizo a partir de 1982 con asociaciones de vecinos y sindicatos. Claro que, más allá de esta circunstancia, en la deriva de Podemos, y en uno de sus predecibles futuros, hay demasiadas cosas que traen a la memoria el formidable fiasco de 1982.

Nada de lo que he anotado hasta ahora debe conducir a la conclusión de que en Podemos ha desaparecido todo tipo de contestación interna. Mi impresión es, sin embargo, que la oposición que pervive resulta, por momentos, aún más inquietante que el resto de la organización. Muchos de sus integrantes son los únicos que atribuyen virtudes de lucha a los círculos, sobre la base de argumentos que al cabo vienen a sugerir que “mi círculo no es como los demás”. Hablo de gentes que en varias oportunidades han augurado, por otra parte, venturosas revueltas que en modo alguno se han hecho realidad, circunstancia que, pese a ello, no ha provocado de su lado ninguna contestación seria de los flujos verticales y jerarquizantes que han ido cobrando cuerpo. Pareciera como si muchos se negasen a abandonar consecuentemente un barco que intuyen, con todo, no conduce a buen puerto. Y que en la tarea no se echan para atrás a la hora de reproducir los malos hábitos –así, el que aconseja concentrar varios cargos y responsabilidades en una misma persona- de la cúpula. En estas circunstancias, y no sin paradoja, parece que la servidumbre voluntaria que antes invoqué ha alcanzado entre estas gentes cotas inesperadas.

Obligado estoy a prestar atención, en fin, a la presencia notabilísima, entre los cuadros de Podemos, de profesores y licenciados universitarios que reflejarían el vigor ingente de un proyecto meritocrático. Al respecto no pueden producir sino estupor las constantes invocaciones a “los mejores” que realizan los dirigentes del nuevo partido: al margen de ellos mismos, claro, ¿quiénes son los mejores, por qué lo son y quién lo ha decidido? Hay quien estima, en cualquier caso, que al amparo de Podemos ha ganado terreno un proceso llamativo: si durante años hemos tenido la oportunidad de certificar cómo una generación entera de jóvenes, y de no tan jóvenes, veía por completo trabado su acceso al mercado de trabajo, o debía instalarse en éste en condiciones infames, merced a Podemos esa generación habría encontrado, por ahora de forma simbólica, una manifiesta sobrerrepresentación en detrimento de otros segmentos sociales y generacionales a duras penas presentes en la nueva instancia, o al menos en sus estamentos directores. Es obligado subrayar lo que por momentos tiene que resultar obvio: ese tránsito desde la marginación hasta la sobrepresencia no puede ocultar que los beneficiarios que copan esos estamentos no reflejan en modo alguno la condición de una generación. Como quiera que son muchos los jóvenes que, a más de explotados y marginados, no están en disposición de abrazar ningún discurso meritocrático, es muy delicado confundir una generación entera, o varias, con su concreción universitaria y *erasmusizada*. La afirmación, por lo demás, de que la revuelta generacional que se barrunta en algunas de las concreciones de Podemos es razonable se vincule con una propuesta de corte socialdemócrata tiene por fuerza que molestar, y mucho, a una parte de los integrantes de la generación, o de las generaciones, afectada. Si a ello agregamos los dubitativos pasos que en el seno de Podemos, donde muchos códigos de la sociedad patriarcal parecen permanecer incólumes, se han dado en lo que respecta a la asunción de las propuestas del feminismo consecuente cerraremos un panorama que es cualquier cosa menos estimulante.

Me permito extraer una conclusión rápida de todo lo dicho: el argumento, muy del gusto de los medios del sistema, que concluye que Podemos es la inevitable concreción partidaria del movimiento del 15 de mayo constituye un manifiesto dislate. Dejaré claro que

no es ésta, ciertamente, una percepción que hayan abrazado los dirigentes del nuevo partido, quienes, sin embargo, tampoco han hecho mucho para acallar a quienes la enunciaban. Sea cual sea la versión del 15-M por la que optemos, las diferencias saltan a la vista. Me limitaré a señalar que el 15-M es un movimiento horizontal, asambleario y abierto, que ha rechazado en todo momento liderazgos y personalismos. En la versión de ese movimiento que a mí me interesa, ha sido hasta hoy, por añadidura, una propuesta de largo recorrido que aspira a modificar conciencias y actos en la perspectiva de propiciar un cambio radical y que, en tal sentido, muestra un permanente desdén hacia las instituciones y su juego. Así las cosas, a los ojos de muchos el lema “no nos representan” no ha tenido ni tiene un carácter coyuntural ni ha ceñido su reivindicación a la condición de los dos grandes partidos españoles: ha servido para enunciar, antes bien, el firme designio de rechazar la lógica entera de la representación y, con ella, ese amasijo de vanidades, intereses y personalismos que son los liderazgos. Como no podía ser menos, en suma, el 15-M al que ahora me remito defiende la autonomía, la independencia y la pluralidad de los movimientos sociales, y lo hace desde posiciones que, por definición, no pueden ser cortoplacistas ni *eficientistas*. Para que nada falte, el 15-M ha supuesto un estallido de compromiso, de creatividad y de pensamiento crítico que no es perceptible en ninguna de las manifestaciones de Podemos. ¿En cuántos lugares no habré oído decir que al calor del movimiento del 15 de mayo se produjeron las primeras *okupaciones* de edificios, de la mano de un ejercicio de rebeldía civil irrastreado en cualquiera de las concreciones de un nuevo partido al parecer dispuesto a tirar por la borda activos importantísimos?

El programa

Un año después de su aparición, y hablando en propiedad, Podemos sigue careciendo de programa. Si durante muchos meses ha dependido de las posiciones defendidas por sus dirigentes, aparentemente incontestadas, han menudeado los momentos en los que aquéllos, cuando han sido interpelados al respecto, se han escudado en la tesis de que el partido no había refrendado expresamente esta o aquella propuesta. Llamativo fue, en su momento, que la dirección de Podemos decidiese demandar de dos catedráticos de universidad la redacción de un programa económico que, pese a no tener, al parecer, ningún carácter definitivo, fue presentado a bombo y platillo. Recuérdese que la vaguedad y la ambigüedad programáticas, que permiten respuestas muy elásticas, diferentes según cada caso, justifican, unas veces, eventuales compromisos radicales y, otras, asunciones redondamente conservadoras. No consta, por ejemplo, que Podemos haya discutido y aprobado ningún documento en lo que se refiere al eufemísticamente llamado “derecho a decidir”, circunstancia que no ha impedido que sus dirigentes se hayan pronunciado repetidas veces al respecto.

Me interesa poco la discusión –tan cara a los analistas del sistema- sobre si el *programa* de Podemos es “realista” o no, y sobre si la nueva fuerza política dispone o no de *cuadros* para encarar los entresijos del poder. Puestos en éstas, no dudaría en mostrar mi proximidad con las propuestas poco realistas y con los responsables menos avezados. Me limitaré a señalar, sin más, que el programa que se barrunta que es el de Podemos –mantengamos algunas cautelas- no es el mío, algo que, aunque debiera ser muy fácil de entender, no lo es tanto a los ojos de muchos miembros de esa fuerza política que, al parecer, estiman que resulta impensable que alguien disienta de sus planteamientos. Estos últimos parecen obedecer, por cierto, a una manifiesta vocación regeneracionista. Su propósito mayor consiste en reformar, sin cuestionarlas, las leyes y las instituciones que padecemos o, lo que es lo mismo, en cancelar aquellos de sus elementos que se consideran poco saludables. Desde esta percepción, las leyes y las instituciones mencionadas no son malas: simplemente han

sido utilizadas de forma perversa. Resulta inevitable que, con estos mimbres, se hurten discusiones importantes, como es el caso de la relativa a si las instituciones, con el Estado en lugar central, son neutras y pueden ser empleadas en provecho de proyectos liberadores o como la que se interroga, de manera más precisa, por el Estado de derecho y sus funciones de legitimación y preservación del capitalismo y sus reglas. Lo que en relación con el Estado de derecho se nos dice es, con toda evidencia, que mientras las leyes no cambien no queda otro remedio que acatarlas, sin mayor hueco, en consecuencia, para nada que huelga a desobediencia y rebeldía civiles.

Efecto insorteable de esta perspectiva es el hecho de que, en el mejor de los casos, se contesta lo que significa el *régimen* –el bipartidismo y la corrupción, para entendernos-, pero se acata la condición del *sistema* –el capitalismo- que se halla en la trastienda. Sobre esta base, y pese a las apariencias, a duras penas puede sorprender que la propuesta consiguiente no acarree ningún cuestionamiento serio de lo que, al cabo, supuso la *transición* política verificada a finales de la década de 1970. Como no podía ser menos, a tono con el discurso dominante en la izquierda que vive en las instituciones, y por ejemplo, no hay voluntad alguna de examinar el papel decisivo que en la parafernalia de la transición mentada correspondió a las elecciones, mecanismo central de legitimación del orden que cobraba cuerpo; a lo más que se alcanza es a cuestionar, de nuevo, un sistema electoral claramente funcional, ciertamente, a los intereses del régimen. Tampoco puede sorprender que, en este orden de cosas, no se revele ningún coqueteo con la perspectiva de la autogestión, con la de la autoorganización desde abajo o con la de la defensa de espacios autónomos desmercantilizados. Estas antiguallas no encajan, con toda evidencia, en el impulso *atrapalotado* que parece orientar las opciones programáticas de Podemos.

Por detrás no podía ganar terreno otra propuesta que la socialdemócrata. Y es que cuando se imponen el cortoplacismo, el designio de aceptar el capitalismo como una realidad incuestionable y el propósito de emplear la maquinaria del Estado como catapulta de un proyecto pretendidamente transformador emerge de forma inercial la vulgata socialdemócrata. Importa subrayar, eso sí, que el proyecto de Podemos ha sido socialdemócrata desde el principio, y no sólo, como algunos parecen concluir, desde el otoño de 2014. O, por decirlo de otra manera: incluso en el caso de que buscásemos los orígenes de ese proyecto en la Venezuela bolivariana, algo que sólo tangencialmente conviene hacer, nos topáramos con la realidad de un Estado-providencia, el de ese país, que ha acrecentado su misión asistencial pero en modo alguno ha roto los moldes, una vez más, de la perspectiva socialdemócrata. Cierto es, con todo, que desde el otoño mencionado la apuesta de Podemos es aún más clara, incluso en el terreno simbólico. Así lo aconseja concluir la decisión de invocar el concurso de los dos economistas antes mencionados, mucho más interesados en demostrar el carácter civilizado y realista de sus propuestas que en responder de su moderación y acatamiento del sistema. En un escenario en el que las rebajas programáticas han sido evidentes a lo largo del año 2014, no queda sino concluir que Podemos ha hecho suyo un programa que remite, y consistentemente, a uno de los discursos de la “casta” que dice repudiar. No se busque de por medio, en particular, ninguna contestación del capitalismo, al amparo de un horizonte mental que como mucho reclama limitar “el peso abusivo de los bancos”, permite elogiar el desempeño del Banco de Santander –“el miedo va a cambiar de banco”, anotó sarcásticamente alguien- o se propone conseguir que Amancio Ortega pague impuestos en España. Admitamos, aun así, que aquí no hay ninguna trampa y que, desde el principio, la crítica de la “casta” no ha tenido ninguna vocación de cuestionamiento del capitalismo: muchos empresarios de corte neoliberal la comparten sin cautelas, no en vano rechazan la condición de un grupo parasitario y corrupto que –entienden- para preservar su condición de tal los castiga a través de impuestos desmesurados. Salta a la vista, por lo demás, que discusiones como la que ahora me ocupa, que al cabo

remiten a la colisión entre capital y trabajo, quedan por completo fuera de los intereses y querencias de un genuino partido *atrapalotodo*.

Retomemos el último adjetivo que acabo de emplear, que da cuenta de la condición de fuerzas políticas que, portadoras de compromisos ideológicos más o menos sólidos, en la *derecha* o en la *izquierda*, han ido tirándolos por la borda con el propósito de granjearse el apoyo electoral de ciudadanos que se encontrarían en un centro político más o menos desideologizado. Hay quien piensa que, con el paso del tiempo, lo que nos acabará por parecer lo más original de Podemos no será su inteligente empleo de los resortes que ofrece el aparato mediático al uso, sino su inédita, por rápida, deriva *atrapalotodo*. Aunque el argumento nos emplaza ante una tesis sugerente, mucho me temo que ignora un hecho al que ya me he referido: como quiera que Podemos ha sido, desde el principio, una fuerza socialdemócrata, no es tarea sencilla ni remuneradora la que invita a identificar una llamativa operación de suelta de lastre ideológico. Es verdad, con todo, que la deriva desde enero de 2014 ha propiciado en el nuevo partido –ya lo he anotado– un asentamiento de las señales que remiten a una moderación creciente en las propuestas. Ello ha sido así, en particular, desde que se hicieron valer, en mayo, los resultados de las elecciones al Parlamento de la UE y, con posterioridad, las buenas expectativas electorales de Podemos. Si cabe interpretar que el designio inicial de apoyarse en una fuerza como Izquierda Anticapitalista remitía a una propuesta que, aunque socialdemócrata y declaradamente emplazada lejos del eje izquierda-derecha, por encima de todo aspiraba a restar apoyos a IU al tiempo que auguraba, de resultas, un horizonte *atrapalotodo* limitado, el proceso se desbocó después de mayo al amparo de la intuición –no es mi cometido calibrar si justificada o no– de que el nuevo partido aspiraba a *tocar poder*.

Las señales de ese giro conservador son muchas. Rescatemos entre ellas la repetición, obsesiva, y ya mentada, de que Podemos no es una fuerza ni de izquierdas ni de derechas; el designio de pelear por un espacio descrito con el equívoco vocablo *centralidad* –permite medio esquivar un término, *centro*, que se sitúa en el mismo marco categorial que los de *izquierda* y *derecha*–; el empleo habitual de una dialéctica, vaga por equívoca, que distingue a los de arriba y a los de abajo; los esfuerzos encaminados a borrar los nexos que varios de los dirigentes del partido mantuvieron en el pasado con Venezuela; la cancelación de compromisos varios en el terreno económico, con una defensa postrera del euro como realidad incuestionable; la consolidación de un discurso nacional-patriótico; la reivindicación de un ejército garante de la soberanía, o los elogios, inmoderados, al papa de turno. Aunque acaso el mejor botón de muestra de lo que tenemos entre manos lo ofrecen las posiciones que parece defender la cúpula de Podemos en relación con el debate soberanista en Cataluña, al amparo de una ambigüedad tan calculada como lamentable. En esas posiciones se han dado cita la demanda de la necesidad de "decidir" sobre muchas cosas, y no sólo sobre una independencia visiblemente ninguneada, la afirmación de que no es posible pactar nada con los nacionalistas moderados catalanes, la invocación de eventuales sintonías de clase entre los habitantes de los barrios periféricos de Barcelona y Madrid –¿a qué clase defiende, por cierto, Podemos?–, la reiteración de que es preferible una Cataluña dentro de España, la frecuente ausencia de una contestación franca en lo que se refiere a la prohibición de una consulta popular al respecto y, en fin, la negativa, siquiera sólo sea por omisión, a respaldar semejante consulta. Bien es verdad que para explicar todas estas posiciones no sólo es menester hablar de una pulsión *atrapalotodo*: hay que invocar también el ascendiente que sobre muchos de los integrantes de los círculos en Cataluña, el País Vasco y Galicia ejerce el nacionalismo español en su versión más *banal*. Me da que en el momento en que estas líneas se escriben sólo se mantiene en pie una propuesta que, mal que bien, rompe el impulso *atrapalotodo*: la que reclama que España abandone la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Esperemos noticias al respecto –la última señala que, al parecer, Podemos reclama una

defensa *europaea* que sea *menos dependiente* de los intereses de Estados Unidos: ojo con la terminología-, y limitémonos a recordar que hace tiempo que Syriza prefirió olvidar sus compromisos iniciales en lo que se refiere a un abandono de la Alianza Atlántica por Grecia.

Permítaseme que agregue dos observaciones menores sobre lo que tengo ahora entre manos. La primera da cuenta de una obviedad: cuando una fuerza a la que en primera instancia se suponía vinculada con un proyecto de *izquierdas* prescinde de muchas de las señas de identidad correspondientes, por débiles que éstas fueren, corre el riesgo de perder algunos de sus apoyos iniciales. Salta a la vista que algo de ello ha empezado a ocurrir con una parte, sin duda menor, de la militancia de Podemos. En el cálculo de los dirigentes de este último, decididamente empeñados en ganar respaldos electorales entre los votantes tradicionales de los partidos de la “casta”, semejante pérdida es asumible por irrelevante, tanto más cuanto que cabe entender que muchas de las gentes de izquierda que apoyaron en principio a Podemos, aunque cada vez más molestas, mantendrán su fidelidad al partido por entender, quizás, que es un mal menor; en caso de que, por otro lado, decidan marcharse, ahorrarán problemas a la cúpula podemita. La segunda de mis observaciones pretende situarnos ante una dimensión importante de este debate y recuerda que, aunque IU no es una fuerza *atrapalotado* –pretende conservar sus señas de identidad de *izquierdas*-, comparte inequívocamente con Podemos una percepción cortoplacista que traba una comprensión cabal de lo que supone un capitalismo en corrosión terminal y poco más reclama que una reconstrucción de los llamados Estados del bienestar. En tal sentido, y como propuesta alternativa, mucho me temo que lo que plantea IU –entrampada, por añadidura, en pactos a duras penas presentables, inequívocamente burocratizada y empeñada en preservar una relación cordial con las cúpulas de los sindicatos mayoritarios- es de una lamentable indigencia, algo que en buena medida explica por qué sus defensas ante la irrupción de Podemos son tan precarias. ¿Por qué ese empeño en subrayar tantas veces el carácter socialdemócrata de Podemos y en olvidar, en cambio, el de IU? Claro es que, puestos a identificar damnificados por el auge de Podemos, no está de más que agregue el nombre de UPyD, que, en crisis abierta, ha perdido la patente de novedad de la que, al calor de otro proyecto *atrapalotado*, había sacado visible provecho los últimos años. Gracia tiene que Rosa Díez haya identificado a Podemos con el Frente Nacional francés, o al menos gracia tiene a los ojos de quienes apreciábamos en muchas de las manifestaciones de UPyD la marca española de la ultraderecha francesa. Y eso que, estructuras jerárquicas aparte, hay un poderoso elemento de comunidad entre el partido de Díez y Podemos: la irascibilidad de muchos de sus militantes.

No sería afortunado, en suma, que esquivase una consideración importante que se halla, con certeza, en la trastienda de lo que ahora me ocupa: la que, con origen en determinados estamentos de Podemos, sugiere sibilina que el propósito de éste sería alcanzar el poder para, una vez en él, aplicar un programa bien distinto –entendámonos: más radical e izquierdista- del que preconiza en estas horas. Antes que nada, confesaré que no creo que haya engaño alguno en el discurso de Podemos –y eso que lo suyo es recordar, para quienes gustan de la genética, que alguno de sus dirigentes, y esquivaré nombres, era años atrás un estalinista exultante y un socialdemócrata vergonzante, para haberse convertido hoy en un socialdemócrata exultante y un estalinista vergonzante-, de tal suerte que se equivocan quienes piensan que el partido sería un lobo con piel de cordero. Aunque esta asunción llenará de contento a algunos, conviene que no dejemos de lado la contrapartida: a su amparo no estarán de enhorabuena quienes estiman que, una vez en cabeza de las instituciones, Podemos procederá a democratizar su estructura interna o apostará por un programa decrecentista y anticapitalista. Mala noticia sería, de cualquier modo, que a la postre el nuevo partido, de alcanzar el poder, actuase como PSOE y PP, que tan acostumbrados nos tienen a prometer una cosa y hacer otra. De adquirir carta de naturaleza la posibilidad que ahora me

interesa, habría que concluir, por lo demás, que a la innegable inteligencia táctica de los dirigentes de Podemos no le seguiría una inteligencia estratégica: estarían ignorando las reglas del juego, de obligado cumplimiento, que un sistema puntillosamente forjado, el de la UE, impone a quienes lo han acatado y, también, a quienes creen poder subvertirlo. Las cosas como fueren, si Podemos aplica el alicaído programa que parece defender en estas horas, malo. Y, si no lo hace, y bien que por razones diferentes, también.

Podemos frente a sus detractores

Unas líneas más arriba he subrayado la irascible condición de muchos de los partidarios de Podemos, que se mostrarían poco dispuestos a aceptar críticas dirigidas contra la formación política a la que apoyan. En algunos casos esa actitud arrastra contradicciones evidentes. No deja de ser curioso, por ejemplo, que se tilden de anticuadas y casposas determinadas críticas que, de serlo, no merecerían –parece- la atención que se les presta. Tampoco parece razonable que se entienda que reclaman una réplica frontal determinados cuestionamientos de lo que Podemos es que surgen en la marginalidad: no queda sino concluir que quienes se entregan a esa réplica valoran mal cuál es el alcance de esos cuestionamientos o, en su defecto, tienen tantas dudas en lo que se refiere a las virtudes del partido al que respaldan que no están dispuestos a asumir ninguna concesión, actitud muy propia, por cierto, de personas que han decidido agarrarse a un clavo ardiendo. El balance final, en cualquier caso, no puede ser menos halagüeño: en Podemos hay muchas gentes que estiman que la crítica –más aún una autocrítica que visiblemente falta- es desmovilizadora, traidora y reaccionaria, en la medida en que frena la posibilidad del cambio que con toda certeza –nos dicen- se va a producir.

Al final lo que parece consolidarse es la conclusión de que quienes critican a Podemos –y pienso ahora, fundamentalmente, en quienes lo hacen desde la *izquierda*- lo hacen porque resultan irremediabilmente tontos, portan alguna patología o, en su caso, son narcisos incorregibles. Creo que hay que prestar atención, en singular, a esta última percepción, comúnmente acompañada de la identificación de lo que se llama “posiciones autorreferenciales”. Los críticos de Podemos serían tales en virtud de un egoísta empeño orientado a preservar privilegios y espacios acotados. Frente a ellos, los dirigentes del nuevo partido se presentarían como gentes altruistas dispuestas a sacrificar muchas de sus querencias ideológicas de siempre en provecho del bienestar general. Como quiera, por añadidura, que luchan por un gobierno “decente”, está servida la conclusión de que los indecentes son, inevitablemente, los otros. Sorprende que a estas alturas pocos sean los que hayan caído en la cuenta de que de este tipo de discurso -maniqueo donde los haya, recuerda poderosamente a las miserias que rodean a la “mayoría silenciosa” tantas veces invocada por los prebostes del PP- se han servido una y otra vez, inmoderadamente, oportunistas y *trepas*. Lo suyo es preguntarse, claro, si lo que hay por detrás no es una gloriosa manifestación de autorreferencialidad, tanto más llamativa cuanto que, al amparo de una llamativa operación de abandono de principios y valores –las tertulias nos valen, la socialdemocracia también-, quienes la protagonizan no dudan en emplear ahora los mismos argumentos que oportunistas y *trepas* utilizaron contra ellos en el pasado. La operación en cuestión pende, en fin, de una censura: la que invita a no asumir discusión alguna en lo que se refiere a la moralidad de los nuestros. Se da por descontada la rectitud intachable, y el talento ilimitado, de los responsables de Podemos, merecedores de una fe ciega que contrasta con el descrédito de quienes están fuera. A menudo se señala, por lo demás, que quienes critican al nuevo partido lo hacen porque, irremediabilmente, forman parte de la “casta”. Esto fue, por cierto, lo que dijo de mí un amable interlocutor que glosó las opiniones que yo había vertido cuando alguien me preguntó por Podemos en el debate que siguió a una charla en un centro social

okupado. Se conoce que ahora la “casta” se expresa en centros sociales al amparo de actos organizados por coordinadoras anarquistas, en tanto en cuanto la “anticasta” escribe en el diario humorístico *El País*, organiza sus actos en el Círculo de Bellas Artes de Madrid y publica sus libros sin nada que huelga a una licencia Creative Commons...

Repasemos, aun así, dos de las réplicas, acaso las principales, que se han ido perfilando en Podemos ante las críticas ajenas. La primera subraya que muchos de quienes reprochan esto o lo otro al nuevo partido no se han percatado de que la máxima prioridad en un momento como el presente es resolver los problemas más inmediatos. Después –se agrega– ya vendrá todo lo demás. La creencia, casi mágica, en las capacidades de Podemos para determinar cuáles son esos problemas –materia espinosa donde las haya– y para, en efecto, resolverlos se acompaña entonces de una promesa de futuro que, mucho más ambiciosa, contrasta llamativamente con los respaldos electorales que el partido desea allegar. Y es que, ¿será que los otrora votantes populares y socialistas que Podemos quiere hacer suyos aceptarán de buen grado lo que acarrea la promesa que nos ocupa? La réplica que ahora me atrae se asienta, por lo demás, en la presunción de que quienes plantean propuestas radicales de transformación nada hacen para resolver los “problemas más inmediatos”. Curioso es, en este orden de cosas, que buena parte de la cúpula dirigente de Podemos se haya vinculado de siempre con un sindicato, Comisiones Obreras, que, a mi entender, a duras penas puede ofrecer un registro estimulante en materia de defensa –lejos de las “castas”– de los trabajadores y sus derechos. Intuyo que el currículo de las organizaciones en las que militan muchos de quienes critican a Podemos es, sin embargo, más estimulante al respecto. Dicho sea de paso: si se confirma la creación de un sindicato *de* Podemos, habrá que seguir con tiento su deriva, toda vez que algunos de los textos llamados a darle sentido no pueden sino invitar a la sospecha. ¿Ocurrirá con ese sindicato lo mismo que muchos auguramos podría suceder, conforme al proyecto de la cúpula del partido, con los movimientos sociales?

La segunda réplica de relieve señala que, lo queramos o no, Podemos es la única opción que nos queda en lo que se refiere a la introducción de cambios tan deseables como urgentes, de tal forma que, o aprovechamos una coyuntura singularísima, o quedaremos condenados a galeras durante muchos años. Si puede entenderse el énfasis que determinadas gentes ponen en este argumento, resulta difícil comprender que hayan decidido que no puede ponerse a discusión. Creo que en este caso la disputa principal es la relativa a cuáles son esos cambios que se preconizan o, lo que es lo mismo, a cuáles son los problemas que se desea encarar. Aunque no hay ninguna garantía de que Podemos va a resolver los “problemas más inmediatos” –sus capacidades al respecto tienen que estar sometidas a un escrutinio fino, tanto más cuanto que lo suyo es imaginar que, en el mejor de los casos, tendrá que gobernar con otros–, el argumento que me atrae remite inevitablemente a una disputa más profunda: la que plantea el olvido, manifiesto, de las grandes discusiones de fondo relativas a la condición del capitalismo y, en singular, a la corrosión terminal de éste. Al margen de lo anterior, si Podemos es la única opción que nos queda, parece legítimo concluir que nuestro futuro es realmente oscuro –a buen seguro que lo es–, tanto más cuanto que la irrupción de la nueva fuerza política se ha hecho acompañar de una creciente desmovilización y cuanto que ya hemos tenido varias oportunidades de certificar el vigor de un fenómeno llamativo: el de lo que significan, en términos de retroceso, los anuncios de que una cosmovisión, vieja, ha entrado irremediabilmente en crisis de resultas de la irrupción fulgurante de otra que en este caso acarrea, sin más, la recuperación de una propuesta, la de la socialdemocracia, que tantas veces ha acudido al rescate de un capitalismo en situación delicada. Parece, en otras palabras, que la eficacia futura se vincula estrechamente con el acatamiento del orden establecido, combinación que no puede sino levantar todos los recelos. El recuerdo de lo que sucedió con el Partido Socialista en 1982 está, por fuerza, en muchas cabezas.

Éste es el lugar adecuado para formular una observación adicional: la que da cuenta de cómo, al calor de una oleada de optimismo desenfrenado que habría acompañado a Podemos en su gestación, no faltan en el nuevo partido las personas entregadas a un ejercicio de exultante *wishful thinking*. Según esta militancia, hiperoptimista, en Podemos, una fuerza fresca y ultrademocrática, se estaría aplicando un programa de izquierda consecuente, la autogestión y el decrecimiento serían abrazados como principios incuestionables por la mayoría de sus integrantes, y sería muy honda la conciencia del riesgo de colapso del sistema. A este impulso pertenece también la intuición de que todo lo que merece respaldo, y todo lo que resiste, se halla, por fuerza, dentro de Podemos, de tal forma que no tiene sentido imaginar opciones saludables y resistencias varias al margen de este último. La posición que glosa ahora, a menudo hilarante, contrasta con la de determinados críticos, nada amistosos, del nuevo partido que emiten diatribas tanto más sonrojantes cuanto que llegan de personas que podrían estar perfectamente en Podemos, como es el caso de muchos de los intelectuales de la órbita de UPyD de discurso visiblemente rechazado. Está de más decir que estas críticas –también las que formula la izquierda *zorrocotroca*– le vienen como anillo al dedo a Podemos.

¿Directores o rehenes?

Como tal, y un año después de su creación, Podemos no está en ninguna lucha (otra cosa es, claro, lo que puedan hacer, en otros lugares, muchos de sus militantes). Su activismo parece reducirse a la frecuente presencia de sus líderes en los estudios de televisión y, últimamente, a la organización de marchas autorreferenciales. No parece que, en este contexto, esté de más afirmar que el ascenso de la nueva fuerza política le debe más a los deméritos de sus rivales que a los méritos propios.

Hay quien, para dar cuenta de lo anterior, moderadamente sorprendente, ha invocado la ignorancia y la frivolidad de los responsables de muchos medios de comunicación que le habrían dado alas, sin quererlo, a un presunto enemigo político. Sin descartar por completo que algo de ello haya sucedido, lo suyo es buscar, con todo, otras explicaciones. La mayoría de ellas remite a los intereses electorales de un partido, el Popular, que en la trastienda estaría moviendo, con algún riesgo pero innegable inteligencia, sus peones. Necesitado de movilizar a un electorado cuya confianza ha ido perdiendo, el PP no habría hecho ascos al ascenso de Podemos por cuanto entendería que éste es un rival interesante a efectos de poner en marcha la estrategia del miedo. Esto aparte, determinados estudios concluyen que si el Partido Popular alcanza un escueto 35 por ciento de los respaldos en las elecciones generales –no está claro, ciertamente, que vaya a conseguir ese nivel de apoyos ciudadanos–, en caso de que el voto de la *izquierda* esté, como parece va a ocurrir, muy dividido, el número de escaños correspondiente a ese porcentaje se acercaría a la mayoría absoluta. En el marco general de esta estrategia, el hecho de que muchos medios de comunicación manifiestamente afines al PP hayan aireado en los últimos meses, de nuevo de forma sorprendente, casos de corrupción que afectan a ese partido bien podría explicarse en virtud del designio de propiciar, tras las malas noticias, una suerte de catarsis liberadora. Ciertamente es que la tesis que manejo en modo alguno obliga a descartar otras explicaciones, entre las que se cuentan la que invoca reyertas internas muy agudas dentro del PP o, más aún, la perspectiva de que los responsables últimos del sistema, cansados de lidiar con las miserias de populares y socialistas, se apresten a propiciar, interesadamente, un cambio que, radical sobre el papel, supondría que una fuerza política en inicio preocupante experimentase una rápida integración en las reglas del juego y pasase a desempeñar, en éste, funciones relevantes. Y es que, y a la postre, si una sociedad conservadora acaba por tolerar el ascenso de Podemos, ¿no será porque este último es la

última vuelta de tuerca de un proyecto conservador? Las cosas como fueren, bien pudiera ser que quienes –los responsables de Podemos- creen dirigir audazmente un proceso sean rehenes de los designios de otros.

A lo dicho se suma una circunstancia más: el futuro de Podemos en términos de la refriega política convencional, esto es, de pactos y mayorías, es cualquier cosa menos halagüeño. Demos por descontado –lo cual es mucho dar- que se confirman las expectativas de voto que benefician al nuevo partido. Aunque con frecuencia se ha subrayado, con criterio, que el decrépito PSOE de Sánchez puede verse obligado a elegir entre respaldar al PP o hacer lo propio con Podemos, a menudo se olvida que las opciones de este último son, también, delicadas. Conforme a una visión de los hechos, en caso de rechazar un pacto con los socialistas, una parte del electorado podemita se quejará, inequívocamente, de que se propicie un nuevo gobierno del PP en la Moncloa. Y si Podemos, por el contrario, pacta con el PSOE, otra parte de ese electorado, acaso menor, se preguntará qué hace su fuerza política de la mano de un partido de la “casta”. Me da que, en estas condiciones, deberemos prepararnos para un retroceso sensible del discurso relativo a esta última, no vaya a ser que dañe expectativas de futuro en materia de redistribución del poder. En la trastienda lo que se adivina es una disputa relativa a lo que tienen en mente los responsables de Podemos: un modelo *monopartidista* –en el caso, improbable, de que las expectativas electorales se desborden-, cabe suponer que con su “casta” acompañante, o un modelo *tripartidista*, orientado a propiciar un nuevo reparto de atribuciones dentro de la “casta” hoy imperante.

Confesaré, aun así, que las disputas anteriores me interesan poco. Mucho mayor relieve corresponde a un argumento que trasciende coyunturas, pactos y mayorías: el que, cautelosamente, afirma, a tono con algo que ya he adelantado, que lo que el sistema esperaría de Podemos sería algo mucho más ambicioso. Si el discurso de la nueva fuerza política no se ve acompañado de una crítica efectiva, en las palabras y en los hechos, del capitalismo y de sus aditamentos –lo que, con meridiana claridad, tenemos hoy es un silencio manifiesto al respecto-, bien puede ocurrir que lo que despunte no sea, simplemente, la estrategia de un partido *atrapalotodo* más, sino un proyecto llamado a convertir ese partido en la última línea de defensa del sistema. Me limitaré a anotar, en este terreno, que algunos de los adalides de este último han empezado a apreciar en la calculada ambigüedad de Podemos en relación con el proceso soberanista en Cataluña, y recurro a un ejemplo simbólicamente interesante, el balón de oxígeno que el Estado español precisa en ese pulso. ¿Por qué no habríamos de generalizar el ejemplo para intuir, con todas las cautelas, lo que podría significar en otros ámbitos? Con estos mimbres, y prosigo con la especulación, Podemos sería la última instancia encargada de salvar, entre nosotros, las reglas de la incivilización capitalista so pretexto de resolver los problemas inmediatos de algunas de sus víctimas. Frente a todo ello, lo suyo es que muestre mi más profundo recelo ante los discursos realistas que nos acosan por todas partes. “El realismo”, como lo señaló Bernanos de forma políticamente incorrecta, “es la buena conciencia de los hijos de puta”. Invocan éstos una realidad insoslayable que vendría dada por la naturaleza y que, de resultas, no puede modificarse, cuando en los hechos defienden, a menudo sin ocultaciones, una realidad que ellos mismos han creado en defensa obscena de intereses y privilegios.

Buen momento es éste para recordar que la irrupción de Podemos se ha hecho acompañar de una llamativa desmovilización social y laboral. La delegada del Gobierno en Madrid, la señora Cifuentes, ha subrayado en varias oportunidades que Podemos le ha resuelto buena parte de los problemas de orden público, no sin aportar su explicación al efecto: cuando los “antisistema” lo que desean es integrarse en la “casta”, el resultado no puede ser otro. Ojo que no estoy atribuyendo a Podemos toda la responsabilidad al respecto. Me limito a señalar que la promesa de cambios que llegarán una vez registrado un presunto éxito electoral ha tenido efectos visibles en materia de desmovilización, como me limito a

agregar que esta última no parece preocupar un ápice a la dirección del nuevo partido. Con toda evidencia, en fin, los círculos están muy lejos de la hiperactividad que en muchos casos marcó a las asambleas populares del 15-M, sin que ello, al parecer, moleste particularmente, de nuevo, a quienes estuvieron en éstas y ahora se hallan en aquéllos, acaso hechizados por la eficacia de la acción que atribuyen a las instituciones futuras... Para cerrar el panorama, lo suyo es recordar que quienes siguen peleando son a menudo acusados de pasividad, de esperar complacientemente el cambio que ha de llegar, mientras, entre tanto, quienes aguardan que unas elecciones lo cambien todo se presentan como agudos y sacrificados luchadores. Baste con recordar –y permítaseme la ironía- la unánime, y llena de coraje, reacción de los círculos ante las detenciones de anarquistas en diciembre de 2014...

El diagnóstico de fondo: el colapso

Cuando, con anterioridad, me he referido a los adjetivos que las gentes de Podemos suelen atribuir a sus detractores, hay uno que no he mencionado, quizá porque no es sino un trasunto del que identifica en éstos a narcisos incorregibles. Me refiero al que viene a subrayar la pretensión de pureza de la que harían gala muchos de esos detractores, enfrentada al valiente compromiso, que acarrea a menudo un sacrificio indeseado de principios, que mostrarían los dirigentes del nuevo partido. Desde mi perspectiva, lo que estos últimos desean transmitir no es en modo alguno su condición de impuros, sino, antes bien, la pureza inherente a su altruista sacrificio.

Aunque de todo hay en la viña del señor y, a buen seguro, no existe argumento alguno que no merezca atención, mucho me temo que los tiros van por otro lugar y que, al cabo, lo que separa a unos y otros es un diagnóstico muy diferente en lo que se refiere al momento en que estamos y a lo que nos reserva el futuro. Quien escribe estas líneas, y con él muchas otras personas, cree que el capitalismo se ha adentrado en una fase de corrosión terminal que nos acerca a marchas forzadas a un colapso mucho más cercano de lo que pudiera parecer. Más allá de las herramientas y de las personas, que son, claro, importantes, mi diferencia principal con respecto a Podemos remite a esa discusión y asume la forma de la conciencia de que los proyectos cortoplacistas, y Podemos inequívocamente lo es, o bien yerran en la identificación de los problemas, o bien son infelizmente funcionales para la lógica del sistema que deberían contestar.

Para decir la verdad, sin embargo, lo que más sorpresa me ha producido en el transcurso de un sinfín de conversaciones con militantes y simpatizantes de Podemos es el hecho de que no parecen disentir en lo que se refiere al diagnóstico relativo a la corrosión terminal del capitalismo y a su colapso (admito de buen grado, eso sí, que mis interlocutores en esas conversaciones, por razones obvias, no son los votantes del PP o del PSOE recién captados por el nuevo partido). Aceptan, en otras palabras, el diagnóstico pero no aprecian mayor problema en la condición de la apuesta de la fuerza política a la que respaldan o, en su defecto, prefieren mirar hacia otro lado. Frente a ello no me queda sino recordar la necesidad acuciante de colocar en lugar central en nuestros pensamientos y en nuestra acción tres grandes luchas –las que se reclaman de las mujeres, de los habitantes de los países del Sur y de los integrantes de las generaciones futuras-, de contestar el sistema en su realidad más profunda, y no sólo en la epidermis del régimen que se manifiesta entre nosotros, y de subrayar que el tiempo empieza a faltarnos. En esa tarea, por cierto, releer a Foucault, a Castoriadis y a Ellul, y sopesar lo que significan las diferentes formas de alienación y explotación, es una sugerente compañía. También para los responsables de Podemos.

Los autores

Rafael Cid es periodista y analista político. Premio Ortega y Gasset de Periodismo 1987, formó parte de los equipos de investigación de la revista *Cambio 16* y de los periódicos *El País* y *Diario 16*. Es asiduo colaborador en distintas publicaciones ligadas al movimiento libertario y el activismo social como *Diagonal*, *Rojo y Negro* y el digital *Kaos en la Red*. Mantiene dos espacios semanales sobre temas de actualidad en Radio Klara, la emisora anarquista fundada en Valencia en 1982.

El Colectivo Utopía Contagiosa surgió en 1992 con dos objetivos básicos: idear formas no-violentas de transformación del actual modelo de defensa militar y violento por otro no-violento, y divulgar estas ideas en la sociedad mediante cualquier método que propicie su implantación. Al respecto ha organizado charlas y debates, ha propiciado grupos de trabajo, ha publicado libros...

Álex Corrons colabora con diversos medios de comunicación como analista político. Dedicar gran parte de su tiempo al análisis, debate y difusión de ideas políticas. Participa en movimientos sociales que apuestan por la desobediencia civil y por la creación de proyectos basados en la autogestión, la cooperación y el cuidado de la naturaleza. La revolución de las conciencias es su prioridad.

Ángeles Diez Rodríguez es doctora en Ciencias Políticas y Sociología y profesora del departamento de Cambio Social en la Universidad Complutense. Sus áreas de investigación han sido la acción colectiva, los movimientos sociales y las ONG, las nuevas tecnologías de la comunicación y la información en sus repercusiones sociales, y los medios de comunicación. Actualmente trabaja sobre la violencia colectiva, el conflicto político, los modelos democráticos y la utilización de recursos cinematográficos en la formación en Ciencias Sociales.

Mario Domínguez Sánchez-Pinilla es profesor titular de teoría sociológica en la Universidad Complutense de Madrid, doctor en Sociología, y licenciado en Sociología, Ciencias Políticas e Historia Contemporánea por la misma Universidad. Ha realizado investigaciones sobre diversos temas relacionados con la sociología política y los movimientos sociales, así como sobre sociología del conocimiento, metodología y epistemología. Entre sus últimas publicaciones destacan las relacionadas con los menores infractores en centros de reforma, las políticas penitenciarias o la conceptualización de la violencia política.

Jordi Martí Font es profesor de Lengua y Literatura catalanas, periodista y activista social. Anarcoindependentista, reparte militancia entre CGT, CUP y otras organizaciones en las cuales ha asumido cargos y representaciones diversas. Ha publicado sus colaboraciones en más de cien cabeceras de prensa y ha recogido su obra escrita en diversos libros de poesía, artículos de prensa y ensayo. Es exsocio de la piscina municipal de Marçà.

Desiderio Martín Corral es militante social desde la década de 1970. Trabajador por cuenta ajena como operario en una multinacional de la energía desde 1976, es sindicalista y representante de los trabajadores en la multinacional desde 1978. Responsable del Gabinete de Estudios Confederal de CGT desde 2002 y de la Secretaría de Formación y Salud del Secretariado Permanente de la CGT Confederal en la actualidad.

Estela Mateo Regueiro es licenciada en Filosofía por la Universidad de Salamanca y máster en Estudios Avanzados en Filosofía con especialización en Estética y Teoría de las Artes. Ha investigado sobre *La sociedad del espectáculo* de Guy Debord y su posible transformación

con el desarrollo de las nuevas tecnologías y con el de movimientos sociales como el 15-M. Ha realizado un máster en Comunicación, Cultura y Ciudadanía Digitales y ha analizado el papel de la ciudadanía tras el nuevo horizonte digital nacido de la filtración de Cablegate de WikiLeaks y de las acciones de Anonymous.

Arturo de Nieves Gutiérrez de Rubalcava es doctorando en el Departamento de Sociología y Ciencia Política y de la Administración de la Universidade da Coruña. Es licenciado en Sociología por esa universidad y *bachelor of science in sociology* por la universidad de Abertay Dundee (Escocia). Fue investigador visitante en las universidades de Edimburgo y Braga y, durante 2012, becario del Centro de Investigaciones Sociológicas. Ha trabajado temas de comportamiento político y electoral, identidad nacional y sociolingüística, y cuenta con publicaciones académicas en esos ámbitos.

Hélène Sonet Mancho es licenciada en filosofía, traductora y profesora de español para extranjeros. Pero sobre todo se considera activista artística por la libertad.

Carlos Taibo es profesor de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid. Entre sus últimos libros se cuentan *Repensar la anarquía* (Los Libros de la Catarata, 2013), *¿Por qué el decrecimiento?* (Del Lince, 2014) y *El 15-M: una brevísima introducción* (Trifolium, 2014). Según Pablo Iglesias, el de Taibo es un “narcisismo ácrata de las causas perdidas”.